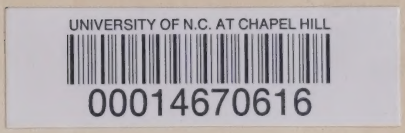
The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies



This **Book** may be kept out **TWO WEEKS ONLY**, and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

28 Jun'50

LUNC 10M-JL 38

MYRIAM
La
CONSPIRADORA

Por HUGO WAST

Autor de

Desierto de Piedra

Si hay un país novelesco, ése es la Argentina; y si hay un pintor fiel de sus costumbres extrañas y de sus paisajes soberbios, es Hugo Wast.

El que lee uno de sus libros, quiere leerlos todos.

Pero mientras no haya leído "Desierto de Piedra" no podrá decir que conoce a Hugo Wast, pues esta es la novela — según él mismo lo ha dicho — "que más ha deseado escribir."

En todas las librerías:

$ 2 50 m/n.

Foreign & International Book Company,
110 East 42nd Street

MYRIAM LA CONSPIRADORA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Myriam la Conspiradora.....	20	millares	$ 2.50
El Jinete de Fuego	20	»	» 2.50
Desierto de Piedra.....	20	»	» 2.50
Una Estrella en la Ventana ...	6	»	» 2.50
Pata de Zorra.....	18	»	» 2.50
La que no Perdonó	15	»	» 2.50
El Vengador.....	70	»	» 2.50
Los Ojos Vendados.....	90	»	» 2.50
La Corbata Celeste	30	»	» 2.50
Ciudad Turbulenta, Ciudad Alegre	75	»	» 2.50
Valle Negro ..... Premiada por la Real Academia Española	45	»	» 2.50
La Casa de los Cuervos	100	»	» 2.50
Fuente Sellada.....	73	»	» 2.50
Flor de Durazno.....	108	»	» 2.50
Novia de Vacaciones	32	»	» 2.50
Alegre.....	25	»	» 2.50
La Espigas de Ruth..... (Páginas autobiográficas).	9	»	» 2.50
Flor de Durazno (drama en 3 actos).....			» 1.50

HUGO WAST

PQ7797
.M28
M9
1926
RAW
C

MYRIAM LA CONSPIRADORA

20 Millares

The Library
The University of North Carolina
Chapel Hill

BUENOS AIRES
AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES
RIVADAVIA 1573

REVIEWED BY
PRESERVATION
MICROFILMING

ES PROPIEDAD, CONFORME A LA LEY N.º 7092 PROHIBIDA LA REPRODUCCION, SIN PERMISO DEL AUTOR.

TALLERES GRÁFICOS ARGENTINOS L. J. ROSSO BELGRANO 475 BUENOS AIRES

Library, Univ. of
North Carolina

I

Clamor

Toda la tarde, al rayo del sol de diciembre, un grupo trágico de viejos, mujeres y niños, permaneció a la entrada del Fuerte de los Virreyes, que custodiaba un centinela, con el fusil al hombro.

Aguardaban en silencio, con humildad, y sin contar las horas, como se aguarda cuando el espíritu está acongojado, y hasta los niños llevados por sus abuelas o acunados en el regazo de las madres, parecían comprender la necesidad de ser

326045

humildes y pacientes y silenciosos, para ablandar el corazón de los que en ese mismo instante, detrás de las espesas y adustas murallas, estaban juzgando a los cabecillas de la sublevación el batallón 1.° de Patricios.

Ya los Virreyes españoles no residían en el negro caserón, levantado a orillas del Río de la Plata, y rodeado de fosos y erizado de viejos cañones, en cuyas bocas mudas, durante dos siglos, habían anidado doscientas veces las golondrinas.

Ahora en el Fuerte, desde hacía año y medio, mandaban los argentinos y eso infundía alguna esperanza a los que aguardaban allí, bajo el terrible sol de diciembre, porque ellos, los que impetraban la clemencia, eran también argentinos.

Pero aquellos hombres de la revolución, a quienes no podemos juzgar porque no respiramos la atmósfera de angustia y de heroísmo que ellos respiraron, tenían la mano dura, según lo mostraban ejemplos recientes.

Hacía algo más de un año, se había consumado en la provincia de Córdoba el fusilamiento de los jefes españoles que iniciaron la reacción rea-

lista. Previendo la Junta revolucionaria que lograría apresarlos, dictó de antemano su sentencia de muerte "para escarmiento y lección — decía el texto — de los jefes del Perú, que se avanzan a mil excesos con la esperanza de la impunidad".

El mismo texto disponía que la sentencia se ejecutara "cualesquiera que fuesen las circunstancias, sin perder minuto, para no dar lugar a ruegos capaces de comprometer su cumplimiento".

Cayeron prisioneros, efectivamente, cinco personajes realistas, ilustres y gloriosos algunos de ellos, a los ojos mismos de los criollos. Eran el obispo Orellana, el general Liniers, el brigadier Concha, el coronel Allende, el contador Moreno y el tesorero Rodríguez.

Un inmenso dolor se apoderó de la ciudad de Córdoba, ante la noticia de que iban a ser fusilados, y su clero en masa, con el deán Funes a la cabeza, y su cabildo y las damas y los caballeros más insignes, acudieron a suplicar al coronel Ocampo, jefe militar de las tropas patriotas, que suspendiera la ejecución de los prisioneros

y los enviara a Buenos Aires, donde, ciertamente el gobierno accedería a indultarlos, cuando estudiara los motivos que había en favor de la clemencia.

El coronel Ocampo, se dejó conmover, suspendió la ejecución y remitió los prisioneros a Buenos Aires. Mas a mitad del camino los alcanzó un nuevo enviado de la Junta, indignada por la demora.

El doctor Castelli no era capaz de enternecerse por ruegos. Se hizo cargo de los prisioneros y en el lugar desde entonces histórico para siempre, llamado Monte de los Papagallos, a dos leguas de la posta Cabeza de Tigre, en un abra de un bosquecito de talas y espinillos, los puso en frente de un destacamento de soldados ingleses.

El doctor Mariano Moreno que inspiraba los actos de la Junta Gubernativa, había previsto que soldados argentinos no se atreverían a descargar sus armas sobre el pecho del amado Liniers, y confió la triste hazaña a revolucionarios ingleses, restos del ejército invasor, que servían en las filas patriotas.

Una hora después, la sentencia se había cumplido en Liniers y tres de sus compañeros. El obispo Orellana, por su carácter de príncipe de la iglesia, había sido exceptuado no obstante suplicar de rodillas, a los pies de Castelli, que se le hiciera compartir la suerte de sus infortunados compañeros. Alguien con las iniciales de los nombres de las víctimas, Concha, Liniers, Allende, Moreno, Orellana y Rodríguez, compuso un acróstico: la palabra CLAMOR, que se ha grabado en la memoria de todos los argentinos como una síntesis y un eco de la tragedia.

El terrorismo de la Junta, dominada por el gesto inclemente de Moreno, salvó a la revolución, y aunque Moreno murió en marzo de 1811, su espíritu se infundió en un hombre a quien no amaba, a quien despreciaba, porque no lo conoció bastante, en Bernardino Rivadavia, que poco después, desde la modesta secretaría del Triunvirato, aplastó con la misma energía implacable a sus adversarios políticos y a los enemigos de la patria.

La Junta Gubernativa, compuesta generalmente de saavedristas, dejó de existir porque en

noviembre de 1811, el Triunvirato — poder engendrado por ella misma — la disolvió de un sablazo, y como temiera que el famoso regimiento de Patricios se pronunciara por los saavedristas destituídos, cambió sus jefes y entregó su mando al coronel Belgrano. Los soldados del regimiento de Patricios, llevaban todavía el cabello largo a la antigua usanza, trenzado a la espalda y atado con un moño.

Belgrano mandó que se cortaran esa ostentosa coleta en el plazo de ocho días, y dispuso que, si el 8 de diciembre el regimiento no había cumplido su orden, concurriera por compañías al cuartel de los Dragones, para que éstos, les cortaran el pelo a los soberbios Patricios.

El regimiento ocupaba un vasto edificio llamado de las Temporalidades a los fondos de la iglesia de San Ignacio. Allí se había estrellado el glorioso regimiento 7 de los ingleses, al mando del valiente coronel Pack y los Patricios estaban orgullosos de aquel campo de batalla en que se cubrieron de gloria con su antiguo jefe, el coronel Saavedra.

Puede imaginarse, pero no describirse la emo-

ción de los triunviros al conocer la sublevación, e ignorar si el resto de la tropa se plegaría a los sublevados. Sabía que detrás de ellos estaban los saavedristas, y que su triunfo significaría la caída del Triunvirato y la guerra civil en los momentos en que el ejército del norte al mando de Castelli y de Balcarce, acababa de ser pulverizado por el general realista Goyeneche, en las montañas de Huaqui.

Rivadavia y Belgrano sintieron aproximarse el fin desastroso de la revolución de Mayo; mas no eran capaces de cejar, cuando estaban en discusión el principio de autoridad y la disciplina de la tropa.

No tenían para oponerles más que los tres cientos Dragones del coronel Rondeau recién llegados de Montevideo y con ellos se dispusieron a sitiar en su cuartel a los Patricios, que eran triples en número.

Por prudencia al alba del día 7, enviáronles parlamentarios intimándoles rendición y prometiéndoles un total olvido de su culpa, si deponían las armas.

Los amotinados ensoberbecidos rechazaron

con desprecio y violencia al diputado del gobierno.

Concurrieron, entonces, al cuartel el Deán de la Catedral de Buenos Aires y el obispo de Córdoba (aquel mismo Orellana, que debió ser fusilado y vivía recluído en la capital) a proponerles la amnistía, si desistían de su actitud. Pero en vano.

Mientras tanto se movilizaba la tropa. Ya se oía el ruido de las espuelas de una compañía de Dragones que habían dejado sus caballos y avanzaban a pie por la calle de la Victoria y otros destacamentos ocupaban las torres de la iglesia de San Ignacio, y las alturas del colegio de los jesuítas, desde donde sus fuegos dominaban el edificio de las Temporalidades.

En medio de la consternación de la ciudad, del llanto de las familias y la angustia de los magistrados que sentían la tremenda responsabilidad de cualquier resolución, Rivadavia permanecía frío y lúcido y su mano escribió tranquilamente una proclama, que firmó el Triunvirato y que en el acto se hizo llegar a los sediciosos.

"Soldados: Sólo la seducción de los enemigos de la patria ha podido conduciros a la insurrec-

ción contra el gobierno y vuestros jefes. Ceded en obsequio a la causa sagrada que habéis sostenido con vuestra sangre: ceded por el amor a vuestros hijos y de vuestras familias que serán con el pueblo envueltas en los horrores de la guerra civil: ceded, en fin, por obsequio a vuestros deberes, y un velo eterno cubrirá para siempre vuestra precipitación y el delirio de sus autores. De lo contrario, todo está pronto para reduciros a la fuerza y vosotros responderéis de tan funestos resultados.

"Buenos Aires y diciembre 7 de 1811. *Feliciano Antonio Chiclana, Manuel de Sarratea, Juan José Paso. — Bernardino Rivadavia,* secretario".

Aquella postrera amonestación fué recibida con escarnio por los Patricios, como una muestra de debilidad, y Rivadavia firmó la orden de ataque y el batallón de Dragones se arrojó erizado de lanzas sobre las baterías de los sublevados, al mismo tiempo que de todas las alturas que rodeaban al cuartel, se les hacía un fuego horroroso.

Los sediciosos perdieron pronto la esperanza

de que el resto del regimiento se pronunciara en su favor y se batieron con bravura; pero concluyeron replegándose al cuartel. Los oficiales de los Dragones hundieron las puertas con el anca de sus caballos, y los terribles lanceros penetraron en los patios donde los más culpables peleaban con la desesperación que les daba la certidumbre de tener que morir de todas maneras, fuese resistiendo, fuese entregándose.

Pero el grueso del batallón se rindió y todos los sobrevivientes quedaron prisioneros.

¡Todos no! Un sargento que peleó en la bocacalle al pie de los cañones, que se replegó luego al cuartel, y con hercúleo empellón cerró sus puertas y que siguió batiéndose a sablazos contra las chuzas de los asaltantes; que había perdido el sombrero y tenía la orgullosa coleta desgreñada y empapada en sangre propia y ajena, y teñido de rojo el blanco pantalón, el sargento Javier Chaparro, a quien todos conocían por el apodo de "el Largo Chaparro" no murió, ni se rindió, ni cayó prisionero.

Al ver perdida la acción, dió un par de sablazos más, que partieron por mitad las lanzas de

los Dragones y huyó por los fondos del edificio; pero se había hecho notar de tal manera por su ferocidad, que todo un piquete se dedicó a cazarlo.

Chaparro, perseguido como una liebre, corrió sin volver la cara, enfiló un oscuro pasillo, saltó una tapia baja, volvió atrás un trecho, agazapándose, aguardó a los otros que pasaran, y cambió de rumbo. Se trepó al tejado y se descolgó de un salto sobre la calle de San José, como se llamaba entonces la hoy calle del Perú.

Aquel tejado medía siete varas de alto. Descontando tres, de su estatura y sus brazos, ya que antes de saltar se suspendió de la última fila de tejas, el hecho es que la caída del sargento fué de cuatro varas cumplidas, y por un instante lo dejó atolondrado. Pero se repuso lanzando una áspera interjeción cuartelera y reflexionó fríamente si debía huir hacia el sur, donde estaba su casa, o hacia el oeste, para llegar cuanto antes a los suburbios y ocultarse en las quintas que rodeaban la ciudad. Otros rumbos no podía tomar, porque tenía al este a los Dragones y al

norte cuadras y cuadras de caserío con una densa población, que a esa hora estaba asomada a sus puertas, ansiosa por tener noticias de aquella horrible carnicería entre soldados de una misma bandera.

La sola calle desierta era la de San José porque los vecinos sintiendo zumbar las balas arrojadas sobre las torres vecinas, habían atrancado puertas y ventanas.

—¡Ni un alma! — se dijo Chaparro, mirando a su alrededor.

Ya la noche iba ennegreciendo la ciudad. A una cuadra de allí estaba el cuartel de artillería solitario en ese momento.

Una recua de mulas acollaradas, venida de la calle de los Mendocinos, pacía tranquilamente la hierba de las calzadas sin inmiscuirse en la política de la ciudad.

Chaparro limpió el sable sobre el rico pasto, que crecía entre las piedras redondas de la acera, lo envainó y echó a correr hacia el sur. Pasó por entre las mulas. Un poco más allá había una fila de carretas cargadas de productos cuyanos. Sus conductores las habían abandonado así como

a las mulas, al sentir los tiros. Dos cuadras abajo, empezaban los huecos baldíos, cercados de tunales, cactus espinosísimos e impenetrables.

En uno de esos huecos estaba el solar de que Chaparro era propietario, como todos los criollos de entonces, y allí su rancho en medio de un duraznal y un maizalito. Atravesó como un viento por un portillo del tunal y halló a su mujer rezando desesperada con sus dos hijos prendidos a su falda, todos de rodillas ante una estampa del Nazareno, alumbrada con una vela de baño.

—¡Dame unas tijeras!

—¡No tengo, mi alma! ¿Qué pasa? — interrogó ella colgándosele al cuello.

—Nos han vencido y si me pillan me van a fusilar... Si no tenés tijeras, agarrá entonces el sable... ¡pero no, el sable tiene sangre todavía!... Tomá el cuchillo y cortáme la trenza...

—¡Ya está!

—¡Laváme ese tajito de la cabeza con un jarro de caña fuerte!

—¡Qué tajito, mi alma! ¡Si se te ven los sesos!

—Te parece, hija, pero no es así. Yo no tengo

sesos; si tuviera sesos no me habría metido en este fandango. ¡Pronto, pronto!

—¡Ya va a estar, Javier, ya va a estar! Te voy a poner unas telarañas para que se te cierre la herida...

—¡Bueno, Dios te lo pague! Dame el poncho. Dame un pan. Dame esa limeta de vino... Dame un beso... Bésenme ustedes también muchachos, y no me lloren, aunque no reciban mis noticias en mucho tiempo... ¡Adiós, adiós, mis hijos! ¡adiós mi china!

—¡Adiós Javier! ¡adios mi alma! ¡Dios te bendiga y te saque sano y salvo!...

El sargento Chaparro se encasquetó un sombrero de paisano, sobre su cabeza afrentada y herida, se envolvió en el poncho y siguió huyendo hacia el sur, por entre cercos de tunas, detrás de los cuales ladraban los perros de los ranchos.

A cien varas de allí le cerró el paso el zanjón de los Bethlemitas, que era un barranco profundo por donde desaguaban las avenidas de las lluvias. Cortaba la ciudad de este a oeste, y corría hasta dar con el Río de la Plata, en las vecindades del Hospital de Bethlemitas, situado entre las que

hoy se llaman calles Chile y México a la altura de la calle Defensa.

Otro zanjón había al norte, que corría por la que hoy es calle Córdoba y desaguaba frente al convento de las Catalinas, y se llamaba el zanjón de Matorras.

Refugio de gente de avería, cualquiera de los dos resultaban de valor incalculable para el sargento Chaparro, en esas circunstancias.

Ocultándose en el de los Belermos — designación popular de los frailes del hospital — podría llegar hasta las quintas casi desiertas del oeste, cruzarlas en la noche, alcanzar la costa, pasar el río e internarse en *los Paranases*, islas salvajes del Delta del Paraná, guarida de tigres y de gauchos matreros.

—¡En cualquier punto, aún entre los indios, mi vida estará más segura que cerca del mulato que gobierna a los argentinos! ¡Malhaya la suerte perra!

El sargento Chaparro, criollo de buena sangre española, estaba imbuído en los prejuicios de raza que caracterizaban a los Patricios, como an-

tiguos soldados del aristocrático don Cornelio Saavedra.

Y el mayor denuesto que podían dirigir a Rivadavia, cuya mano veían en todos los sucesos desfavorables, era llamarlo mulato, hijo de español y negra, o sea raza de esclavos.

Dominada la sublevación, el Triunvirato se propuso hacer un escarmiento en los cabecillas del motín, y les formó causa, y descubrió la fuga del principal de ellos, el sargento Chaparro, y lo puso a pregón, ofreciendo un premio a quien lo entregara muerto o vivo, mientras proseguía a toda prisa el expediente contra los otros.

Súpose que iba a darse sentencia aquel día 10 de diciembre, y las familias de los procesados temiendo su condena, acudieron desesperadas al Fuerte a interceder por ellos.

Toda la siesta la pasaron allí aguardando a los triunviros para arrodillarse a su paso y conmoverlos con el llanto silencioso de las mujeres y la tierna voz de los niños, sobre cuyas inocentes cabezas iba a caer la sangre de las víctimas.

Fué un día de espanto y de ansiedad para Buenos Aires. A todos, a cual más a cual menos, al-

canzaban las penas. Unos tenían parientes entre los muertos o los heridos de la batalla, otros, la gente del pueblo en especial, los tenían entre los prisioneros, que esperaban la sentencia humillados y temerosos.

La consternación advertíase mejor que en nada, en la soledad de la plaza Mayor, que otros días de mañana y al caer la tarde, era el sitio más bullicioso de Buenos Aires, por contener en su perímetro todo lo que era motivo de animación o de comercio: a un extremo el Cabildo, el cuartel de Libertos y la casa de los Tribunales, con cárcel y todo; al otro lado el Fuerte, al norte la Catedral; al sur la carnicería e interminables hileras de bandolas, especie de negocios ambulantes; y en el centro, la Recoba, el largo edificio de anchas arcadas donde las tiendas ofrecían al apurado transeunte mil razones para detenerse, alegría de los ojos, tentación de los bolsillos y perdedero de tiempo de sirvientes y esclavos, que al salir en mandados, por mucho que sus amos les recomendasen que fueran listos, no dejaban nunca de acercarse a contemplar boqui-

abiertos aquella exhibición de productos de la industria humana.

Ese día ningún dueño de bandola llevó su tienda portátil a la plaza mayor, creyendo que habría sido desafiar a las gentes humildes, que formaban la mayoría de su clientela, el ir a ofrecerles baratijas o golosinas, cuando tenían el corazón apretado por la duda más espantosa. Las tiendas abrieron a medias, nada más que para dar luz al local, y el patrón, sentado en una silla de paja, y echándose viento con una pantalla, esperaba que su esclavo, o su aprendiz volviera de la calle con noticias.

La carnicería estaba cerrada. Deshechos de carne desparramados en la acera, demostraban que ese día ni los mendigos, ni los perros habían acudido por su pitanza acostumbrada.

Bajo las galerías del Cabildo, discutían algunos leguleyos, con sus expedientes debajo del brazo, pero las conversaciones se hacían de oreja a oreja, y sobre aquel asfixiante silencio iban cayendo mortalmente las campanadas del reloj de la torre.

En vano esperaban aquellos infelices la lle-

gada de los triunviros porque espantados ellos mismos de la sentencia que iban a dictar, no querían ni ver a nadie ni dejarse ver. A la hora del despacho, que en ese tiempo era después de la siesta, a eso de las cinco de la tarde, entraron por la puerta de socorro, como se llamaba a la puerta excusada que daba hacia el río; entraron tan calladitos, que el centinela, medio dormido en la sombra del paredón, no sintió sus pasos, ni les hizo la venia con el fusil, cosa que no le agradó al señor de Sarratea, aficionado como era a los honores.

Solamente el secretario del Triunvirato, a la hora de costumbre, y como todos los días, cruzó al sesgo la plaza. Pasó majestuosamente bajo el arco central de la Recoba, contestó con una lijera inclinación de cabeza la venia que le hicieron cuatro o cinco soldados del piquete de San Martín, que tenían a pocos pasos de allí su cuerpo de guardia, y llegó sin inmutarse hasta la entrada del Fuerte, en cuyo puente levadizo, un centinela le presentó las armas.

Del doloroso grupo de los que aguardaban, se alzó un murmullo que partía el corazón.

—¡Señor don Bernardino! ¡Piedad para los pobrecitos que han sido engañados!

—¡Señor don Bernardino, acuérdese su merced como lo quiso su madre, y piense que allí tengo dos hijos!

—¡Y yo mi marido, el padre de los míos!

—¡Piedad, porque han sido engañados! — volvió a salmodiar una voz de viejo. Rivadavia miró con los ojos húmedos al que le hablaba, tendiéndole los brazos y en su mirada compasiva quiso decirle que eso era verdad, que aquellos infelices habían sido engañados por los políticos de la Junta; pero que por encima de todos los dolores estaba la patria. Apartó dulcemente con la mano las cabecitas de dos niños que, impulsados por una madre desesperada, le atajaron el paso, y desapareció.

Un incomprensible alivio se infiltró en los corazones de los que habían hecho oír sus súplicas.

—¡Nos ha oído! ¡Don Bernardino nos ha oído! — se decían unos a otros mirándose con ojos en que relucía una esperanza.

A medida que pasaba el tiempo, fué aumentando la concurrencia a la entrada del Fuerte. Los

grupos de curiosos que se habían ido formando en la acera de enfrente, atraidos por el espectáculo de aquel florecimiento de ilusiones en medio de la desolación, se acercaron a pedir noticias.

—¿Qué les ha dicho? ¿Qué les ha prometido?

—¡Nada! ¡Nada!

—¡Sí, sí, ¡nos ha oído! ¡Don Bernardino nos ha oído! Bendito sea si es clemente.

—¡Maldito sea si es duro! — murmuró el viejo.

Y pasaba el tiempo.

Una, dos, tres veces el reloj del Cabildo anunció que una hora más había caído en el pozo insondable de la eternidad.

—¡Virgen del Carmen! — exclamó una mujer. — ¿Si los van a perdonar, por qué tardan tanto?

En ese momento apareció a la entrada del Fuerte un oficial. Llevaba en la mano un sobre.

—¡Es la sentencia! — pensaron todos a la vez pero ninguno se animó a decirlo.

Ya en el cuerpo de guardia se había encendido una luz; pero como no tardaría en salir la luna sobre el río, el farolero público no había pensa-

do en prender las velas de sebo en los faroles de las calles, y la ciudad iba hundiéndose en las sombras.

Al salir el oficial un soldado le llevó su caballo de la brida. El montó de un salto y partió al galope a través de la plaza, con prisa de llevar a su destino aquel sobre.

Era efectivamente la sentencia cuya notificación aguardaban los presos, engrillados, en su mismo cuartel.

Redoblaron los tambores cuando las herraduras del caballo resonaron en las losas del patio, y se formó la guardia, y los prisioneros se arrodillaron, como era de estilo, para escuchar la terrible lectura.

Apeóse el oficial y a la luz de un farol, que un soldado mantenía arriba de su hombro, abrió aquel pliego, y leyó la sentencia, que despojaba al glorioso regimiento de Patricios de su número de honor, de su antigüedad y de su uniforme, mandaba a presidio a los menos culpables de los sediciosos, y condenaba a ser pasados por las armas a once de los cabecillas, que designó por sus nombres.

Allí, de rodillas, estaban presentes diez. Faltaba uno, pero los diez fueron inmediatamente puestos en capilla y al alba los condujeron a la plaza Mayor entre dos filas de soldados.

En el hueco central de la Recoba había ya clavados en tierra once cortos y gruesos postes de madera. Eran los banquillos en que hicieron sentar a los reos. Detrás se levantaban once horcas.

Un momento después sonó la descarga y los diez infelices pagaron con la vida su rebelión; y sus diez cadáveres fueron colgados para que sirvieran de lección y de escarmiento.

La undécima horca quedó vacía y todos indagaban la razón del simulacro.

Era la destinada al sargento fugitivo, a quien buscaban empeñosamente los alcaldes de barrio, para que también se cumpliera en él la justicia de los hombres.

II

Un refugio en la noche

Esa noche, lo mismo en fondas, cafés y tertulias, donde se reunía la gente de pro, que en las pulperías, frecuentadas por el pueblo, se hablaba del sargento Chaparro y de las probabilidades que tenía de escapar, si es que ya no estaba en lugar seguro, en las tolderías de los indios, por ejemplo, o en la Banda Oriental, enrolado entre las tropas de Artigas.

La mayoría pensaba que el sargento en los cuatro días corridos desde la derrota de los Pa-

tricios, había puesto mucha tierra entre él y los sabuesos que lo buscaban. Por lo menos estaría ya a cien leguas de Buenos Aires. Más no era así, desgraciadamente. El sargento Chaparro hasta esa mañana no había podido pasar del zanjón de los Bethlemitas, de tal modo que alcanzó a oir la descarga cerrada con que terminó la vida de sus desgraciados compañeros.

Ocurrió que al descender por la cuesta, se desmoronó bajo sus pies un pedazo de la barranca y él cayó desde una altura de seis varas, sobre la tosca del fondo. Se le escapó la venda que le apretaba la herida y empezó a desangrarse, con lo cual perdió el conocimiento.

Quedó medio enterrado por la arenisca y oculto entre un matorral de cardos, por lo cual no lo descubrieron las dos o tres partidas de milicianos, que echó la policía sobre su pista.

Era de día y estaba alto el sol, cuando volvió en sí, y tardó buen rato en comprender por qué esa mañana lo despertaban, no las dianas del cuartel, sino los gruñidos de unos perros cimarrones, que creyéndolo muerto se aprestaban a devorarlo. De golpe se aclararon sus ideas; es-

pantó a pedradas a los animales, y se dispuso a huir por el fondo del zanjón.

Conocía bien el terreno, pero estaba sumamente débil. Sobre el sitio donde descansó la cabeza, había un gran charco de sangre coagulada, que él contempló encogiéndose de hombros.

—¡Esto no es nada! ¡Más sangre van a perder mis compañeros, y yo mismo si me dejo agarrar!

Se incorporó y logró salir de entre los cardos; pero no bien asomó las narices, cuando vió acercarse unos muchachos, con boleadoras, y chuzas. Se volvió a ocultar hasta que pasaron, sin verlo, y eso lo alegró porque significaba que su escondite era bueno.

Era el tiempo de los nidos, y aquellos muchachos andaban buscando huevos o pichones. Poco después sintió Chaparro voces en lo alto de la barranca y ruido de sables, y al rato el tumulto de un piquete de caballería que había penetrado por el sendero de la costa y recorría el zanjón al gran trote, como una calle.

—Me han seguido por el rastro desde mi casa, — pensó Chaparro, con la piel erizada de miedo. — Han pasado de largo, creyendo encon-

trarme a leguas de aquí, puesto que he tenido la noche para andar.

Y en efecto los soldados pasaron al galope, rozando con sus sables el cardal que lo ocultaba y sin imaginar que la liebre detrás de la cual corrían no había caminado media vara en toda la noche.

Chaparro tenía fiebre y una sed infernal. Buscó la botella de vino y la encontró rota en el lugar de su caída. A medio día el sol caldeaba de tal modo la barranca, que empezó a sentir turbias las ideas, y a ver cosas inverosímiles. ¿No era la cara misma de su mujer la que asomó al borde del zanjón, justamente encima de él? No, no era posible, que ella fuese, aunque su casa no distaba de allí más de una cuadra.

¡Pero sí, era ella! ¡era ella! ¡No había duda!

Chaparro se incorporó, sacó la cabeza fuera del cardal y en voz muy baja la llamó:

—¡Nazaria!

—¡Mi alma! ¿estás allí?

—Sí, aquí estoy, muriéndome de sed.

—No te movás. Voy a dar la vuelta al Hospital para entrar por la boca del zanjón... ¿Cómo

es que no has huído? ¿Cómo es que no te han encontrado los que te buscaban para matarte?

—¡Agua, Nazaria! ¡después te contaré!

El suburbio a esa hora, bajo un sol ardentísimo, estaba absolutamente desierto. Ni un perro, ni una mula, ni una gallina, andaba por la calle polvorosa, cuanto menos un cristiano. Toda vivienda tenía la puerta cerrada y todo sér humano dormía la siesta. Sólo cantaban las cigarras en las huertas, y cloqueaban las gallinetas, persiguiendo gusanos entre los matorrales de pitas.

Dos veces había entrado la policía al rancho del sargento, la noche anterior y por la mañana, y lo había revuelto de arriba abajo, sin hacer cuenta de las afirmaciones de Nazaria, que por la estampa del Nazareno, juraba no estar allí ni saber el paradero del que buscaban.

Después de la segunda visita uno de los soldados observó en el suelo pisadas y gotas de sangre en derecera al zanjón, y todos, con el ardor de los perros que persiguen una pieza, se lanzaron sobre esa pista, y fueron hasta el hospital de Bethlemitas, el punto más próximo por donde

podían bajar con sus caballos al fondo del barranco .

Nazaria los vió alejarse llena de temores y se quedó sin saber si habrían hallado a su pobre Javier, y a medio día, no pudiendo resistir la ansiedad que la atormentaba, se aproximó a la barranca, siguiendo aquel mismo rastro.

Y quiso Dios que ella viera más que los perseguidores, y hallase a su marido en trance de perecer de abandono, sediento y desangrándose. Lo auxilió como pudo durante el día, y cuando llegó la noche lo cargó sobre sus espaldas de criolla robusta y se lo llevó, estremeciéndose cuando los perros la ladraban al pasar ella con su carga delante de los ranchos cerrados.

Ya que el sargento Chaparro no podía huir, el lugar más seguro para esconderlo hasta que recobrara las fuerzas, era su propia casa, dos veces registrada por sus perseguidores.

Tres días permaneció tendido en su catre de guascas. La gente que pasaba por la calle, miraba a la mujer del sargento yendo y viniendo en sus quehaceres domésticos, triste y al parecer tranquila y se decían:

—¿Dónde andará a estas horas Chaparro?

En la madrugada del cuarto día, Nazaria fué a la plaza, a buscar noticias, y vió los once banquillos y las once horcas preparadas para la ejecución y la tropa formada y sintió la voz del pregonero leyendo en las esquinas la sentencia de muerte de aquellos infelices, y entre los nombres de ellos el nombre de su marido. Y volvió enloquecida de espanto.

—¿Por qué tocan agonía en las iglesias? — le preguntó Chaparro, sintiéndola llegar, y ella no se animó a decírselo.

—¿No sentís ruido de tambores, Nazaria — volvió a preguntar él enderezándose en la cama. —¿Pasa alguna tropa? ¿adónde va?

—No sé, hijo; te he hecho este caldito de gallina para que te pongás fuerte y podás levantarte hoy... ¿No estás mejor, mi alma?

El estampido de una descarga estruendosa les cortó la palabra.

—¡Pobrecitos! — exclamó el sargento saltando del catre. — ¡Por ellos tocaban agonía en las iglesias!

En esos días su mujer había conseguido agen-

ciarse unas prendas de ropa, con que el sargento se vistió a lo gaucho.

Nadie habría dicho al verlo, cubiertas las piernas por un andrajoso chiripá, ceñida la cintura con un tirador de cuero de carpincho, cruzada la espalda por un temible facón, metidos los pies en unas botas de potro, y cortada sobre los hombros la melena, y empuñando una chuza, hecha de una caña tacuara y de un lanzón de acero, que era un sargento del batallón primero de Patricios. Parecía más bien, un habitante del Delta, llegado al pueblo en su canoa cargada con los productos de las islas del Paraná, leña o duraznos o cueros de nutria o de carpincho, *fijados* con el certero arpón que no abandonaba ni cuando saltaba a tierra a negociar su riqueza en una pulpería y beber un jarro de vino.

Estaba débil, ciertamente; pero la necesidad de huir le haría hallar fuerzas para llegar antes de la noche a San Isidro, en donde se procuraría los medios de cruzar el río y alcanzar las islas de Carapachay.

Una vez en el Delta, región feracísima que se extiende desde la desembocadura del Paraná

hasta San Pedro, y ocupa centenares de leguas cruzadas por un laberinto de canales sin nombre, se incorporaría a los gauchos matreros que viven fuera de la ley, siendo reyes y señores del territorio, y sin más preocupaciones que las crecientes del río, que de un momento a otro los obligan a abandonar el rancho de barro y de totoras, para construir otro en una isleta arbolada o en un albardón más alto.

Porque él construiría, como hacen los más laboriosos de aquellos tipos semi-salvajes, un verdadero rancho, y no una carpa de cuero crudo; y haría ir secretamente su familia, y a la puerta del rancho, así como los gauchos de tierra firme tienen un caballo, él tendría una canoa de fondo plano, buena para navegar en todos los esteros, con tal que hallara un jeme de agua debajo de la popa.

Un hombre de su temple, de corazón entero y de buen pulso, capaz de meterle una bala en un ojo a un yaguareté, a distancia de cien pasos, o de jugarse la vida a facón limpio, con un compadre, amigo o enemigo, por sostener el derecho a una isleta o a un bañado, viviría a sus an-

chas de los productos naturales de aquel paraíso.

Mientras su mujer y sus muchachos recogerían en el monte nueces y duraznos y naranjas silvestres y miel de camuatí, él cazaría yacuses, cuyos huevos y cuya carne sabe a la del pavo; o ciervos en las costas altas; o fijaría con la chuza carpinchos y nutrias en los esteros, los que a más de una carne sabrosa, le producirían pieles fáciles de vender en cualquier pulpería. Atraparía tortugas en las playas arenosas, ensayaría su pulso en los yacarés de los pantanos, y pescaría con espinel, sin moverse del rancho, enormes mangurullús o exquisitos pejerreyes o dorados.

Y cuando le viniera la gana de comer un churrasco, se pasaría a la tierra firme y carnearía una vaca de las haciendas cimarronas, sin dueño, que bajaban a las aguadas conocidas de todos los matreros.

Y si andando el tiempo se cansaba de vivir en las islas, por el peligro de toparse con la policía que solía visitarla, en procura de desertores, o sentía hervir la sangre y ganas de matar maturrangos, se bandearía hasta el campamento de Artigas en la frontera del Entre Ríos y Corrien-

tes y se enrolaría en sus tropas, donde no se preguntaba a nadie otra cosa que si era valiente, y haría vida de soldado y de contrabandista, pues tan pronto pelearía contra los ejércitos del godo Elío, capitán general y un poco virrey en la Banda Oriental, como pasaría cargamentos de tasajo y de cueros al Brasil.

Eso hasta que los hombres de su partido volvieran a mandar en Buenos Aires, y empezaran limpiando a tiros el Fuerte, de *morenistas* y de mulatos. Entonces regresaría y reclamaría sus jinetas de sargento en el regimiento de Patricios.

Animado por estas visiones, Chaparro caminaba sin fatiga, casi alegremente. Hacía tiempo que no llovía y el zanjón estaba enjuto. A trechos era de finísima arena, que invitaba, en la hora calurosa, a tenderse y dormir la siesta. Pero el sargento pensaba que la muerte caminaba detrás de él, y apretaba el paso. A lo sumo, cuando se fatigaba mucho, se detenía un instante a la sombra de las malezas que coronaban el borde de la barranca.

En todos los matorrales había flores silvestres y pájaros que cantaban. Chaparro bebía un

trago y echaba a andar de nuevo. A esa hora no halló a nadie, ni siquiera muchachos buscando nidos, por lo cual, dos o tres veces, se animó a subir cautelosamente, a flor de tierra, para ver cuánto camino había hecho.

Así pasó la calle de las Capuchinas y luego la de San Miguel o la del Presidio, a cuya altura y a menos de media cuadra del zanjón, estaba la cancha de pelota, lugar que solía ser muy concurrido. No vió a nadie y como allí la hendidura se bifurcaba en dos ramales, uno que iba hacia el sur, hasta dar con la Casa de los Ejercicios, lugar enteramente despoblado, y otro hacia el noroeste, cruzando el caserío que rodeaba la iglesia y "el hueco" de Monserrat, tomó por aquél y pronto salió a la superficie, entre quintas agrestes y montes de espinillos y talas.

Su figura de isleño en aquellos lugares resultaba inexplicable y sospechosa por lo que se decidió en abandonar su arpón, con lo cual quedaba transformado en un gaucho común, y se metió en un estrecho callejón entre cercos de ramas, llenos de enredaderas florecidas.

No dejó de encontrar algunos vecinos, toman-

do mate a la puerta de su rancho, pero no debía despertarles ninguna curiosidad, porque ni siquiera lo seguían con los ojos. Lo que más podía extrañarse en él, era que vistiendo como vestía, anduviese a pie. A toda costa debía procurarse un caballo. Empezaba a cansarse y aún tenía que hacer muchas leguas, antes de llegar a los lugares seguros.

Más tarde le serviría también para cruzar el río a nado, librándose de tener que buscar una canoa.

Podía tomar, sin dificultad uno de tantos caballos sueltos como vagaban por allí, pastando en los callejones, alguno de ellos con la oreja cortada, — caballos patria — en señal de que pertenecían al ejército. Pero necesitaba algo más, un apero, a lo menos un par de riendas, y una sobrecincha para ceñir el poncho sobre el lomo del animal.

Pensando esto, divisó en la ramada de un rancho, a poca distancia, un apero de montar. Su dueño debía estar durmiendo la siesta, a pesar de que eran las cuatro pasadas.

Peor para él, pues Chaparro haría cuestión de

vida por aquellas prendas cuyas virolas relucían al sol.

Desgraciadamente los perros dormían hechos una rosca a la sombra de la misma ramada, y no dejarían de dar la voz de alerta.

Con todo, se decidió a arrostrar el peligro y penetró en el cerco, por un portillo, que le permitía aproximarse sin pisar un montón de ruidosas chalas de maíz desparramadas frente al rancho, señal infalible de que aquel vistoso apero correspondía a un parejero mantenido a ración.

—¡Qué flete! — exclamó para sí Chaparro descubriendo en ese instante un lindísimo caballo ruano, atado a un poste.

El animal amujó las orejas sintiendo al intruso y bufó nerviosamente, y Chaparro pensó que su ángel bueno era quien le había puesto ese pingo por delante.

Le bastaba llevárselo con el bozal y el cabestro; no necesitaba de las riendas ni del apero. No tenía que abusar, confiscándolo todo a un solo dueño. Si algo le hacía falta después, ya su buen ángel hallaría como proporcionárselo.

Desató la guasca, hizo un bocado con ella, a guisa de freno, y montó de un salto.

Por mucho cuidado que pusiera en la maniobra, no dejó de hacer algún ruido.

Cacarearon las gallinas, que andaban picoteando entre los yuyos, y se despertaron de pronto los dos perros y atropellaron al ladrón.

El uno era grande y viejo y tenía voz de bajo profundo y sus ladridos retumbaban como el cañón de los ingleses; el otro, era un cuzquito con voz de soprano, y sus ladridos parecían un toque de clarín.

—¡Dios me ayude! — exclamó Chaparro espoleando con los talones al caballo y sin acertar con la salida del cerco — ¡Aunque esté más dormido que mi tatarabuelo, el dueño de casa se va a despertar!

Y así fué; se oyó abrir con estrépito la puerta y el sargento alcanzó a divisar un chiripá y saboreó una ronca imprecación:

—¡Aura vas a ver, pícaro ladrón!

Pero el ruano era de lo mejor que se produce en las generosas pampas argentinas, y al sentir los talones del jinete, que a su vez era gaucho de

primera, se encabritó, dió un bote y saltó limpiamente el cerco de ramas.

Junto con esa maniobra sonó un tiro, y Chaparro se apretó el sombrero y se largó a toda rienda por el callejón solitario, entre bardales floridos.

Medio minuto después, lo que el enfurecido dueño tardó en morder el cartucho y cargar de nuevo la tercerola, resonó otro estampido y una bala zumbó como un mosquito en la oreja del prófugo.

Este iba llegando al Matadero de Miserere, donde hoy está la plaza Once de Septiembre, y que era en aquellos años un laberinto de cercos y veredas en pleno campo, a media legua de la ciudad. Al advertirlo, enderezó hacia el norte, por la primera senda que halló, para alejarse de un sitio frecuentado y galopó con alegría de propietario, orgulloso del brío y demás calidades de su corcel; y en el fondo de su corazón optimista sintió florecer la santa gratitud hacia el buen criollo que se lo había cuidado tan esmeradamente, limitándose a echarle una maldi-

ción y hacerle dos salvas con una herrumbrada tercerola sin puntería.

Si pudiera adquirir unas riendas y una montura por el mismo precio, se sentiría satisfecho del todo.

Galopó hasta la puesta del sol, sin dar con la costa y entonces comprendió que se había extraviado.

Buscando el camino se metió en uno de aquellos inmensos cardales de la región, tan alto y espeso que ocultaba completamente al caballo y al jinete.

Llegaron las primeras sombras de la noche, y todo el vasto campo fué una sola espesura negra en que se fundieron la tierra y el cielo. En el horizonte, donde fermentaba desde esa tarde una gran tormenta, se encendían fugaces relámpagos, que no servían para orientar al viajero, sino para extraviar sus ojos y su imaginación. Una racha de viento frío zamarreó la extraña plantación, y lanzó un prolongado gemido, y estalló un trueno, profundo y lejano, primer anuncio del huracán.

Y todo quedó de nuevo en silencio, un breve

y siniestro silencio, lo suficiente para que Chaparro oyera el resonante galope de unos caballos que se aproximaban.

Prestó atención y sintió las voces de dos jinetes, que cruzaron a menos de veinte pasos de él, y no oyó más, porque un nuevo trueno y el rumor del viento y de la lluvia que empezó a caer a torrentes, apagó todo ruido.

Había, pues, a veinte pasos de allí un camino que conducía a alguna parte, cualquiera que fuese. Chaparro se apeó, y llevando del cabestro a su ruano, y tanteando a un lado y a otro, con infinita paciencia encontró el camino, y en la tierra las huellas recientes de los dos caballos.

Montó de nuevo y siguió por allí, a favor del viento que le indicaba el rumbo, pues la tormenta venía del mar.

A fin de no meterse otra vez en el cardal, o estrellarse contra los árboles, se confió al instinto de su caballo, y lo dejó andar a su guisa lentamente.

Las nubes seguían volcando torrentes de agua. Tan densa era la obscuridad, que le parecía marchar con los ojos vendados. De repente sintió

que su caballo erguía la cabeza, y oyó un prolongado relincho de otro que lo había venteado de lejos. El ruano contestó alegremente y Chaparro lo animó, para que aligerase el andar, seguro de que lo conduciría a la puerta de un corral o de una ramada. Un caballo en libertad no relincha a otro que pasa; el que los acababa de saludar así, debía, pues, encontrarse preso por allí cerca, lo cual significaba que llegaría a un rancho o a una pulpería.

Al rato parecióle advertir una mancha más obscura en las sombras, una arboleda, tal vez una casa.

Arboles no, pues no se sentía rumor de hojas batidas por la lluvia; era, pues, una casa. Apuró la marcha y pronto vió un filete dorado, estrechito, que cortaba la tiniebla.

—¡Allí hay una puerta y detrás una luz! — se dijo.

Echó pie a tierra, vió que era tal cual lo pensaba y con el puño cerrado golpeó sobre las maderas de la puerta.

Le abrieron al instante, como si los de adentro hubiesen estado a la espera de su llamado.

Era una pulpería de campaña, con un mostrador y una estantería llena de la mercadería de costumbre. Un candil ardía en un rincón, colgado de un clavo en la pared.

Chaparro, por de pronto, vió al pulpero, un hombre en camisa, con la cara más roja que un tomate, y los pelos de la cabeza grises y erizados.

Aunque un pulpero debe alegrarse a la llegada de un parroquiano, el que Chaparro tenía ante sus ojos, no obstante haberle abierto con presteza, no demostró alegría en viéndolo. Al contrario, dió un paso atrás y exclamó alzando los brazos: —¡Ah!—Y ya porque sus cabellos fuesen hirsutos de naturaleza, ya porque en ese instante se le pusieran de punta, lo cierto es que el dueño de aquella pulpería era la imagen del miedo, cuando Chaparro le dió las buenas noches y entró sin soltar el cabestro.

Un clic metálico inconfundible, el ruido de una pistola que alguien montaba, le hizo mirar hacia la derecha.

Un hombre, un caballero evidentemente, por su apostura y su traje, se acababa de levantar, tum-

bando su asiento. Tenía calado el ancho sombrero de castor, y se envolvía cuidadosamente en una obscura capa, con vueltas rojas, a juzgar por una punta plegada sobre el codo derecho, que asomama, sin que se descubriese la mano, armada según toda evidencia.

Ni sorpresa ni miedo en su fisonomía. Era una cara noble, larga y fina. Una cara enjuta, pálida y totalmente rasurada; una boca de labios delgados y prietos. No se veían la frente ni los cabellos, cubiertos como estaban por el aludo castor, mas advertíase que aquel hombre de aventajada estatura y formas elegantes, había pasado largamente el medio siglo, tal vez era sexagenario, si bien parecía robusto y ágil.

Los ojos del color del acero, relumbraban como los de un gato.

III

Al servicio de Alzaga

Chaparro miró con inmenso estupor a aquel personaje, y le hizo un saludo reverente, descubriéndose e inclinando la cabeza.

—¡Buenas noches, señor alcalde!

En un pestañear, el aludido sacó la mano derecha armada de una pistola, y apuntó a Chaparro, que valiente y todo como era, sintió que el espinazo se le enfriaba.

—¡Señor don Martín! — exclamó — ¿Es moda contestar un saludo con un pistoletazo?

—Sí, cuando uno se mete de rondón en casa ajena.

—¡En casa ajena! ¿Pero no estoy en una pulpería? ¿Y este señor extranjero por la pinta, no es el pulpero, que me abrió en cuanto llamé, cual si aguardase parroquianos?

El pulpero, serenado ya lo suficiente, como para recobrar el uso de la palabra, contestó con fuerte acento portugués:

—¡Pero no! ¡Pero no! Me he equivocado. Yo le abrí a usted, pensando abrirle al otro...

—¡Pschit!—hizo el caballero de la capa.—Nada de charlas, compadre: y que este paisano explique quién es, y porqué me llama alcalde, cuando no lo soy; y se disponga a bien morir, según sea la respuesta.

Al sargento le volvió su aplomo de costumbre. Se caló el sombrero, sin arrogancia, pero con el gesto de quien quiere mostrar que sabe ser cortés, pero sabe también, cuando llega el momento, prescindir de fórmulas y hablar claro.

—Pues, si yo le he dicho señor alcalde, es porque así aprendí a decirle, hace de esto cinco años, cuando las invasiones inglesas, señor al-

calde de primer voto; y si le llamo don Martín, es porque, a menos que yo esté soñando o lo hayan bautizado de nuevo, su merced es don Martín de Alzaga...

La mano que empuñaba la pistola se alzó de nuevo, apuntando al ancho pecho del sargento; y a juzgar por lo que la media luz del candil permitía ver, el caño no temblaba, de modo que el pulso era bueno y la bala no se perdería.

—¡Prepárate a morir, compañero! — le dijo don Martín de Alzaga. Nunca es bueno conocer a las gentes a estas horas y en lugares como éste... Si sabes rezar algo, vamos, ya lo estás rezando...

Se volvió hacia el rincón de la izquierda y agregó:

—¡Padre! ¡échele la absolución a este hombre!

El sargento bruscamente miró hacia aquel rincón, y se quedó abriendo la boca, ni más ni menos que si hubiera presenciado una visión del otro mundo, hecha de humo y de luz; pues de allí surgió la más extraña figura imaginable en ese momento y lugar, un fraile, de hábitos pardos, con capucha de franciscano, pero de largas

barbas renegridas, y de ojos foscos y brillantes, verdaderos ojos de bandolero.

—¡En buena me he metido! — exclamó para sus adentros — ¡Esto es salir de las brasas y caer en las llamas! — y agregó en alta voz con un dejo de picardía:

—Yo sabía lo que las malas lenguas dicen, señor don Martín, que su merced había ganado la mitad de su fortuna contrabandeando mercaderías de la Banda Oriental y del Brasil; pero no me imaginaba que los benditos padres franciscanos estuvieran metidos en estos sucios negocios...

Y cerró los ojos, creyendo que don Martín no aguardaría más para apretar el gatillo y fulminarlo. Pero fué lo contrario. No bien concluyó de hablar, la mano amenazadora se bajó, y por su parte el pulpero exclamó lleno de alegría, como si acabaran de sacarlo de abajo de una rueda de molino:

—¡Verdad, verdad! ¿Por qué motivos vamos a engañarlo señor desconocido? Yo soy contrabandista... digo... estos señores son contrabandistas... Y yo un poco también... Pero yo no

me meto en política... ¡eso nunca, jamás!...

—¡Pschit! — hizo de nuevo don Martín, y el portugués quedóse mudo, y entonces habló el fraile, y no fué para negar la inculpación de Chaparro, que tan poca gracia debía hacerle a persona como él, revestida de hábitos sacerdotales y cuya mano consagrada tenía la facultad de atar y desatar los pecados de los hombres.

—*¡Domus áurea!* — exclamó con voz más bien liviana. — Pertenezco a una orden mendicante, y como las limosnas andan escasas y mis hermanos yantan dos veces al día, por magro que sea su yantar, tenemos que ingeniarnos para llenarles la sopera... *¡Salus infirmorum!* Los tiempos son malos, porque falta en los ricos la caridad, y yo que soy el repostero del convento me veo amarillo para alimentar a mis frailes, sin violar las reglas y sin ofender a Dios. Y esto de vender un fardo de tabaco brasilero, a mitad de precio, podrá ser mal visto por los aduaneros, pero no es pecado, te lo digo yo, que tengo hecha y aprobada mi teología... Además, en estas andanzas no deja un buen fraile de tener ocasión de ejercer su ministerio... A veces *¡refugium pecca-*

torum! ocurre una confusión entre mercaderes y policianos, relucen los trabucos y los facones, y quedan dos o tres tumbados en la playa. A unos, a los que pueden hablar, los confieso; a otros, a los que están peor, pero todavía dan señales de vida, los absuelvo *sub conditione;* y a los que hallo muertos del todo, los bendigo y los entierro. ¿Me gano o no me gano el jornal, *regina confessorum*?

—¡Por las tripas de Judas Iscariote! — exclamó Chaparro fingiendo gran alborozo, para ganar la voluntad de aquella gente. Su reverencia es un fraile a mi gusto, y quisiera tenerlo a mi cabecera el día de mi muerte.

—Eso será si mueres en tu cama, — insinuó Alzaga tercamente.

Pero también el fraile había encontrado a su gusto a aquel criollo francote y sereno y se le aproximó a darle un cordial apretón de manos.

Chaparro era forzudo y tenía unas manazas recias, acostumbradas a los fuertes ejercicios, y sin embargo, el apretón del fraile barbudo, con ojos de bandolero, le hizo ver tantas estrellas, que no pudo contener una gruesa interjección:

—¡Por las orejas de la burra de la abuela de don Bernardino Rivadavia, que el diablo tenga en una guampa de aceite hirviendo...! ¿sabe que su reverencia apreta fuerte?... ¡La grampa de la puerta de su santa madrina!

—¡Bruto! ¿dónde has aprendido esas palabrotas?

—En la escuela de los franciscanos, padre.

—¡No te creo! — dijo el fraile meneando la cabeza. — Pero si allí te enseñaron algo, te habrán enseñado las letanías en latín...

—Sí, padre... *¡Sancta Dei Genitrix! ¡Sancta Virgo virginum! ¡Mater Christi!*

—¡Basta, hombre, basta, ya veo! Por qué entonces, cuando te vienen ganas de jurar no echas una letanía? Se te endulzará la boca y ganarás indulgencias.

—¡Dejémonos de charlas! — interrumpió Alzaga encarándose con Chaparro. — Ya tú sabes quiénes somos nosotros y qué hacemos aquí. Es hora, pues, de que sepamos nosotros quién eres tú y qué viento te trae.

Chaparro se rascó la magullada cabeza y para darse tiempo de pensar lo que iba a responder,

acercó un taburete, sentóse en él, y dijo con toda calma, guiñando un ojo al fraile:

—*¡Virgo prudentíssima!* Si este buen portugués me diera un jarro de vino, y me atara el caballo debajo de la ramada, yo podría contestar su interrogatorio, señor Alcalde...

—¡No soy Alcalde! ¡ya no soy Alcalde! — exclamó Alzaga acentuando la palabra *ya* con encono revelador de que ésa era su llaga escondida.

El pulpero solícito destapó una damajuana de un vino claro de San Juan, ligero y ardiente, que él tenía en mucha estima, por ser el único vino infiel existente en su casa y llenó un jarro y se lo alcanzó al sargento, que en cambio le entregó la punta del cabestro de su caballo. A una imperceptible señal de Alzaga, el pulpero tomó aquel lazo y abrió del todo la puerta que permaneciera entornada. Un torbellino de viento y lluvia se engolfó en la pieza, agitando la llama del candil.

El ruano relinchó y pateó el umbral con su casco impaciente y el portugués lo condujo a un corralito contiguo, donde estaban guarecidos ba-

jo una ramada los dos caballos en que llegaron Alzaga y el fraile.

La lluvia caía incesantemente y de cuando en cuando un buen trueno revelaba a los mortales que tendrían agua hasta el amanecer.

Chaparro saboreó su vino, chasqueó la lengua, se limpió los labios con el dorso de la mano y al fin dijo sin mayor prisa:

—Su señoría me preguntó qué viento me trae... Ante todo debo confesar que yo mismo ignoro en dónde estoy.

—*¡Regina prophetarum!* — farfulló el fraile impetuosamente. — ¡Un criollo nunca ignora dónde está...!

—Si sus mercedes supieran,—prosiguió el sargento con toda tranquilidad — las vueltas que he dado para llegar aquí, y cómo no he sido dueño de elegir mi camino, comprenderían que por muy criollo que sea, puedo haberme extraviado...

Ambos, el fraile y el caballero, lo escuchaban con avidez, prestando oído a cada instante a los rumores de afuera. Su impaciencia era

creciente y Chaparro que hablaba con lentitud calculada, lo había observado.

Como soldado que ha hecho largas campañas y oído muchas conversaciones y metídose un poco en política, era suficientemente sagaz para haber notado con qué alivio recibieron la clasificación de *contrabandistas*, que él les arrojó a guisa de insulto desesperado.

—¿Entonces no sabes dónde estás? — interrogó Alzaga.

—Ni dónde estoy, ni qué hora es.

—¡Raro parece! — murmuró Alzaga. — Son las doce de la noche y estás en la costa de San Isidro. Sabrás que tenemos al frente las islas de Carapachay y que éstos son los puntos preferidos para nuestros negocios...

Chaparro sentíase quemado por los ojos del fraile, pero no apartaba los suyos de la cara fina e impenetrable de aquel godo opulento y orgulloso, que aceptaba de tan buen talante el ser llamado contrabandista por un criollo, y el que éste atribuyera tan vicioso origen a su inmensa fortuna.

Una especie vulgar que circulaba en Bue-

nos Aires, y que sabe Dios si era verdad o mentira, afirmaba en efecto, que Alzaga se había enriquecido traficando a espalda de los aduaneros.

Mas nadie había osado tratar ese punto con él. De modo que si esa noche consintió que aquel desconocido se lo dijese cara a cara, debía ser porque tenía razones muy especiales para encontrar suave la injuria.

—¡Por los colmillos del chancho de San Martín, patrón de la ciudad...!—pensó el sargento, entre cerrando los ojos para que no delatasen sus pensamientos de pícaro.—O yo no soy el sargento Chaparro, o éstos no son contrabandistas... ¡Son conspiradores!

—Está corriendo el tiempo, hijo mío, — dijo a esta sazón el fraile, con voz aburrida; — y todavía no sabemos quién eres, ni qué nos quieres... *Mater intemerata!*

En diciendo esto se recogió la manga y Chaparro vió un brazo velludo y potente, más propio para dar sablazos que para echar bendiciones, y volvió a observar el gesto de Alzaga, alistando la pistola debajo de la capa.

—Ya sabes dónde estás y qué hora es; y sabes

quiénes somos nosotros. Si antes de dos minutos no nos has dicho quién eres tú...

Entró el pulpero chorreando agua y arrojó un poncho a los pies del sargento.

—¿Esta es toda tu montura? — dijo con desdén, cerrando la puerta, y asegurándola con sus espaldas, lo que equivalía a declarar que no salía ni entraba nadie sin su permiso.

Había perdido el respeto a su cliente, desde que vió, que era un pobre diablo que montaba en pelo.

—¡Es claro que no! — se dijo Chaparro para su bolsillo, observando esas actitudes.—Estos son tan contrabandistas como yo soy obispo. Apostaría mis jinetas de sargento, para cuando vuelva el coronel Saavedra al poder, que antes de una hora caen a la pulpería los socios que tienen, y si algo traen, no serán tercios de tabaco, ni piezas de paño inglés; traerán carabinas o bayonetas de Montevideo... ¡Hum! Por algo lo han fusilado el otro día al gallego Viola, y eso que era pariente de don Miguel de Azcuénaga.

De los diez mil españoles que continuaron residiendo en Buenos Aires después del 25 de Mayo,

ni una docena consideraba que el antiguo régimen, en que ellos fueron los amos y los criollos los siervos o los parias, se había hundido en la eternidad, como todo lo que muere y no resucita.

Con ofuscada buena fe, creían que el día que se les diera la gana, y alguno, don Martín de Alzaga, por ejemplo, dijese: "¡Vamos, compatriotas! ¡Por España y por el Rey!" todos, en un incontenible torrente, se echarían a la calle y arrojarían a los criollos del Fuerte tal como en 1807 arrojaron a los ingleses. Y de esto sabía algo don Martín, puesto que fué el bravo y tenaz adalid de la Reconquista.

Justo es decir que los sucesos del año 11 contribuían a fomentar esas ilusiones.

En lo interno, los hombres de Mayo estaban divididos a muerte en saavedristas y morenistas y a un paso de la guerra civil; en lo externo, de tres ejércitos formados a costa de sacrificios, que habían agotado el país, el uno, el de Belgrano, se había dispersado, sin pelear apenas en el Paraguay, el otro, el gran ejército del Alto Perú, mandado por Balcarce como general, y por Castelli como enviado de la Junta, el más formida-

ble que jamás reunieron los patriotas, puesto que alcanzaba a la cifra enorme, para aquellos tiempos, de veinte mil soldados, había sido literalmente deshecho en una sola bochornosa batalla, por el general Goyeneche, en junio de ese año a orillas del Desaguadero, en las gargantas de Huaquí; y el tercero se había estrellado ante los muros de Montevideo después de un largo, inútil asedio, mientras la insolente escuadrilla del virrey Elío se paseaba por balizas exteriores, a la vista misma de los porteños, que concurrían a la Alameda.

—¡Oh, no! No era indispensable tener la cabeza de vasco terco y rancio de don Martín de Alzaga, para creer que los días del gobierno patriota estaban contados.

Lo pregonaban aparte de sus derrotas sucesivas en los campos de batalla, sus infortunios políticos, especialmente esos diez cadáveres que durante ese día se habían balanceado al viento del río en la plaza Mayor.

Los hombres que tenían la responsabilidad del gobierno y llevaban el peso titánico de la revolución comprendían el ánimo de los españoles

y temían vagamente una conjuración; y no pudiendo, sin escuadra, vigilar las costas por donde los realistas de Montevideo se comunicaban con sus partidarios, a lo menos castigaban terriblemente al que cogían conspirando, para escarmiento de los otros.

Pero hombres como don Martín de Alzaga eran viejos para aprender y sobrado valientes para escarmentar.

En su duro cráneo las ideas entraban como clavos herrumbrados, dificultuosamente y para nunca más salir; y una de esas ideas era que aunque no quedase más que un español en América, los derechos del rey permanecían intactos, y ese español debía gobernar el continente.

El sargento Chaparro, que había hecho cerca de Alzaga toda la campaña contra los ingleses, sabía muy bien donde le apretaban los zapatos de hebillas de oro de aquel godo ambicioso y bravo, y en un santiamén comprendió el verdadero negocio que realizaban en la pulpería, y las ventajas que él podría sacar asociándoseles.

Tenía ante todo que salvarse de aquella pistola montada debajo de la capa de don Martín, y

para eso nada mejor que ser franco y confesar que venía huyendo y estaba dispuesto a ayudarlos en cualquier empresa.

Para un contrabandista y para un conspirador español no podía existir un aliado más útil, ni de mayor confianza, que un criollo condenado a muerte por su gobierno.

Estas cosas son largas de explicar pero se piensan brevemente, y don Martín no tuvo que aguardar mucho tiempo la respuesta del sargento:

—¡Pues sí señores! — exclamó con una risa de hombre que no teme la muerte.—Esto se llama andar en la mala. Hoy han fusilado a diez compañeros míos en la Plaza Mayor, y a mí no, porque a tiempo me les escapé. ¿Pero qué he ganado con eso? Morir allí de cuatro tiros, bien preparado, o aquí de un pistoletazo de don Martín con una bendición apurada de este bendito padre, que ha de estar medio distraído por el negocio, estoy viendo que he hecho las de la mojarra que saltó de la sartén y cayó en las brasas. ¡De haberlo adivinado me quedo en la sartén, por vida de mi difunta abuela, que el diablo haya...!

¡Discúlpeme su paternidad! Quise decir: *¡Mater misericordiae!*

El fraile dió un bote y lo cogió rudamente del brazo:

—*¡Causa nostræ lætitiæ!* ¿Entonces tú eres el sargento Chaparro?

—Sí padre, yo soy Chaparro.

—¿Sabes que esta mañana había once horcas en la plaza Mayor y que una quedó vacía?

—No, padre. Solo oí la descarga con que fusilaron a mis diez compañeros, pero no sabía lo de las once horcas. Mi mujercita no quiso contármelo, por no aumentarme la fiebre, sin duda...

—Pues la undécima horca era para tí, desgraciado.

—¡Amalaya la hubiera ocupado, no más! No estaría aquí rezando en voz baja el credo.

Alzaga habló entonces:

—¿A dónde pensabas ir?

—¿Qué quiere que le diga, don Martín? Yo no he pensado más que en poner mucha tierra entre Rivadavia y el sargento Chaparro. Y si se pudiera poner mucha agua, tanto mejor.

—¿Qué quieres decir?

—Que preferiría pasar a la otra banda. En Montevideo un hombre de mis condiciones ha de hallar trabajo fácilmente.

Alzaga y el fraile cambiaron una mirada. A los dos se les ocurrió la misma idea: un criollo como Chaparro sería para ellos un aliado excelente. Condenado a muerte por el gobierno patriota su interés estaba en secundar a los que conspiraban contra el gobierno.

El fraile se aproximó a Alzaga y le habló en voz baja, mientras Chaparro, imaginándose de qué trataban, se hizo el distraído y bebió lentamente el resto de su vino.

—Este es el hombre que necesitamos, don Martín. Muchas cosas tendremos que hacer que no las podrá llevar a cabo un español, y sí un hijo del país.

—Así me parece, padre — respondió Alzaga y acercándose a Chaparro le puso la mano izquierda sobre el hombro. Su gesto era el de un noble que arma caballero a un vasallo.

—¡Te tomo a mi servicio, Chaparro!

El sargento tenía que elegir entre la mano izquierda, que le golpeaba amistosamente el hom-

bro y la derecha que seguía empuñando la pistola, a plena luz ya, pues los pliegues de la capa se habían abierto con toda majestad. Y aunque estaba resuelta la elección, no se apuró a entregarse, y preguntó con calma:

—¿Qué debo hacer para servirlo?

Alzaga trepidó un instante. No aguardaba la pregunta y no pensaba confiar sus planes a aquel hombre.

En ese momento la puerta de la pulpería fué sacudida por tres vigorosas puñadas. El pulpero miró a Alzaga que a su vez miraba al fraile.

—Estos son los socios que llegan, — pensó Chaparro, sin inmutarse, aunque muy bien podía ser una de las tantas partidas de policía enviada por el gobierno en su persecución.

—¿Abro, señor don Martín? — interrogó el pulpero, poniendo la mano sobre la tranca de la puerta.

Alzaga lo contuvo con un gesto, y se dirigió a Chaparro:

—Mi servicio consiste en partir esta noche en una ballenera a Montevideo... Yo también iré... ¿Te conviene?

Chaparro miró interrogando con los ojos al fraile, que respondió sonriendo:

—¡No, yo no iré! No tengo licencias para ejercer mi ministerio fuera de aquí. Además alguien debe recibir las mercaderías y esconderlas en sitio seguro. *¡Janua cœli!*

Tres golpes sonaron de nuevo en la puerta; Chaparro se paró e hizo la venia con toda seriedad.

—¡A la orden, mi jefe! Pero este buen lusitano me hará el favor, cuando pase la lluvia, de poner al ruano de cara a Buenos Aires y darle un rebencazo en el anca. Así disparará como un cuete a la querencia.

—Así se hará — respondió el pulpero y abrió la puerta a una indicación de Alzaga, que recobró su postura de pie, en la sombra del rincón, ocultas las manos bajo la negra capa.

Entró primero un lindo muchacho, vestido de azul, con un par de remos al hombro, tan largos que tardó en hacerlos pasar. Chaparro lo examinó sorprendido de la extraña gracia y belleza de aquel rostro infantil y de su limpio traje de pana. El muchacho al verle titubeó, como si le asusta-

ra hallar en la posada gente desconocida, y se limitó a dar las buenas noches.

En seguida apareció un marinero, que saludó desde el umbral.

Era un hombre alto y fornido, entrado en edad, vestido pobremente.

Sus pies descalzos como los del muchacho venían embarrados a más no poder. También se detuvo al ver a Chaparro, que no perdía detalle de su vestimenta, ni de sus modales.

—A este contrabandista, — pensó el sargento, — se me hace que yo lo he visto en una procesión de Corpus Christi, llevando el palio... Por lo visto don Martín tiene buena gente a su servicio... Y si ese muchacho de pies tan blancos y bonitos no es una señorita, que me corten el pescuezo los godos de la otra banda.

—¡Adelante amigo, don Santiago! — exclamó Alzaga al advertir la vacilación de los marineros. — Les presento al sargento Chaparro, del batallón primero de Patricios, escapado de la horca. Lo acabo de tomar a mi servicio y no dudo que sacaremos de él un buen contrabandista.

El marinero miró con estupor a Chaparro, que sonreía modesta y sacarronamente. Le desagradó tal vez aquella sonrisa, y cuando el sargento esperaba que le tendiese la mano, como a un camarada, con quien iba a correr las más peligrosas bordadas, se limitó a saludarlo a media voz:

—¡Bien venido sea el sargento Chaparro!

—¿Partimos?

—Enseguida. La noche no puede ser peor, pero por eso mismo conviene aprovecharla. El río está bravo como un mar; pero la ballenera es segura y el viento es bueno.

Chaparro se mordió los labios con fastidio, al notar el poco aprecio que hacían de un sargento del primer batallón de Patricios.

Pero el vino estaba sacado y había que beberlo. La suerte estaba echada, y él, criollo de estirpe, que se había batido por la independencia de su patria, enrolado al servicio de los que conspiraban contra ella.

Lo que significaba que en vez de una sentencia de muerte pensaban dos, por lo menos, sobre su cabeza; sin contar la que dictaría en su contra su nuevo señor, si intentaba dejar su servicio.

IV

La pulpería de Pirán

Lo que entonces llamaban la plaza Mayor, entre el Cabildo y el Fuerte, hallábase dividida en dos porciones desiguales por la memorable Recoba, construcción que medía de extremo a extremo, no menos de ciento cincuenta varas.

De uno a otro lado tenía corredores con arcadas, pintados de blanco, a lo moro.

En el tejado un parapeto, salvaba de caerse a la calle a los curiosos que se aglomeraban allí, por gozar de los espectáculos de la plaza Mayor,

unas veces, la solemne procesión de Corpus, otras el suntuoso paseo del estandarte real, o un marcial desfile de tropa, o bien, la ejecución de algunos criminales, o reos políticos, que se verificaba casi siempre al salir el sol, y terminaba con la suspensión del cadáver, en una horca, donde quedaba goteando sangre, que los perros vagabundos lamían en el suelo.

Cada porción de la plaza Mayor tenía su propio nombre: llamábase plaza de la Victoria al cuadrado más grande, entre el Cabildo y la Recoba, con la Catedral al Norte, y la pirámide en el centro; y plaza del 25 de Mayo a la parte menor, al sur de la Recoba y delante del Fuerte.

Casi en el medio de esta plazuela existía desde los tiempos del Rey, un pequeño torreón, donde se acuartelaba un destacamento de soldados de caballería, especie de guardia del Fuerte, y que se llamaba "Piquete de San Martín".

Digamos de paso que una sola calle en todo Buenos Aires, conserva la denominación puesta por sus fundadores, que siendo gente sencilla y cristiana y no teniendo héroes a mano, las bauti-

zaron con los nombres de los santos de su devoción.

Andando el tiempo, todos los santos, desde el Santo Cristo hasta la Santísima Trinidad (actuales Balcarce y Florida) perdieron su calle. Sólo el santo bajo cuyo patrocinio puso Garay a Buenos Aires, San Martín, mantiene la suya a través de los siglos, por haber tenido la suerte de llamarse como nuestro gran capitán.

Pues bien: en la manzana que hace cruz con el ángulo suroeste del Fuerte, donde después se construyó el Congreso Viejo, existía en aquellos años la carnicería de Gaitán, y en la misma esquina de la calle del Santo Cristo, una pulpería muy frecuentada por soldados, arrieros y matarifes, criollos en su mayoría, que iban allí a beber unas copas y a jugar a la taba. Se llamaba, por el nombre de su dueño, "La esquina de Pirán".

De siete a nueve de la mañana la cuchilla y el serrucho de Gaitán apenas se tomaban instantes de reposo, porque era la hora en que acudían los negros esclavos, hombres y mujeres, con sus ti-

pas de cuero a la cabeza, a comprar la carne para la cocina de sus señores.

—Manda a decir mi amita, don Gaitán, que le mande... — decía una esclava desde la vereda, casi antes de entrar.

—¿Quién es tu amita, negrita? — preguntaba Gaitán sin volver los ojos ni suspender la faena de repartir la espalda de un buey, con un largo cuchillo, asentado en la piedra del umbral, Aquel carnicero hablaba siempre en diminutivo, por lo cual muchos lo llamaban Gaitancito.

—Doña Flora Azcuénaga de Santa Coloma.

—¡Ah ya, doña Florita la buena mocita! — exclamaba el pícaro, sabiendo que doña Flora pasaba por ser la mujer más fea de Buenos Aires; pero la esclava, que adoraba a su señora, cosa frecuente en los esclavos de esta tierra, no penetraba la malicia del apodo y contestaba candorosamente:

—¡La mesmita!

—¿Y que pide tu amita?

—Que le mande matambre bien gordo, porque hoy tiene convidados y cuatro libras de puchero de "aujas" (agujas).

—Enseguidita, no más — respondía Gaitán y se ponía a cortar las tiras de matambre.

Otro esclavo indicaba carne de lomo y de vaquillona, porque su señor don Ginés, no tenía dientes y sólo comía cosas tiernas; otra pedía "grano del pecho", y "güeso de caracú". No faltaba quien prefería llevar "choquizuelas", a propósito para dar sabor al caldo.

Oíase un ruido marcial, y los perros que pululaban por allí, se apartaban con miedo, y los esclavos se empampaban de admiración y de respeto. Era un soldado del piquete de San Martín, que estaba azotándose las botas con el largo sable, y regresaba, llevando a pulso un asado de costillas, que desde temprano le preparaba Gaitán, especie de tributo que diariamente pagaba a los defensores del orden y de la patria.

En plena calle, a la entrada del fortín, encendían los soldados una fogata y asaban las sabrosas costillas, ensartadas en una vieja bayoneta española, que probablemente habría hecho las campañas de Flandes.

Gaitán aprovechaba los momentos en que disminuían los parroquianos, para asomarse a la

puerta, sombreada por una galería; y, con el pretexto de arrojar los desperdicios, que eran devorados en el aire mismo por la perrada hambrienta de todo el barrio, echaba una mirada a sus vecinas buenas mozas que iban y volvían de misa, a la catedral o a Santo Domingo o a San Francisco, según su particular devoción.

Pasaban las damas de alcurnia, elegantemente embozadas en el rico chalón, descubierta apenas la mitad de la cara, y seguidas de un negrito o de una negrita que les llevaba la alfombrita cuadrada que les servía para cubrir los desnudos ladrillos del templo, y arrodillarse o sentarse con mayor comodidad.

Desde lejos reconocía Gaitán a la devota y si le interesaba saludarla se disponía a rendirle un cumplido a su manera. Por ejemplo, a Panchita, la nieta de don Ginés de Montes de Oca, que iba todos los días a misa de nueve, en la catedral, la esperaba en el cordón de la galería, escondiendo sus manos ensangrentadas, debajo del delantal, no más pulcro ciertamente.

Y al llegar la joven, se inclinaba ceremoniosamente y volteaba a los pies de ella, y como por

casualidad, el clavel encarnado que solía tener detrás de la oreja.

La damita hacía un ademán para no pisar la flor, y con el movimiento descubría toda la cara y la punta del bonito chapín.

—¡Buenos días, Gaitancito!... Ya sabe... ¿eh?... Mándenos lomito de vaquilla, porque papito viejo no tiene ni un diente... — decía ella, contagiada sin querer por el preciosismo del carnicero.

—En cambio, ustecita los tiene divinísimos...

Panchita que era muy joven y muy bonita, sonreía para demostrarle al carnicero que no exageraba en el elogio, y él se quedaba contemplándola hasta que ella desaparecía por el arco central de la Recoba, no sin echar antes una miradita al piquete de San Martín, en cuya puerta surgía siempre y como por azar, el teniente de guardia, que unas veces era alto y rubio y otras bajo y moreno, unas elegante y buen mozo, otras más sin garbo que el mismo Gaitán, pero siempre joven y complacido en saludar a la preciosa nieta de aquel godo rancio y opulento, amigo de don Martín de Alzaga, el señor

Francisco de Paula Ginés de Montes de Oca y Torrezuri.

Gaitán en esta maniobra perdía la noción del tiempo, hasta que su mujer, la terrible ña Bárbara, se la hacía encontrar, arrojándole en plena cara, con puntería infalible, un puñado de achuras frescas.

—¡Plaff!... ¡Ya me imagino lo que estás mirando, zanganote! ¿qué hacés que no cerrás la puerta antes que nos coman vivos los perros y los pordioseros...?

—¡Y las mosquitas! — respondía él con toda paciencia, espantándose una nube de ellas que se le asentaban en los carrillos, manchados con la sangre de las achuras.

A las nueve en efecto, todas las carnicerías cerraban sus embadurnadas puertas, después de distribuir los últimos retazos de carne a los mendigos que hormigueaban a pie y a caballo, sonsacando mendrugos y llevando mensajes de casa en casa.

Esa mañana, en el momento en que Gaitán iba a hacer como todos sus cofrades, vió detenerse

frente a la esquina de Pirán, dos jinetes que arreaban una tropilla de vacas.

Como buen entendedor en materia de hacienda vacuna, al instante juzgó que aquélla venía de lejos y era mansa: algunas vacas se echaron en tierra a descansar, y otras se pusieron a pastear la hierba, que crecía abundantemente en las calles más centrales de Buenos Aires.

Cada vaca llevaba al pie un ternerito, alguno de los cuales aprovecharon el alto para prenderse ávidamente a la ubre maternal.

—Estitas no son de matadero, — se dijo Gaitán. — Son lecheritas para algún tambito de aquicita, no más.

Pensó un poco, y luego añadió a sus congeturas esta otra:

—Allicito diviso al negrito Amancio y a ño Elpidito montado en su ruano. ¡Buen pingo! ¡Ya sé! Estas vaquitas son para el tambito de don Santiago Altolaguirre... Ese también tiene una hijita, que roba los corazoncitos... ¡Y es más patriota la niñita que el Deán Funes!

Adquirida la certidumbre suficiente acerca de la calidad y destino de la tropilla, y después de

suspirar bajito en honor de la hija de don Santiago Altolaguirre, trancó la puerta y por los fondos de la carnicería que se comunicaba con la pulpería de Pirán, se fué a tomar un refresco.

Eran las pulperías en la época de la revolución verdaderos clubs populares, donde los parroquianos al hacer sus compras o al echar un trago o jugar una partidita de biscambra, comentaban con toda libertad los altibajos de la política o los azares de la guerra.

La gente de viso se reunía en los cafés y era famoso el de Mallco, verdadero club patriota, o en la fonda de Catalanes situados en la Plaza Mayor, o de Los tres Reyes, sobre la ribera del río; pero el elemento popular se congregaba en las pulperías.

Las había de todos colores, según quién fuera su dueño; lo cual no impedía que, de vez en cuando, se mezclaran personas de distinta opinión, de lo que resultaba que en lo mejor de la partida o de las libaciones, empezaran los gritos, los ponchazos, y aun las puñaladas, por culpa del coronel Saavedra o del general Belgrano, del doctor Moreno o del Deán Funes.

Pero no solamente los había del color de los partidos en que se dividía la política criolla, sino lo que es verdaderamente curioso, existían pulperías patriotas y pulperías realistas, en toda la extensión de la palabra.

Esto que ahora resulta inconcebible, tiene una fácil explicación.

La guerra de la independencia no fué al principio una rebelión contra el rey de España, sino una revolución contra las malas autoridades que gobernaban el país.

Se las derrocó en nombre del rey, que las había nombrado y empezó la lucha contra los ejércitos que intentaron reponerlas, lucha en que durante los dos primeros años ambos ejércitos, el revolucionario y el realista, pelearon a la sombra de la misma bandera española.

Los jefes patriotas, *sentían*, más que sabían, que su guerra era por la independencia; pero al no poderlo decir, y al pregonar en actos oficiales su sumisión a Fernando VII, engendraban una confusión en las ideas del pueblo y creaban en la ciudad una atmósfera muy propicia para la conspiración.

Bástenos recordar el proceso formado al doctor Castelli, por la derrota del Desaguadero o de Huaqui. Uno de los cargos que se le hicieron ante el tribunal militar, fué el no haber inculcado a sus tropas el respeto y el amor al monarca español.

Si el desventurado Castelli no hubiera tenido más culpa que el no venerar al torpe y desnaturalizado hijo de Carlos IV, en verdad que habría sido un inocente.

Miles y miles de españoles siguieron viviendo en Buenos Aires, después del 25 de mayo de 1810, sin que se les considerase enemigos de la patria, ni se pensara seriamente en desterrarlos, según se practicaba en todas las naciones en guerra.

A lo sumo si se les tenía por adversarios presuntos del gobierno.

Este acabó por sentir el peligro de tal situación y en marzo de 1811 lanzó un decreto ordenando que en el término de tres días salieran de la ciudad todos los españoles solteros; pero tan generosa indignación levantóse en el pueblo de Buenos Aires, y tantos actos de protesta se realizaron,

que la misma Junta se vió obligada a derogar su decreto.

Los cuatro mil españoles solteros, que en cualquier momento podían transformarse en cuatro mil soldados del rey, se quedaron en la ciudad, agradecidos tal vez, pero penetrados de su valer y llenos de orgullo de raza.

Este sentimiento se iba agrandando, a medida que transcurría el tiempo y se repetían los traspiés del gobierno y las derrotas de sus ejércitos.

Cuando llegó a Buenos Aires la noticia del desastre del Desaguadero — 20 de junio de 1811 — el regocijo y la infatuación de los realistas, no conoció límites, ni siquiera los que impone la prudencia.

No sólo se consideraban superiores a los criollos; se creían también intangibles. Algunos, nacidos en el país, compartían su odio contra el nuevo régimen, al amparo de la confusión de ideas con que se había hecho la revolución, y se alegraban del fracaso de las armas argentinas, sin pensar que traicionaban a su patria.

Puede afirmarse que en 1811, con excepción de las casas de unos cuantos peninsulares, como

Larrea y Matheu, que servían al gobierno, en todos los hogares españoles fermentaba la conspiración, y en su concepto la revolución estaba vencida.

Las pulperías reflejaban estos matices de la pública opinión, y las había, realistas según lo dijimos, como la de Tellechea, en la calle de la Santísima Trinidad, a una cuadra de Santo Domingo, y patriotas como la de Pirán, ante cuya puerta acababa de apearse ño Elpidio.

Ño Elpidio era un gaucho de enmarañada barba tordilla y de larga melena, jamás cortada, que llevaba ceñida en una arrogante coleta, como aquella que les valió a Chaparro y a sus compañeros una sentencia de muerte.

A más de la coleta, señal de apego a viejas costumbres, ño Elpidio usaba calzoncillos con flecos, que asomaban por debajo del chiripá, un sombrerito de castor, insignificante, casi ridículo, sujeto por un barbiquejo, y un poncho cordobés, prenda de invierno y de verano, con la sola variante de usarla en invierno sobre una burda camisa de algodón y en verano sobre el pellejo curtido por la intemperie.

Ciñendo la cintura, un blando tirador de carpincho, y cruzado a la espalda, un respetable facón, cabo de plata.

Y en los pies, nada, nada, ni botas, ni zapatos, ni ojotas, únicamente las espuelas nazarenas, de estrellas puntiagudas y grandísimas, atadas firmemente a los garrones con unos tientos, y que producían, con el andar, un siniestro ruido de grillos, que solo ño Elpidio no advertía, de acostumbrado que estaba.

A lo largo de la acera, frente a la pulpería había plantados hasta seis postes urunday, para que los clientes ataran sus caballos.

Ño Elpidio no encontró ninguno libre, pues a esa hora más de doce cabalgaduras aguardaban a sus dueños con las cabezas gachas, bajo el deslumbrante sol de las nueve.

El gaucho entonces maneó su ruano, — aquel ruano perdido y recobrado milagrosamente, — y entregó el cabestro al negro esclavo de don Santiago Altolaguirre a quien llevaba la hacienda.

—Tengo un negocio que concluir con el franchute Pirán, — dijo a manera de disculpa. —

Cuidáme el ruano y las vacas, Amancio, y para que no te venga sueño, ponéte a chiflar cualquier cosa.

—Ya me están chiflando las tripas, — respondió Amancio malhumorado.

—Yo te voy a traer algo bueno para hacerlas callar.

Y penetró en la pulpería, que era un cuarto espacioso, con ventanas enrejadas a la calle, y una estantería, donde se amontonaba toda suerte de mercancías, en especial comestibles.

El mostrador, servía, para despachar, al pulpero, y para sentarse a algunos parroquianos de mayor confianza.

En las paredes, colgados de clavos, exhibíanse objetos que no hallaban cabida en los estantes, cinchas, riendas, lazos, alguna guitarra y alguna escopeta de chispa. Y en el suelo, arrimados a las paredes, pellejos de cabra con arrope de tuna, petacas llenas de pasas mendocinas, barriles de vino y aquellos tercios de yerba paraguaya, o sea grandes sacos de cuero crudo, en que cabían hasta doscientas libras, y otros menores con azúcar o trigo, o harina, que los barcos ingleses

traían del Brasil o de Estados Unidos, haciendo rabiar a sus aliados españoles.

En un rincón veíanse apiladas hasta un centenar de magníficas sandías de los Paranases, las primeras sandías, anticipadas ese año en Buenos Aires, por lo precoz del verano.

La pulpería estaba llena de parroquianos, y sentíase el bullicio de otros que en la trastienda y en el patio jugaban a los naipes o a la taba.

Había allí vecinos del barrio de la Merced, gente recia, capaz de toda suerte de hazañas, que vivía en contacto con los soldados de la plaza de toros, y los isleños y contrabandistas de la ribera y los marineros del puerto, mezcolanza de lo bueno y de lo malo de todos los mares.

Había soldados del Fuerte, y de la guardia cívica, que ostentaban lujosos uniformes, raras veces completos, por la penuria del fisco, de modo que el que tenía los calzones blancos, y la vistosa faja carmesí, carecía del frac azul, o de las altas botas charoladas, o llevaba en lugar del sombrero de copa, una modesta boina, como los Dragones de la patria.

De éstos podían contarse tres o cuatro, respi-

rando orgullo, no obstante la pobreza de su uniforme, por su reciente victoria sobre los Patricios. Nada de morriones, ni de sombreros con plumas de papagallos, ni de chaquetas con botones dorados, ni de largos sables pendientes de blancos cinturones; nada de alamares ni de penachos. Una simple chaquetilla azul, una boina de marinero sin adornos, un pañuelito al cuello, un machete corto, un pobre chiripá y humildísima bota de potro con espuelas de fierro.

Pirán pasaba por saavedrista, pero despachaba cierta caña brasilera a que los Dragones se habían aficionado durante el sitio de Montevideo, cierta caña sin aguar y a cuartillo la copa, y aquellos bravos despreciaban las ideas políticas del pulpero y concurrían a emborracharse en su esquina.

Podía notarse también gente de otra laya, un negro aguatero, nombrado Félix, que fumaba en su rincón, pensando en su tierra de Africa; un español empleado en el tribunal de cuentas, buen pendolista, llamado Francisco Lacar, y arriba del mostrador, sentado a lo turco, el tristemente famoso Atanasio Duarte, aquel oficialillo oscu-

ro que en el banquete de los Patricios, el año 10, brindó porque don Cornelio de Saavedra se coronase emperador del virreinato.

Concurría diariamente a echar un trago y leer la Gaceta, a media voz, como para que se enteraran dos o tres parroquianos que lo rodeaban sin descuidar las sendas copas de licor que de cuando en cuando, les llenaba de nuevo Pirán, haciendo luego una raya en un papel debajo del nombre de cada bebedor.

Ño Elpidio saludó a los presentes, a quienes conocía en su mayor parte y al ver las sandías se alegró su corazón.

—¡El Padre Eterno pensó en mí cuando crió las sandías! — exclamó, poniéndose en cuclillas delante de ellas.

Eligió una, juzgó de su madurez golpeándola con los nudillos, la puso sobre el mostrador, y su valiente facón la partió de un solo tajo, con un ruidito especial que hizo agua la boca de los mirones.

—¡Lindo tajo para darlo en el mate del maturrango Goyeneche! — murmuró con patriótica sonrisa.

El pendolista que escuchaba al lector de la Gaceta, alcanzó a oir, y replicó vivamente:

—¿Maturrango? ¡Si el general Goyeneche es tan criollo como usted, nacido en tierra de América! ¡Pero sirve a su rey...!

Duarte suspendió la lectura del periódico oficial, y terció en la conversación.

—¡Los criollos no tenemos rey, desde el año pasado! ¡Bueno es que apunte la fecha, don Francisco, para que no se le olvide...! ¡Veinticinco de Mayo de 1810!

—¡No rezan así los documentos de la Junta! — contestó arrogantemente Lacar. — Todas las cosas las ha hecho ella en nombre de don Fernando VII, hasta el fusilamiento del general Liniers.

Duarte se echó a reir.

—¡La inocencia le valga don Francisco! Con eso la Junta no engañaba sino a los ingleses, que tenían interés en ser engañados para seguir comerciando con nosotros, sin romper amistades con España. Pero en eso no creían ni ustedes, ni nosotros. Y eso mismo ya se acabó, porque ya no gobiernan los saavedristas camanduleros, sino

los morenistas francos y resueltos, que no conocen más reyes que los de la baraja.

La hinchazón con que lo dijo provocó sonrisas irónicas. Todos sabían que el año anterior el doctor Moreno había castigado severamente al necio oficial por servilismo saavedrista.

—¡Bien, don Atanasio! — exclamó maliciosamente ño Elpidio, brindándole en la punta del cuchillo el corazón de la sandía. — ¡Sírvase!... Me gustan los mozos que saben cambiar a tiempo de opinión.

—¡Alto ahicito! — gritó Gaitán, desde la otra parte del mostrador. — No me hable así de mis amiguitos, por que no es tener memorita, ni vergüencita olvidarse de lo que han hechito por la patria.

—¡La verdad no ofende, don Gaytancito! — contestó Duarte, mordiendo la roja pulpa de la sandía. — Sus amiguitos, los saavedristas, nos han llevado a un desastre. Ya está Goyeneche tocando a degüello a las puertas de Tucumán, por culpa de la derrota del Desaguadero...

—¡Fíjese en lo que habla, mi teniente! — arguyó airado otro saavedrista, saliendo en ayuda

del inofensivo carnicero. — El que perdió la batalla del Desaguadero fué Castelli, un rabioso morenista.

Don Francisco Lacar, como todos los españoles, abominaba al fusilador de Liniers y de los generales del Alto Perú, y se estremeció al oir su execrado nombre.

—¡Castelli! — repitió sordamente. — Ayer lo ví pasar con Monteagudo por la calle de San Benito. Se detuvo a comprar unas hebillas en una bandola, y observé que hablaba por señas, como un mudo. El desventurado es un espectro. La justicia de Dios lo ha marcado y una llaga cancerosa está devorando esa lengua que tantas infamias ha propalado.

Un silencio triste acogió aquellas palabras. Todos se miraron impresionados, sin hallar qué responder, hasta que Pirán refirió:

—Dicen que don Diego Paroissien, que es tan buen cirujano, va a cortarle la lengua al doctor Castelli, para salvarle la vida.

—¡La cabeza debieran cortarle! — replicó ferozmente don Francisco. — El que a hierro mata, a hierro debe morir...

Esta vez nadie contestó: el terrible demagogo no tenía partidarios ni entre los patriotas.

Su crueldad con los vencidos había desacreditado a la revolución, y su funesta campaña en el Alto Perú, abrió el camino de Buenos Aires al general Goyeneche.

Llamado a responder ante un consejo de guerra de sus culpas o de sus errores, y atacado de un cáncer en la lengua, marchaba a la muerte con tan espantosa rapidez, que la justicia de los hombres no tuvo tiempo de pronunciarse.

Su trágico desamparo movía a piedad a sus jueces, pero no llegó a infundir el amor en el corazón de sus compatriotas.

Ño Elpidio comió dos bocados de la fresca sandía, y los aplastó con un trago de caña paraguaya, a tiempo que Amancio al rayo del sol, se ponía a silbar desventuradamente una canción patriótica.

—¡El pito de ese negro está desafinado! — observó uno que miraba la calle.

—¡Aura le voy a templar la jeta! — respondió ño Elpidio, saliendo a llevarle la mitad de la sandía, grande como la rueda de un coche.

La sandía era negra por fuera y encarnada por dentro, y la inmensa boca del esclavo, abierta de par en par, para sonreir y agradecer el regalo, era también negra por fuera y encarnada por dentro, y en ella relumbraban los dientes más esplendorosos del Virreinato.

—¡Dios pague, ño Elpidio! — dijo desenvainando su cuchillo, y se puso a comer, cruzada la pierna sobre el caballo y sin dejar de vigilar las vacas que estaban muy tranquilas contemplando la Recoba con sus ojos de berilo y espantándose las moscas, con sus largos rabos llenos de abrojos.

El ruano tascaba el freno, y su dueño lo palmeó en el cogote para aquietarlo y entró de nuevo a la pulpería, donde alguien había empezado a hablar del sargento Chaparro.

La imaginación popular iba haciendo un héroe del afortunado prófugo; y si bien todos comprendían las razones del gobierno para revolver cielo y tierra en su busca, la mayoría, el pueblo especialmente, participaba de los sentimientos de aquella pobre mujer que había quedado al amparo de Dios en un rancho humilde, entre los tunales del zanjón de los Belermos, a cargo de dos

criaturitas, y que todos los días, mañana y tarde, llegaba hasta la plaza Mayor, envuelta en un manto, a averiguar si algo se sabía de su marido.

Andaba de un lado a otro, como un alma en pena, atisbando las conversaciones. Algunos se callaban al aproximarse ella, muchos la socorrían, y advertíase una fugaz alegría en sus ojos negros de criolla, cuando al fin de sus andanzas, conseguía averiguar que nadie sabía nada del sargento Chaparro.

¡Ay! Ella tampoco sabía nada; mas la consolaba el pensar, que su marido debía andar a esa hora tan lejos de allí, que ni siquiera podía hacerle llegar una palabra cariñosa.

Su angustia, pues, estaba llena de esperanza, y el pueblo que la compadecía se alegraba de que el misterio siguiera impenetrable alrededor del paradero del bravo sargento de Patricios.

—Hoy se cumplen ocho días desde el motín, — dijo un saavedrista. — El amigo Chaparro a estas horas debe estar en la provincia de Córdoba, donde el Deán Funes lo habrá escondido, o en las tolderías de los indios ranqueles, más se-

guros para un valiente que una ciudad donde mandan los mulatos...

—¡Echele un galgo! — dijo Lacar.

—Amalaya todos se hubieran escapado con él; — agregó otro. — No andaríamos dando estos rodeos, al cruzar la plaza Mayor, para no pisar la arena donde todavía hay una nube de moscas. Se necesitan muchas lluvias para lavar esa sangre.

Ño Elpidio empezó a menear la cabeza, buscando asiento en una petaca mendocina, y comió un bocado y luego dijo tranquilamente:

—¿Entonces nadie sabe nada del sargento?

—¡Se lo tragó la tierra!

—¡Vaya! Sin salir de mi rancho, yo tengo noticias frescas de él...

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—¡Cuentito, puesito!

—Quizás no *haiga* salido todavía de Buenos Aires.

Todos los rostros se volvieron a ño Elpidio, que saboreó junto con dos o tres bocados, la dulzura de ser un instante el centro de la atención de todos.

—Pues sí, compañeros; antiayer a la siesta llegó a mi rancho...

Cortó una buena rebanada y comenzó a comerla a bocaditos menudos. Los soldados que jugaban a la taba penetraron de golpe, llamados por alguno de los que acababan de oir ese preludio; el negro aguatero, que por lo visto no estaba pensando en Africa, sino muy atento a las conversaciones, se aproximó a ño Elpidio, y se sentó en el suelo, con la boca abierta, y Duarte arrojó el papel y descendió del mostrador.

—Antiayer lo vide, pues... — prosiguió ño Elpidio, sin demostrar emoción alguna

—¿Al sargento Chaparro?

—Al mesmo Chaparro.

—¿Lo conocía de antes, ño Elpidio?

—¡Como a mis manos! Era el más largo del regimiento de Patricios y lo he visto muchas veces en los desfiles y en las procesiones de Corpus Christi, con el fusil al brazo, haciendo la guardia a Su Divina Majestad.

—¡Es verdad! ¡Siempre elegían su piquete para las funciones, porque era el más bizarro!

—¿Lo vió y no se animó a detenerlo? — pre-

guntó uno de los Dragones de la patria, que llevaba un brazo en cabestrillo, reliquia seguramente de la triste jornada.

Ño Elpidio lo miró con socarronería, y echó otro traguito de caña.

—¡Detenerlo a Chaparro! ¿Por qué no lo detuvieron ustedes?

—¡A mí me rebanó la lanza y media paleta, de un sablazo, cuando le eché mano encima! ¡Gaucho lindo!

—Pues a mí no me ha hecho nunca nada. Además, yo estaba durmiendo la siesta, cuando él me hizo la visita, y sin golpear las manos, ni darme las buenas tardes, montó en mi ruano y se enredó en las pitas, buscando la puerta. Al alboroto de los perros yo salí y le pegué el grito: ¡Epa, amigo! ¡se ha equivocado de marca! ¡ése animal es mío! ¡abájese!

—¡Y él dió en ese momento con la puerta!

—¡Qué puerta, ni qué portillo! Cuando se es gaucho como Chaparro, y se monta un caballo como mi ruano, la puerta es lo de menos. Corrí adentro a buscar la tercerola, pensando que yo conocía a ese hombre, pero sin atinar con quién

era. Y cuando salí, ya mi visita iba por el aire, saltando el cerco. ¡Qué jinete y qué caballo! Si el caballo hubiera sido ajeno, tal vez le gritara: ¡Bravo, amigo! pero era mi ruano, y me animé a tirarle un tiro al grandísimo ladrón, en el aire, como si hubiera sido un pato. Le erré, y cargué en tres tiempos y me salí al callejón para apuntarle, y le solté otro chumbo, cuando ya iba lejos, seguido por el Carlón y la Cantimplora, mis dos perros, que saltaban a morderle las canillas. ¡Qué había de alcanzarlo al ruano una bala de a doce! Me pareció que el fugitivo se daba vueltas para hacerme burla, golpeándose la boca como los indios, y entonces lo reconocí al sargento Chaparro, y me quedé no sé si alegre o triste, mirando la nube de tierra, y aguardando mis perros, que al rato cayeron con la lengua fuera. En el patio estaba el chalerío de las mazorcas de maíz desgranadas para la ración de mi ruano... Me entraron ganas de llorar y de reirme, porque había perdido mi parejero, pero había salvado a uno de esos gauchos que ya no se encuentran.

—¡Consuélese, ño Elpidio! — dijo con sorna uno que acababa de entrar. — Su ruano no se ha

perdido. ¿No es el que está maneado, con su montura chapeada, a cargo del negro de Altolaguirre?

—¡El mesmo!

—¿Y entonces? ¿Lo visitó de nuevo Chaparro, para devolverle el pingo, o es un sueño el que nos cuenta?

—¡Velay! Ayer como a las once, estaba churrasqueando a la puerta de mi rancho y cavilando en mi pérdida, cuando sentí un galope y luego un relincho que me pareció la voz de un hijo. Me asomé al callejón y ahí estaba mi ruano, en pelo y con el bozalillo y el cabestro envuelto en el cogote. ¡No le faltaba nada! "¡Bien, mi sargento! grité para el rumbo que huyó, como si él fuera a oirme. Esto quiere decir que está en sitio seguro, y ya no necesita el animal. Cuando tenga que disparar otra vez, ya no tendrá que saltar el cerco para salir de mi casa. ¡Entre y salga por la puerta!"

Atanasio Duarte se había quedado pensativo, y acabó por preguntar:

—¿Qué rumbo tomó el sargento, ño Elpidio?

—¡Ajajá! Apuesto a que usté quiere ganarse

el premio que ofrece el gobierno al que entregue a Chaparro...

Duarte se turbó, y dijo tartamudeando:

—Como oficial, mi deber es servir al gobierno...

—¡Bah!, se ha puesto del color de la sandía. ¡Vaya! ¡No se tome el trabajo al cuete! Ni usté ni nadie van a dar con Chaparro, aunque ofrezcan de premio la mitad de la luna metida adentro de una quesera.

—¿Pero no se anima a decirme qué rumbo tomó?

—¡Qué no lo he de decir! ¡Si pensará que con eso va a adelantar la pesquisa!

—¿Qué rumbo, pues?

—¡Velay! Siguió unas cuatro cuadras por el callejón, y en seguida tomó a favor del viento.

—¿Y qué viento soplaba?

—¡Y cómo he de acordarme, amigo, del viento que hacía! Eso pregúnteselo al gallo de la torre de San Francisco... Y aura me voy a llevarle estas lecheras a don Santiago Altolaguirre, y a ver si me las paga, porque ando escaso de contante.

Félix, el liberto aguatero, que lo había escu-

chado con suma atención, salió de la pulpería, y un rato después se oyó el cencerro de su carretilla tirada por bueyes, señal de que se marchaba.

Un oficial de blancas patillas, que acababa de entrar y a quien los soldados hicieron la venia, oyó la última frase de ño Elpidio, y le advirtió que don Santiago Altolaguirre estaba ausente de Buenos Aires.

Su acento revelaba que era español. Mandaba, sin embargo, las tropas argentinas, que hacían la guardia del Riachuelo, en Barracas, de donde venía diariamente a visitar cierto deudo enfermo, que decía tener en el Hospital de Bethlemitas.

Llamábase Alfonso Castellanos, y tenía el grado de comandante.

—¿Qué me cuenta, mi comandante? ¿Entonces no lo voy a encontrar a don Santiago?

—No, amigo, no lo va a encontrar. Salió en su ballenera para Carmen de Patagones, a comprar pescado seco...

Uno de los que estaban en la pulpería y que no había hablado hasta entonces observó con cierto retintín:

—De un jinete o de una carreta se puede de-

cir qué rumbo lleva. Pero a una ballenera ¿quién puede seguirle el rastro?

El comandante se mordió los labios con aire de fastidio. Lacar y Duarte cambiaron una mirada de inteligencia que duró apenas un relámpago, y ño Elpidio arrojó sobre el mostrador un peso de plata, de alegre sonido.

—Cóbrese el gasto, don Pirán, y apúnteme en la cuenta lo que sobre; — y salió limpiando el relumbroso facón en el chiripá, antes de envainarlo.

Amancio arrojó la cáscara de la sandía y silbó a las vacas, y la tropilla cruzó lentamente la plaza del 25 de Mayo y tomó por la Alameda, que era una pobre avenida de ombúes, plantados sobre la ribera del río en tiempo del virrey Vértiz.

Hacia el final de ella, en el cruce de la calle de Santa Teresa — hoy Lavalle — existía una buena casa de familia, con alta acera de ladrillos y rejas voladas, y en la esquina misma una corralada con ancho portón de palo. Amancio echó pie a tierra, y sin llamar, como dueño de casa, empujó el portón y arreó las vacas, que fueron entrando una a una.

V

Por España y por el Rey

Era el corral un cuadrilátero cerrado por tres tapias y una galería de tejas, con mucha pendiente. Una de las tapias, la del norte, daba a la calle de Santa Teresa, calleja más que solitaria, delineada por cercos de pita y socavada por las lluvias .Otra, la del este, donde se abría el portón, daba a la Alameda, es decir, a la ribera del Río de la Plata, cuyas olas, infinitas como las del mar, pero amarillentas y no azules, batían dulcemente la barranca a un tiro de piedra.

Advertíase que la tercera tapia sería para dividir el corral de la huerta, pues por su borde asomaban las copas de algunos perales y naranjos.

La galería al sur del corral daba sombra y frescura a las dependencias humildes de la casa: la despensa, el granero, la cocina y el cuarto de los esclavos.

Las tapias medían una vara de grueso, y eran de tierra apisonada y empedernida por los ciento y tantos años que sobre ellas pesaban, y sus bordes roídos por las lluvias y los vendavales estaban defendidos con hojas de cactus espinosísimos, excelente defensa contra ladrones de frutas y de gallinas, pero no tan buenas contra quienes podían tener más serio interés en escalarlas.

En una de las puertas de la galería, puerta maciza y baja, que se abría chillando sobre un umbral de algarrobo, apareció atraída por el ruido de la tropilla una muchacha joven, de color no blanco, pero sí mucho más claro que el de los esclavos, y de facciones extraordinariamente finas y graciosas.

Era Viviana, uno de esos tipos de mestizas,

hijas de español y de india, muy numerosos en el servicio doméstico de aquellos tiempos. No era esclava, como Amancio, es decir no era un sér humano a quien su amo podía vender o alquilar como si fuera un caballo o un buey, porque en tan triste condición no estuvieron sino los negros de Africa y los hijos de ellos nacidos en esclavitud.

Verdad es que por las ideas profundamente cristianas de la sociedad española, la dulzura de las costumbres y la facilidad de la vida, los esclavos en el Río de la Plata no fueron nunca tratados con esa crueldad que en otras naciones engendró su odio contra los blancos y una inextinguible sed de venganza, que muchas veces estalló en pavorosas y sangrientas rebeliones.

Alguna vez se vió en Buenos Aires o en otras ciudades del virreinato a un negro recorriendo las casas de puerta en puerta y ofreciéndose en venta con un papel en la mano, en que constaban sus cualidades y el precio que pedía su amo, por hallarse pobre y no poder mantenerlo.

Y esto revelaba el espíritu con que se hacía ese tráfico. El esclavo mismo intervenía en el

negocio, pues quien lo vendía no dejaba de estimarlo y quería que su suerte no empeorase al cambiar de dueño.

Los esclavos en el Río de la Plata formaban parte de la familia, sus amos se encariñaban con ellos, y a su vez ellos les correspondían con amor y a veces con actos heróicos de abnegación, lo cual demostraba que la nobleza de sentimientos no tenía nada que ver con la humildad del origen o el color de la piel.

Muchas veces un esclavo, que al morir su amo era declarado libre, porque él en su testamento lo disponía así, renunciaba a esa libertad para seguir sirviendo como antes a los hijos de su antiguo señor, a quienes probablemente viera nacer y amaba como carne propia.

Pero Viviana no era esclava. Estaba en poder de don Santiago Altolaguirre porque su madre, en trance de morir, a él se la entregó; pero cuando llegara a su mayor edad, podría disponer libremente de su persona.

Era hija de una india guaycurú, y exhibía en la arrogancia de su tipo, en la finura de la nariz y de la boca, en lo despejado de su frente, en la

viveza de sus ojos pequeños y negrísimos, en lo proporcionado y firme de sus miembros, los rasgos de esa raza magnífica, que pobló el delta del río Pilcomayo y se fué extinguiendo en guerras y emigraciones, hasta no quedar de ella más que un recuerdo en las historias de los antiguos cronistas.

Viviana contaba diez y ocho años, y habíase criado junto con la hija de Altolaguirre, Myriam, a quien amaba y servía como la esclava más adicta. Pero tenía conciencia de la superioridad de su estirpe libre y trataba con desdén al negro Amancio, que algunas veces le dirigía horrendas sonrisas de amor y blanqueaba los dientes por ella.

Al ver la tropilla de vacas se restregó los obscuros brazos que tenía llenos de harina, pues se hallaba amasando, y corrió a abrir la puerta de un corralito, para apartar los terneros de sus madres, lo cual hizo ayudada por el negro, mientras ño Elpidio acudía al llamado de doña Casilda, la mujer de Altolaguirre, que andaba de un lado a otro, ya con el estropajo, ya con una escoba, y de rato en rato se acercaba a la artesa,

donde otros sirvientes seguían apuñando la masa para el pan de ese día, y daba su autorizada opinión.

—¡Todavía no está bien apuñado!... Un poquito más de grasa, para enternecerlo... Tú, Francisca, que tienes las manos secas, échale una narigadita de anís en grano.

En viendo la dama a ño Elpidio, lo condujo a la galería interior y empezó a interrogarlo sobre las vacas lecheras que acababa de traerle, compradas por su marido unos días antes en una de las chacras de los alrededores de Buenos Aires.

Doña Casilda era vasca, algo emparentada con don Martín de Alzaga, y de mejor abolengo que su marido, como que figuraba en su ascendencia un coronel de las guardias de Carlos III.

Altolaguirre era vasco también y de humilde origen. Pero llegado muy joven al país, fué labrando fortuna con diligencia y honradez y ganando estimación en la sociedad, hasta emparentar con aquel magnate que un día soñó en ser virrey del Río de la Plata.

Ni las buenas relaciones, ni la abundancia de

bienes, hicieron abandonar a Altolaguirre sus costumbres sencillas y laboriosas.

Había comenzado trabajando de barquero, al servicio del dueño de una goleta, "La Cantábrica", y andando el tiempo fué socio de su patrón, y después dueño del buque.

Con él no sólo remontaba el río y trasbordaba las mercaderías del Paraguay en el puerto de Las Conchas, más abrigado que el de Buenos Aires para los buques mayores, sino que llegaba hasta Montevideo, y aun hasta el Brasil, de donde volvía con la bodega repleta de géneros, que,desembarcados a ciertas horas y en lugares convenientes, iban a parar a las barracas del alcalde de primer voto, sin pagar un maravedí a la aduana del rey.

Esto cuando había rey.

Cuando el rey se acabó, es decir, cuando los patriotas se instalaron en el Fuerte y empezaron a gobernar el país, el contrabando dejó de ser mirado como un simple acto de comercio, y el gobierno mandó fusilar a algunos contrabandistas, por la razón muy verosímil de que el verdadero propósito de sus viajes era comunicarse con la

escuadrilla española que bloqueaba a Buenos Aires, o con el mismo Montevideo, plaza fuerte y centro de realistas.

Altolaguirre suspendió sus operaciones y desarmó su barco y buscó otros negocios que compensaran la falta de aquél.

Fué el primero que instaló en Buenos Aires un tambo, en el corral contiguo a su casa, y como en la buena sociedad que concurría a la Alameda, por las tardes a pasear y a tomar el fresco, se pusiera de moda el beber un vaso de leche al pie de la vaca, el tambo de Altolaguirre llegó a ser un lugar de recreo y de reunión.

Al principio los hombres encontraron demasiado inocente la costumbre, para quienes tenían el paladar hecho a más fuertes brebajes, pero muy luego advirtieron el original sabor de aquel vaso de leche espumoso, bebido junto a la vaca, y lo que era más interesante, ordeñado por las manos primorosas de Myriam Altolaguirre, que para realizar su tarea se vestía un pintoresco traje de aldeana eúscara.

Nada más bonito que ver a quien pasaba por una de las bellezas de su tiempo, haciendo el pa-

pel de una pastora, al estilo de las grandes damas francesas, que a fines del siglo XVII se pirraban por esas novedades.

Pero Myriam no resultaba ser una aldeana de litografía, pues desempeñaba el oficio con gracia y verdadera destreza.

Aunque sus padres eran españoles, la belleza de aquella muchacha era típicamente criolla, como si la luz del cielo argentino, el aire del río y de las pampas, el sabor de sus frutos, la fortaleza de la carne y de la leche, obtenidas de haciendas semisalvajes, bastaran para modificar las misteriosas corrientes de sangre y crear un tipo que, sin ser el del indio aborigen, se diferenciaba mucho del europeo.

¿En qué consistía que al verla uno dijese: tiene el cabello y los ojos obscuros, las manos y los pies finos, y la frente blanca, y habla como las mujeres de Castilla, pero no es castellana, es porteña?

Montaba a caballo como una hija de los indios ranqueles, que poseían los mejores caballos del mundo, y llegaban en malones repentinos y sangrientos casi hasta las puertas de la ciudad, y

asolaban las estancias, y se llevaban cautivas a las mujeres, y huían al llegar la tropa, como las olas del gran río cuando el viento cambia. Conducía la ballenera de su padre como un marinero cántabro. Criada al aire libre y al gran sol, su tez no tenía esa blancura frágil de las heroínas de los libros románticos, sino la del buen pan de harina, dos veces tostado, en la espiga del trigo y en el horno, pero blanco siempre, con blancura perdurable y sabrosa.

Su alma estaba templada para aquellos tiempos de dolor y de guerra, y su corazón era de criolla.

¡Nuevo misterio!

¿En qué consistía que los hijos de españoles, nacidos a orillas del Plata, que se habían criado venerando al rey y oyendo a sus padres suspirar por el advenimiento de Fernando VII, el cautivo de Napoleón, escuchasen la voz de la patria desde el primer minuto de la independencia y se sintieran, por instinto, enemigos del rey y de los virreyes y de sus generales?

Myriam fué de las primeras mujeres porteñas que usaron aquellos rebozos de bayetón celeste,

ribeteados de cintas blancas, de que hicieron un símbolo americano y con que enardecieron el patriotismo de los hombres, en los días anteriores al 25 de Mayo de 1810.

Cuando estrenó aquel rebozo histórico, su madre, que no entendía de cosas políticas sino de amasijos y de remedios caseros, no lo encontró mal. Por el contrario, parecióle que el suave color y la sencillez del tocado infundían mayor dulzura y modestia al gracioso semblante y la dejó ir a misa con su atavío, acompañada de Viviana, que le llevaba la alfombrita.

Pero su padre la pilló al volver, y él sí entendía de política y en aquellos días aciagos para la madre patria andaba triste y furioso. A guantadas arrebató a su hija el revolucionario mantón, e hizo con él un auto de fe en el horno del tercer patio, y a su dueña la puso a ración de pan viejo y agua, durante una semana, la gran semana de Mayo, encerrada en la despensa, única pieza que no tenía comunicación con otra, y podía cerrarse a candado por fuera.

Solamente él entraba a renovarle el pan y el agua, y la encontraba sentada en un rincón, so-

bre una petaca cuyana, rumiando sus empecinados y misteriosos pensamientos.

Contribuyó bastante a dulcificar el castigo y a arraigar por lo tanto en el corazón de Myriam el amor a la patria naciente, aquella petaca o baúl chato de cuero crudo, con dos orejas de guascas y una fuerte cerradura, por fortuna descompuesta, porque estaba llena de riquísimas tabletas sanjuaninas, de higos pasos de Mendoza y otras inolvidables golosinas traídas en rechinantes carretes de bueyes.

En los días que van desde el 23 hasta el 28 de Mayo, mientras el vecindario se reunía en cabildo abierto en la plaza de la Victoria, y los patriotas desposeían al virrey Cisneros y constituían su propio gobierno y abrían los cimientos de "una nueva y gloriosa nación", Myriam, desdeñando el pan realista, que le traía su padre, devoraba las inolvidables golosinas cuyanas, lo que era en cierto modo coadyuvar a la revolución.

Su hermano Luis, colegial de 15 años, entonces, que compartía las convicciones patrióticas de la muchacha, levantábase a deshora e iba a darle conversación por un tragaluz que tenía la

despensa, con una cruz de hierro, para que sólo pudiera entrar y salir el gato.

Luis la despertaba tirándole una piedrita que retumbaba como en un tambor sobre la petaca; ella ascendía hasta el tragaluz, y escuchaba ansiosa la relación de los acontecimientos de ese día; y después, en recompensa, daba al fiel relator una tableta, que él se iba a comer en su cama, vibrando aún con el ardor de las épicas horas que estaba viviendo Buenos Aires.

Consumada la revolución y desterrado el último virrey, calmóse el furor de don Santiago Altolaguirre, y nunca le oyeron protestas, a tal punto que se le consideró reconciliado con el nuevo régimen, y ocupado solamente en acrecentar su caudal.

Pero Myriam no las tenía todas consigo. Conocía bien a su padre y se imaginaba que la procesión andaría por dentro, y ajustó su conducta a esa idea.

Guardó para sí sus fervores patrióticos, y guardó también el precioso secreto de su amor por un bizarro capitán argentino.

Era el capitán Juan Antonio Zavaleta, que

había hecho la campaña del Paraguay, al frente de una compañía de los arrogantes Granaderos de Fernando VII, los cuales sirvieron de guardias de Corps a los virreyes y cambiaron después de nombre y se llamaron Granaderos de Infantería y supieron morir por la libertad de América.

El cuerpo acababa de regresar de la primera, desastrosa expedición de Belgrano, y mientras se remontaba para campañas más felices, el capitán Zavaleta, por culpa de aquella moda romántica y sencilla de tomar leche al pie de la vaca, se enamoró locamente de la hija de Altolaguirre.

A la hora en que los elegantes porteños acudían al tambo de la Alameda, para ganar una sonrisa de tan bonita aldeana, veíase al capitán en un rincón de la corralada, a la sombra de una profusa y florida Santa Rita, esperando su turno con simulada indiferencia.

Un curioso y experto observador habría podido notar los rubores de la falsa aldeana cuando se aproximaba al capitán con el vaso de leche.

Aquel hermoso y fuerte brazo de ella, que sujetaba un caballo desbocado y amuraba con sol-

tura la vela mayor de la ballenera de su padre, temblaba ofreciendo la ligera bandeja de plata.

Pero como el capitán bebía tranquilamente el sabroso licor ofrecido con tanta donosura, y se iba después de saludar a la dueña de casa, nadie entraba en sospechas.

Se sabía que muchos galanes rondaban a la niña, y en los bailes y en las tertulias y en aquellas reuniones del tambo le deslizaban al oído palabritas intencionadas y melosas.

Se sabía que unos eran criollos y otros españoles.

Se sabía también que el doctor Bernardo Monteagudo, uno de los prohombres de la revolución, muy joven y arrogante, bebía los vientos por aquella criatura.

Sólo del capitán Zavaleta nadie se acordaba.

Mas ¿qué le importaba eso a él, dueño legítimo y absoluto del corazón de la briosa porteñita?

En aquellos tiempos los galanes solían dar serenatas a sus damas; y Zavaleta había inventado una disimulada forma de advertir a Myriam sus propósitos.

De la Santa Rita florecida, recogía un puñado de flores y las arrojaba como al azar en la bandeja de plata, al devolverle el vaso de leche.

Sin hablar con él, y aunque fuese Viviana la que se llevaba la bandeja, Myriam sabía que en la alta y silenciosa noche, un galán embozado en una capa azul marino, se aproximaría a su reja volada, y le cantaría versos compuestos para ella, acompañado por una guitarra melancólica y por el eterno y doliente murmullo del río, que se desgarraba en la playa.

La ventana de Myriam, entornada apenas, so pretexto de abrir paso a la brisa nocturna, se abría entonces, y un brazo que salía por entre las rejas, dejaba caer en la acera de rojos ladrillos un blanco jazmín.

Por lóbrega que fuese la noche, el cantor divisaba la flor y acudía a la señal, y en voz muy queda ambos enamorados se comunicaban sus sentimientos y sus esperanzas.

La calle era en extremo solitaria y lo único que podía turbar el coloquio era, de vez en cuando, el paso de una patrulla de guardias civiles o un

rondín de soldados que vigilaban la ribera, para evitar un desembarco de españoles.

La gente de armas no se detenía a averiguar quiénes eran los que hablaban, y pasaban de largo. Pero en alguna ocasión llegó al sitio otro cantor, con otra guitarra y otros versos, y como a Zavaleta y a su novia les interesaba guardar el secreto, la una desaparecía en su cuarto, mientras el otro se esfumaba por entre los tunales de la calle de Santa Teresa.

Aquel cantor que se aproximaba por la Alameda, templando desde lejos su guitarra, solía ser Cecilio de Alzaga, uno de los hijos de don Martín, por quien don Santiago Altolaguirre tenía visible predilección, porque era uno de los raros porteños que se conservaban tan realistas como su mismo padre, aun después de la revolución.

Myriam no decía que no a don Santiago; pero tampoco decía que sí al pretendiente, ni aparecía en su reja para escucharlo, ni premiaba con un jazmín su serenata.

Ella y su capitán confiaban que el tiempo aparejaría las cosas a su gusto para más tarde,

pues no había que pensar en un noviazgo público mientras los ejércitos argentinos siguieran peleando con los españoles.

Entretanto se amaban y hablaban de amor, que es la mejor manera de esperar.

¡Ay! El tiempo no fué su aliado, sino su más cruel enemigo, porque los sucesos no vinieron como su corazón los esperaba.

El año 11 fué muy triste para los patriotas.

Las tropas de Buenos Aires fueron desbaratadas en el Paraguay, aniquiladas en el Alto Perú y rechazadas en Montevideo; y la primera escuadrilla argentina, al mando de un marino maltés, Azopardo, deshecha en una acción decisiva por el español Romarate, frente a San Nicolás.

La escuadra del rey dominaba el mar y los ríos, desde Montevideo hasta la Asunción, y el gobierno de Buenos Aires no podía comprar más buques ni levantar nuevos ejércitos, porque su tesoro se hallaba exhausto, y para mayor desaliento suyo, los patriotas no estaban unidos, como los españoles, alrededor de una sola persona; por el contrario, vivían conjurándose unos partidos con otros, y sobre el vasto territorio que for-

maba su heredad rugía ya el huracán de la guerra civil.

Al entusiasmo de aquellos inolvidables días de Mayo, había sucedido una sombría inquietud. Algunos de los hombres del gobierno, en especial Rivadavia, presentían un levantamiento de realistas en la ciudad, aunque ningún indicio tenían de la conspiración.

Era verdad, sin embargo, que don Martín de Alzaga había concebido el gigantesco proyecto de reconquistar Buenos Aires y apresurar la definitiva derrota de la revolución; y contaba no sólo con la audacia y el patriotismo de los peninsulares residentes allí, sino con las tropas veteranas del virrey Elío, amurallado en Montevideo, y con su escuadra, que dominaba el estuario.

Cada día suscitaba en Alzaga una nueva esperanza, y traía a Rivadavia mayor preocupación. Y lo peor para éste era que nadie sino él creía en tal peligro, y sus recelos eran considerados como una manía.

La conspiración habría estallado a fines del año once, a no haberle llegado a Alzaga, de

pronto, una noticia que transtornaba sus planes.

Elío, aburrido de una lucha estéril y deslucida, acababa de firmar un armisticio. Los patriotas retiraban el ejército con que sitiaban a Montevideo, y el virrey levantaba el bloqueo de Buenos Aires, alejando la escuadra española.

Los dos puntos convenidos eran fatales para la conspiración.

Los conspiradores habían contado con que la ciudad estuviera desguarnecida de tropas y la escuadra española cerca, lista para prestarles ayuda. Ahora la escuadra se retiraba y el ejército sitiador volvía a sus cuarteles en Buenos Aires.

Don Martín de Alzaga montó en cólera contra su amigo el virrey y fué a comunicar sus aprensiones al bethlemita fray José de las Animas, su consejero y su lugarteniente en la trágica tramoya.

Fray José lo incitó a ir a Montevideo, para entrevistarse con Elío, sobre cuya voluntad sería de grave peso la amistad y la palabra de aquel hombre. Ya no podría impedir el cumplimiento del armisticio, pues los Dragones de Rondeau habían regresado a Buenos Aires, a tiempo de sofocar

el motín de los Patricios, y las velas españolas no se divisaban más en el horizonte.

Pero si no era tiempo de impedirlo, era tiempo de violarlo. ¿Acaso la magnífica victoria española del Desaguadero no había sido preparada por la violación de otro armisticio? ¿Qué tenían que hacer los juramentos, ni la palabra española, tratándose de rebeldes al rey?

Esa misma tarde a la siesta, don Martín salió de su señorial mansión situada en la calle de la Victoria y fué a casa de don Santiago Altolaguirre, a quien le confió su plan de ir a Montevideo, y le pidió que lo condujese en la ballenera.

En tratándose del servicio del rey, Altolaguirre no era hombre de vacilar; pero su ballenera estaba en desarme, no tenía más que un marinero y ése era un viejo portugués, de los prisioneros que treinta años antes tomó el virrey Ceballos en la Colonia del Sacramento e internó en Buenos Aires.

—Y tú necesitas, para la maniobra dos marineros de entera confianza... ¿es así? — dijo Alzaga.

—Así es — respondió Altolaguirre.

Quedaron los dos callados un momento.

—Conozco uno más... — dijo luego Altolaguirre.

—¿Cuál es?

—¡Yo!

—Bueno; tú y el portugués. Necesitamos otro más... No se te oculte que aparte de ser diestro debe ser fiel hasta la muerte. Nos jugamos la vida en esta empresa. Rivadavia no se anda por las ramas; ahorcarnos en veinticuatro horas sería para él un entretenimiento. Y jugamos lo que vale más que nuestras vidas, y es nuestra causa...

—Ya comprendo,—dijo Altolaguirre, hombre de pocas palabras; y se sumió en una honda reflexión, que su amigo no interrumpió, contentándose con tenerlo bajo el concentrado fulgor de sus ojos claros, pequeños y despiadados. Al fin Altolaguirre dijo:

—Ya tengo el marinero que nos hace falta.

—¿Quién es?

—Una mujer.

—Las mujeres no han servido nunca para estos negocios; ni tienen la destreza necesaria, ni saben callarse. ¡Busca otro!

—Mi hija vale tanto como un buen marinero, y no nos traicionará. Comprenderá que su primera palabra indiscreta costaría la vida de su padre y no hablará.

—¡Ah! ¿Te refieres a tu hija Myriam?

—¡Sí! ¿Piensas de ella lo mismo que de todas las mujeres?

—De ella no, pues la conozco. Tiene sangre vasca por los cuatro costados.

—¿No crees que ella será ciega, sorda y muda para todo cuanto no sea obedecerme a mí?

Alzaga asintió con la cabeza.

—Entonces ya tenemos completa la tripulación.

Convinieron en seguida todos los detalles del plan. Altolaguirre simularía un viaje a la costa del sur, a comprar tasajo y pescado seco; una vez perdida de vista la tierra, cambiaría rumbo e iría a recalar en la costa de San Isidro, en una barranca solitaria, donde había un buen fondeadero, a cien pasos de la pulpería del portugués Barbosa, hombre muy adicto a Alzaga, quien aguardaría allí a la ballenera. Para no ir solo hasta ese lugar se acompañaría con fray Jo-

sé de las Animas, que gozaba en su convento de gran libertad, pues por su ministerio tan pronto estaba en el Hospital de los Belermos como en la Convalecencia, vasto caserío situado a una legua de la ciudad, hacia el sur, donde albergaban los enfermos de menos cuidado.

Agotado el asunto y no queriendo Alzaga dejarse ver en conferencias prolongadas y misteriosas, despidióse de su pariente.

La Alameda estaba llena de damas y de caballeros. Unos iban buscando el fresco de la ribera; otros por afición a los discreteos y novedades. Don Martín de Alzaga pasó por entre la concurrencia saludando con amabilidad a los españoles, sus amigos, y con altivez a los criollos, especialmente a los hombres del gobierno.

Su palidez era más profunda que otros días, su ceño más tormentoso, sus ojos más desteñidos, pero a la vez más astutos. Ardía visiblemente en él el espíritu de la reconquista y no era amado por los hijos del país, pero los españoles veneránbanlo como a la encarnación de la vieja patria, invencible e indomable.

Sin grandes explicaciones Altolaguirre ordenó

a su hija que se dispusiera para un viaje al sur, que duraría una semana.

—No quiero tomar un marinero nuevo, y sólo en ti tengo confianza — le dijo. — Los del sur son mares bravos, pero tú y yo los conocemos.

Nada podía ser más del gusto de la joven que un viaje en esos precisos momentos. Aparte de que siempre tenía el ánimo dispuesto para tales excursiones, esa vez le convenía atribular a su novio, que, según le acababa de contar una amiga, andaba dando serenatas por los barrios del sur, donde vivía "la flor de la canela", es decir la gente de prosapia ilustre.

Se embarcaron en la madrugada siguiente, antes de que saliera el sol. Don Santiago no le confió el verdadero objeto del viaje, ni siquiera cuando perdieron de vista la tierra firme.

Quería que ella misma lo fuera descubriendo, y que sólo adivinara el terrible complot que urdían los españoles cuando ya no pudiera echarse atrás sin traicionar a su padre.

Conocía el carácter nobilísimo de Myriam y sabía lo que iba a ocurrir, y no se engañó.

La fervorosa porteñita que inició en los días

de Mayo del año anterior la inocente conjuración de los mantones celestes con ribetes blancos, se encontró de pronto enredada en la tenebrosa y formidable conspiración de Alzaga, que iba a dar el golpe de gracia a la revolución agonizante.

Y entre el amor tumultuoso, como amor de colegiala traviesa, a una patria cuya noción estaba tan confusa aún en los espíritus más generosos y más claros de la época, y el sentimiento natural y eterno de la sangre, no podía vacilar...

El viento era sudeste y muy fresco. Su padre iba en el timón y ella contemplaba distraídamente la infinita llanura azul salpicada de copos blancos. De repente el timonel viró en redondo y al cambiar de amuras, la embarcación se acostó bruscamente sobre el agua y las cofas se hundieron en las olas embravecidas.

Myriam miró con sorpresa a su padre que a su vez la observaba con intensa emoción; y no necesitó más para comprender el motivo de aquel cambio de rumbo; no iba al sur, sino a la Banda Oriental.

—¡Arriba la mayor! — ordenó su padre; ella

descalza corrió sobre el puente, soltó la escota, y el barco se enderezó y puso la valiente proa hacia el lugar indicado por Alzaga.

Concluída la maniobra, que la distrajo un instante, don Santiago Altolaguirre se puso a mirar a su hija.

La vió palidísima, interrogándolo con sus ojos negros e inteligentes, las manos ceñidas al cabo de la vela y los rebeldes cabellos pegados en las sienes por las salpicaduras de las olas.

Aquellas gotas de agua sobre la despejada frente semejaban un sudor de agonía.

Quiso animarla, premiar su amor y su adhesión; la llamó, la apretó contra el pecho con su mano libre, y la besó, y le murmuró al oído una frase que encerraba todas las explicaciones que no tenía manera de darle:

—¡Por España y por el rey!

Ella lo abrazó también y le contestó amorosamente:

—Adonde usted vaya, padre, yo iré...

VI

La ballenera en los Belermos

La ribera del río presentaba en las tardes calurosas de verano un aspecto sumamente pintoresco.

La ciudad entera, ricos y pobres y hasta los frailes de los conventos se bañaban *coram populo*, a la entrada del sol, y guardando la distancia que prescribía la etiqueta de aquellos tiempos.

En la desembocadura del Zanjón de los Belermos se había formado una caleta barrancosa de buena profundidad, donde se abrigaban media

docena de pequeñas embarcaciones. Y como el fondo, en ese lugar, era de arena, acarreada por las avenidas del zanjón, todo el mundo envidiaba su baño a los Belermos; y los dominicos y franciscanos, cuyos conventos quedaban una o dos cuadras más arriba, solían llegar por la costa, con el agua a la canilla y una toalla sobre los hombros desnudos, a chapuzarse entre sus primos hermanos de religión.

De esa manera se apartaban también de los bañistas profanos, cuya zona empezaba a la altura del Fuerte y llegaba hasta el muelle del virrey del Pino, a mitad de la Alameda.

A la sombra de la barranca, y en los pozos que el río labraba en las toscas, congregábanse las lavanderas de toda la ciudad, generalmente negras o mulatas, con sus negritos, que las ayudaban a tender la ropa sobre los pastos.

Poco antes de entrarse el sol, la recogían en grandes tipas de cuero, que colocaban airosamente sobre la cabeza, y dejaban el sitio libre a los bañistas.

Las damas concurrían asistidas por sirvientes o esclavos, y en la ribera misma, después del

baño, se hacían peinar. Pero las jóvenes preferían volver a sus casas con la trenza suelta, so pretexto de orearla, pero con el escondido propósito de que fuese admirada en su natural belleza, por sus galanes que las aguardaban al paso.

Las primeras en abandonar su sitio, solían ser las lavanderas de los bethlemitas, porque éstos bajaban al baño antes que nadie, junto con la puesta del sol.

Era entre ellos el más famoso, por su alta estatura, por su vigor y hombría y hasta por lo fosco y tupido de su negrísima barba que le imprimía una belleza legendaria y varonil, fray José de las Animas, el cirujano del hospital, que había aprendido su arte curando heridos a la buena de Dios en los campos de batalla y en los hospitales de sangre.

Los bethlemitas o belermos, conforme los llamaba el pueblo, constituía una congregación secular de hermanos, creada en el siglo XVII para el servicio de los hospitales. Usaban el hábito pardo de los capuchinos, ceñido por el cordón de cáñamo con los tres nudos simbólicos de la orden franciscana, y llevaban la barba entera.

Aunque ninguno de ellos era sacerdote, a algunos, como a fray José de las Animas, por el respeto que inspiraban, les decían "padre".

Aparte de la cirugía, fray José era diestro en toda suerte de ejercicios. Cabalgaba, nadaba, era buen artillero y manejaba primorosamente el sable, cualidades que lo hacían muy popular entre criollos y españoles.

Una de las lavanderas lo vió bajar por el senderito de la barranca y dijo a su compañera:

—¡Allá viene el barbón fray José, echando letanías en vez de ajos y cebollas!

Y la compañera respondió:

—¡Amalaya mi negro aprendiera a jurar como él, y no dijera palabrotas!

—Ya van tres tardes que lo veo llegar adelantado. Todavía no se ha puesto el sol.

—¡Se ve que le gusta el agua, al bendito padre! ¡Apure, ña Juana, recoja sus trapos y vámonos, que no ha de querer ser visto en ropas menores.

Las dos cargaron sus tipas apresuradamente y treparon la barranca, cruzándose en el sendero con fray José, que se plegó la toalla sobre el pe-

cho, bajo la tenebrosa barba, y les hizo un amable saludo.

—Dios os lo pague, hijas, pues me dejáis el baño libre.

—Su paternidad se lo merece, — respondió una de las mujeres.

Llegado a la orilla, miró el fraile si se hallaba solo, y viendo que era así, pues a su espalda, formando una gran herradura, se levantaba la barranca y al frente la inmensidad del río, se puso a escudriñar el horizonte, colocándose una mano sobre la frente, para librar los ojos de los resplandores del pálido cielo de estío.

Hacía tres días que realizaba la misma operación con una ansiosa curiosidad y evidente deseo de no ser visto, ni siquiera por los frailes de su convento.

Así que éstos llegaban, echábase fray José al agua y sólo con mucho disimulo volvía a mirar el horizonte.

En aquella tercera tarde vió espesas nubes que se acumulaban presagiando un cambio de tiempo. El río estaba desierto.

Ningún barquero se había atrevido a salir,

a pesar de que habiéndose retirado la escuadra española, en virtud del armisticio, la navegación del río era libre.

Pero cuando el sol se entraba, fray José alcanzó a divisar la punta de una vela mayor, como a tres millas al sudeste del Fuerte.

Era apenas una alita blanca, no más grande que uno de los miles y miles copos de espuma, que levantaba la brisa cada vez más picante, sobre la oscura espalda de aquel mar.

Quizás ni uno solo de los paseantes que pululaban en la ribera, aguardando el crepúsculo para bañarse, la había divisado; pero a los ojos de fray José de las Animas no podía escaparse, porque la acechaba con avidez.

La visión de aquella alita blanca no duró ni medio minuto, después de lo cual se desvaneció.

—¡Se conoce que ha arriado las velas! — pensó el fraile, seguro ya de quiénes eran los que venían y contento de la precaución que adoptaban para aproximarse sin ser vistos.

Siguió nadando tranquilamente, y prolongó su baño más que otros días para asistir a la llegada del barco; pero aunque salió del agua el

último de todos, cuando ya la noche había fundido en una sola sombra la dilatada ribera, no vió acercarse ninguna embarcación.

Todavía volvió a escudriñar el horizonte desde el filo de la barranca, y su fornida silueta, se recortó un instante contra el cielo, iluminado aún por el resplandor de un sol que ya pertenecía a otros mundos.

La luna, una inmensa luna llena, fulgurante como el dosel de un Inca, surgió de entre las olas, y sobre su disco purísimo se pintó la raya negra del palo de una ballenera que iba aproximándose a la tierra.

La salida de la luna habría sido un grave peligro para fondear a ocultas, si la costa hubiera estado vigilada como un mes antes, ante el bloqueo.

Ahora estaba desierta. La hubieran podido recorrer desde la boca del Riachuelo hasta las barrancas de la Recoleta, sin tropezar con un soldado o con una ronda. Era además la hora en que las gentes se recogían en sus casas, a lo cual urgía un furioso pampero que había empezado a soplar.

La ballenera avanzaba a remo, estremeciéndose sobre el agua negra y arrugada, y pronto penetró en la caleta de los belermos, y allí, con sigilo, echó el ancla.

Uno, dos, tres marineros saltaron a tierra, sin cambiar una palabra, ni producir el menor ruido, como si pertenecieran a una especie de Trapa, en que el silencio fuera un voto riguroso.

El nublado del norte había seguido extendiéndose por el cielo, impulsado por un cálido viento del Brasil, que sobre Buenos Aires mismo libró batalla furiosa contra el viento de las Pampas, el cual traía en sus alas el frío de la Patagonia. Algunas avanzadas del nublado iban ya cercando la luna; pero todavía sus fulgores alcanzaban a alumbrar el camino a aquellos tres hombres, que subieron dificultosamente la barranca porque los tres iban cargados.

Uno de ellos, el más joven o el más débil, a juzgar por su aspecto, caminaba agobiado bajo un rollo de cuerdas; los otros dos hacían grandes esfuerzos para transportar un ancho canasto que exhalaba áspero hedor de pescado seco.

El de las cuerdas iba adelante, los otros ce-

rraban la marcha, y así los tres cruzaron la calle del Fuerte, formada a esa altura de la ciudad por ranchos dispersos entre baldíos y cercos de espinas, y tomaron por la que pasaba frente al Hospital de los Bethlemitas, caminando un buen trecho por la orilla del zanjón, refugio nocturno de perros cimarrones, que aullaban lúgubremente, azorados por la tormenta. Ya la luna había sido devorada por el nublado, y la oscuridad era densísima. Algunos relámpagos cortaban de vez en cuando la negra y pesada techumbre del cielo, pero su luz cegaba sin alumbrar.

La primera campanada del toque de ánimas sonó en la torre de la iglesia de los Belermos y luego en las torres de toda la ciudad, cuando los tres marineros llegaron a una puertita del hospital, en la calle de San Bartolomé, que hoy se llama de Méjico.

Uno de ellos, no el más joven, ni el más alto, llamó con cuatro golpes. Ese era el momento en que de los cuarteles salían en toda dirección las patrullas a caballo, que vigilaban la ciudad hasta la madrugada.

Una de las patrullas pasaría antes de cinco

minutos por la calle de San Bartolomé, pues el cuartel quedaba a poca distancia.

Mas por muy receloso que fuera el jefe de la patrulla, ¿qué podría sospechar de tres marineros recién desembarcados, que traían de limosna al Hospital de los Bethlemitas un canasto de pescado seco? ¿No eran tales donativos frecuentes en aquellos tiempos de fé y de costumbres sencillas, como muchas otras manifestaciones del espíritu religioso?

La puertita se abrió sin que sus viejos goznes rechinaran, como si de antemano los hubieran untado, y apareció en la dudosa luz de un farolito llevado casi a ras del suelo un fraile soñoliento, de barba torda, cubierta la cabeza por la capucha, no obstante lo cual resultaba petizo.

Empinóse en la punta de las sandalias, estiró cuanto pudo el brazo del farolito para alumbrar la cara del primero que se le ofreció a la vista, que fué, naturalmente, el más alto de los tres.

—¡Ave María purísima! — saludó con vocecita aflautada y le contestó la voz alegre y llena del sargento Chaparro:

—¡Sin pecado concebida, padre...!

—Hermano y lego, para servir a ustedes, — respondió el fraile. — ¿Qué se les ofrece?

Don Santiago Altolaguirre se adelantó y mostró como una credencial su carota franca y noble.

—¿Está fray José de las Animas?

—¡Ah! ¡pasen ustedes!

La prontitud de la invitación y el tono hospitalario en que fué hecha revelaba que, por intempestiva que pareciera, aquella visita era agradable.

Pasaron y la puertecita cerróse detrás de ellos, un minuto antes que llegara la patrulla, lo cual no dejó de ser un gran alivio para Altolaguirre.

La verdad es que si al jefe de la patrulla se le hubiera antojado tantear el peso de la cesta, habría creído que aquellos pescados secos eran de piedra o de plomo; lo cual, no siendo día de Inocentes, en que la broma podía esperarse, lo habría inducido a meter la mano y escarbar un poco.

Ciertamente no habría perdido su trabajo, porque en el fondo de la canasta había una docena de carabinas con la marca del rey y buenos paquetes de balas y de pólvora.

Las sandalias del lego tabletearon sobre los ladrillos de un claustro, abierto sobre un lóbrego jardín, lleno de árboles que el viento iracundo zamarreaba.

Los tres marineros, guiados por la luz del farolito, fueron a detenerse delante de una celda, en cuya puerta dió el fraile con los nudillos.

—¿Quién es? ¿otro enfermo que asistir? *¡Salus infirmorum!* — exclamó desde adentro una voz magnífica, lo mismo para el coro que para el cuartel, voz que el sargento reconoció en el acto.

—Fray José, aquí están los tres marineros que vienen a traerle el pescado seco... Sólo que entre los tres no han sido capaces de traer más que una canasta...

La puerta de la celda se abrió rápidamente, y surgió la imponente figura de fray José de las Animas. Cortó con su gesto la crítica del lego a la limosna, que por lo visto había sido anunciada con anticipación en el convento; cogió de una oreja la pesada canasta y la introdujo sin mayor trabajo; hizo lo mismo con el rollo de cuerdas y dijo:

—¡Pasen ustedes! ¡Váyase a dormir, hermano! Yo me encargo de estos prójimos caritativos.

Los tres entraron, besando uno tras otro, devotamente, la manga del peludo sayal del belermo. El lego se alejó y fray José echó enseguida la aldaba a su puerta.

La celda era desnuda de muebles, pero bastante amplia. El fraile titubeó un momento, pensando de qué manera acomodaría a sus visitantes. Corrió la cortina de percal detrás de la cual estaba su lecho, pobre y duro, y se lo brindó a Chaparro:

—Siéntese, mi sargento, — y mirando apenas la cara del marinero joven le mostró una silla a la par de la cama y le rogó cumplidamente:

—Tome este asiento, señorita Myriam...

Myriam, encendido el rostro de vergüenza, entretenía sus manos nerviosas haciendo girar su boina de marinero. Su cabellera abundante, recogida alrededor de la gentilísima cabeza, en una trenza apretada, estaba a punto de caer sobre sus hombros.

—Ponte la boina hija, — le ordenó su padre, y ella se cubrió y ocupó la silla que le ofrecían.

—¡Todo sea por Dios! — exclamó entre risueño y serio el fraile, golpeándose la frente, como si se acordara de algo. — He roto la clausura del convento, recibiendo a esta dama; pero la buena intención y la urgente necesidad me absuelven...! ¡Por mi Dios y por mi rey!... *¡fœderis arca!* Aquí estará más a gusto, don Santiago; siéntese y cuénteme lo ocurrido... ¿Dónde lo dejó a don Martín?

Esto lo preguntó en voz baja, conduciendo a Altolaguirre a un rincón, guarnecido con una mesilla negra, donde ardía un velón de sebo, cuyo pábilo carbonizado despedía densa humareda y buen hedor.

Sentóse Altolaguirre en un taburete, cediendo al fraile su acostumbrado sillón de vaqueta.

Ni Myriam ni Chaparro podían oir la conversación de ellos dos, y tal había sido el propósito de fray José, que no dejaba de tener sus recelos cuando en aquellos negocios intervenían hijos del país. ¡Válgale que aquel sargento estaba condenado a muerte por sus mismos paisanos! Si no, maldita la confianza que le inspiraría.

La misma hija de Altolaguirre, con ser éste

quien era. ¡Pero no! de ella no había que dudar, porque la primera víctima de una palabra suya sería su padre... *¡Virgo prudentíssima!*

El fraile pensaba así, mientras acomodaba a sus huéspedes; luego fué puro oídos para el relato que don Santiago le hizo en voz baja, como una confesión.

—Hoy, antes de salir el sol, llegamos a Barracas y Martín se fué a su quinta. Si su paternidad supiera las vueltas que ha dado la ballenera, remando contra el viento y bordejeando, para que nadie al verla pudiera dudar de que volvía de los puertos del sur.

—¡Sí, sí! ¿Y por qué no ha venido él?

—Le han dado noticias de que se le espía... Pero mañana estará aquí.

—*¡Regina patriarcharum!* ¿Y qué hay de Montevideo? ¿El virrey Elío?...

—Ya no es más virrey; ya ni siquiera está en Montevideo. Ha abolido el virreynato y ha partido a España, nombrando capitán general de la plaza a don Gaspar Vigodet.

—¿Cómo puede ser? ¿A su mayor rival?

—A muchos ha sorprendido el nombramiento;

pero a nosotros debe alegrarnos, pues favorece nuestro plan.

—¿De qué manera?

—Porque Vigodet por congraciarse con Martín y llevarle la contraria a Elío, va a romper el armisticio, mandando otra vez la escuadra contra Buenos Aires.

—*Auxilium Christianorum!* — exclamó fray José, cogiendo entusiastamente las manos de Altolaguirre.

—A más de eso, el gobierno del Brasil, por pedido de Vigodet, mandará un ejército de cinco mil hombres a la Colonia del Sacramento, para ayudarnos...

—*Causa nostræ lætitiæ!* —farbulló el barbón, sintiendo en su garganta un borbollón de aleluyas.

Por su temperamento y sus ideas, no era sorprendente que mirase en la revolución argentina una obra satánica. Destruirla era cooperar al reinado de Cristo en el mundo. ¿Qué misión más digna para quien se había consagrado a promover la gloria de Dios entre los hombres?

Altolaguirre prosiguió el relato del viaje de

Alzaga a Montevideo, cuyos resultados no tardaría en sentir el Triunvirato; y el fraile escuchábalo vibrante y ansioso y a veces no podía contener los briosos juramentos de sus mocedades, pues el latín le resultaba inexpresivo y dulzón.

—¡Por los cuernos de Putifar, que en paz descanse! ¿Todo eso que me cuenta es verdad?

—¡Padre José!

—¡Ah, perdone, don Santiago! Es que apenas puede creerse. Dios se vuelve a acordar de nosotros... De esta hecha Buenos Aires volverá a ser nuestra, y nuestro el Río de la Plata, y la América nuestra, de España y del Rey. ¡Viva nuestro amado Fernando VII! ¡Y viva mi patrona la Virgen del Pilar! *¡Regina sanctorum omnium!*

Con esto, las once de la noche estaban a punto de sonar. El fraile se acordó de los otros dos testigos de la escena, que permanecían cabeceando en su rincón, y les preguntó en qué podía servirlos.

El sargento Chaparro se puso de pie, y haciendo la venia, como ante su coronel, habló con su natural despejo:

—Padre José, lo único que yo deseo es que su

paternidad piense cómo puedo llegar a mi rancho, y abrazar a mi mujercita, y bendecir a mis chicos... Mi rancho queda a cuatro cuadras de este bendito Hospital.

—¡Hombre de Dios! ¡Habérmelo dicho antes! Ya estarías de vuelta.

—Si hubiera salido antes de esta hora, padre, tal vez no hubiera vuelto nunca. Todavía siento el ruido de los sables del segundo rondín que pasa. El sereno acaba de cantar "las once y lloviendo," la mejor hora para las serenatas. Ya hasta la una de la madrugada ni un gato andará en la calle.

Fray José dejaba charlar al sargento Chaparro, porque estaba pensando cómo podría facilitar su excursión a través del barrio más poblado de cuarteles que existía en la ciudad.

—Has dicho bien, ésta es la hora en que los galanes salen a dar serenatas a sus damas... ¿No es así, señorita Myriam?

La joven oyó su nombre y se extremeció y no respondió nada, porque no había atendido a la pregunta. Su pensamiento y su corazón estaban muy lejos de allí. Era fuerte de cuerpo y alma y

se consideraba capaz de cumplir su deber en silencio y de enterrar vivo, ya que matarlo no podía, el amor a un hombre contra el cual su padre un día u otro tendría que combatir.

Pero su imaginación era rebelde y de vez en cuando se le escapaba hacia países de ensueños.

¿En qué pensaba ella a esa hora, propicia para los enamorados y los conspiradores?

Pensaba en eso precisamente, en que si la tormenta limpiaba el cielo y amanecía un día hermoso que orease las calles, y reavivase los jardines, en la tarde siguiente, un bizarro capitán, sabiendo que ella estaba de vuelta, dejaría caer algunas florecitas en la bandeja de Viviana, y a la noche, iría a cantar endechas de amor, tristes sin duda, frente a su ventana cerrada para siempre, como la de una enemiga.

Fray José prosiguió, sin hacer caso del mutismo de la niña:

—Pero si te envolvieras en una capa y salieras con una guitarra, que allí tengo, antes de llegar a la calle de los Mendocinos, te habría cogido la ronda, juzgándote loco, porque en noches así, los enamorados cuerdos no dan

serenatas... A esta hora, a más de los galanes, suelen andar los sacerdotes yendo a confesar un enfermo o llamados para dar la unción a un moribundo...

—Así es, — dijo Chaparro, irguiéndose en su marcial estatura. — ¡Lástima que yo tenga más traza de galán que de fraile!

—¡Que de sacristán, querrás decir, pedazo de avestruz! — exclamó con ira fray José, irguiéndose también él y golpeándose el ancho y magnífico pecho. Crees que sólo profesan de frailes los que no sirven para soldados ni para galanes? *¡Mater castíssima!*

Masculló dos o tres imprecaciones, y calmándose al ver que Chaparro bajaba la cabeza medio contrito y medio asustado, abrió la alacena cavada en la pared, y sacó un montón de trapos que arrojó sobre la mesita.

—Toma este hábito viejo de franciscano. Escóndete en ese retrete y échatelo encima... Veremos si tienes facha de cura o de galán.

Chaparro no dijo oste, ni moste.

Cogió la prenda y se metió en una alcobita en donde fray José iba amontonando las limosnas

de armas y pólvora, que le llegaban de diversos lados.

Al cabo de dos minutos salió con la capucha puesta, y la cabeza inclinada, las manos metidas en la manga y un andar frailesco a más no poder:

—¡No, tú no has nacido ni para fraile ni para galán! — exclamó Fray José, indignado de tan perfecta simulación.—Tú has nacido para payaso y eso es bastante, por esta noche. Podrás llegar a tu rancho, sin que ningún guardián piense en hacerte bajar la capucha, para descubrir quién eres. Pero necesitas un compañero, porque los conventuales no salimos nunca solos de noche.

Reflexionó callado, y de pronto se golpeó la frente, según solía hacer cuando le venía una buena inspiración.

—*¡Sedes sapientiæ!* — Ya sé quién te va a acompañar. Aguárdate un instante. Salió a toda prisa, sin hacer el menor ruido al abrir, ni al cerrar la puerta, y volvió al rato con un lío de ropas, riéndose entre el matorral de sus barbas adustas.

Al reirse mostraba unos dientes blancos y hermosos y en sus ojos habitualmente llenos de

fuerza, chispeaba una alegría sana, casi infantil.

—¡Bendito sea Dios! Las cosas que uno tiene que hacer a veces. ¡Válgame la ayuda de mi señora la Pilarica, que en los trances más gordos me ampara! Y válgame el sueño del hermanito fray Sandalio de las Llagas. He entrado en su aposento y le he sacado el hábito de los días de Corpus, que tenía colgado en la percha, sin que me sintiera. El frailecico es mucho más flacucho y bajo que yo, y su hábito le quedará muy bien a usted, señorita Myriam. ¡Tome! Ocúltese allí y póngaselo. Si alguien os ve en la calle dirá: "Allá va un sacerdote franciscano acompañado de un leguito belermo, a auxiliar a un moribundo".

—¿Cómo? ¿qué debo hacer? ¿qué dice fray José? — exclamó la pobre levantándose de la silla, en el colmo de la estupefacción.

—Vístete ese hábito, hija — le ordenó Altolaguirre, — para que acompañes a Chaparro como si fueras otro fraile.

La muchacha se mordió los labios y tomó el ropón que fray José le entregaba, y dócilmente se fué a revestir. Entre tanto el barbón se quitaba

las sandalias y las cambiaba por los zapatos de marinero que calzaba Chaparro.

—La señorita irá con los suyos. Que yo sepa no hay en el convento sandalias para su medida.

Luego apareció Myriam revestida con el pardo sayal, tristes los ojos, pero sonrientes los labios.

—¿Así, padre José?

—¡Sí, así, hija! Pero cálese la capucha, que no se le vea ese rostro de virgencita de Murillo, que puede venderla a usted y hacernos fusilar a todos nosotros...

Myriam se caló el capuchón y tomó un farolito que le entregó el bethlemita, indispensable para no extraviarse y caer y hasta ahogarse en algunos de los numerosos y profundos baches que se formaban en tiempos lluviosos, en las calles más centrales de la capital del virreinato. Salieron los dos disfrazados con fray José que fué a abrirles la consabida puertita falsa, y entregó su llavín a Chaparro, mientras murmuraba a la oreja de Myriam, como quien suministra un cordial a un desalentado.

—Que los diablos se merienden la trompa ne-

gra de Rivadavia, si no es verdad que parecéis dos benditos frailes de mi orden. No me extrañaría que al veros alguien os llamara a auxiliar a un moribundo...

Al decir esto, se rascó la frente perplejo, y murmuró para sí, no queriendo desanimar a la joven:

—Y si tal cosa ocurriera... *¡Mater Christi...!* este Chaparro es capaz de arremangarse los hábitos y ponerse a confesar a un prójimo... Y si el desventurado moribundo no tuviera más que dolor de atrición, menudo julepe se llevaría en el otro mundo, al enterarse de que la absolución del confesor, no le ha desatado nada... Pero no ha de ocurrir, ¡no... no!

Y se metió adentro y los dos encapuchados echaron a andar en medio de un vendabal atroz, que rugía en las calles, como en los tubos de un órgano.

VII

¿Llora, niña Myriam?

El farolito de Myriam no alumbraba más de una docena de palmos a la redonda, y en cuadras y cuadras no había otra luz.

El sargento iba meditabundo, presa de dos sentimientos opuestos: la desazón de aquella aventura en las vecindades de su cuartel, donde a cada paso podría tropezar con quien lo reconociera, y la ilusión de llamar a la puerta de su rancho y oir la voz de su mujercita que le preguntaría desde adentro: "Quién es?" y luego la emo-

ción dulcísima de besar sus criaturas dormidas en una sola camita.

Por su parte Myriam, olvidada de todo peligro y de su mortal tristeza, sentía de tal modo lo ridículo de su figura, que de vez en cuando la risa más gentil florecía a la sombra del burdo capuchón de fray Sandalio de las Llagas.

Habían hecho la mitad del camino, cuando desde el portal de una pulpería cerrada, una patrulla de soldados, que se guardaban de la lluvia los atajó:

—¡Alto ahí! ¿quiénes sois?

Tembló el farolito en la mano de Myriam, pero Chaparro contestó con voz meliflua:

—¡Su Divina Majestad, que va a visitar a un moribundo! Rogad por él, hermanos, y decid así: "Hoy por tí, mañana por mí..."

—¡Ah! perdone padre: en la oscuridad no lo habíamos visto. Pase, no más su paternidad...

—¡Dios os bendiga, hijos míos...!

—¡Amén!

Chaparro aprovechó la primera bocacalle para hacer un zig-zag, a fin de que los soldados le perdieran de vista.

—Corra, mi niña, que como yo poco he andado en conventos, maldito si sé qué cosas dicen los frailes cuando les gritan el "¡Quien vive!"

—¡Tampoco yo sé, mi sargento, — respondió ella apretándose el sayal y echando a correr por entre los baches, con el farolito apagado. — Pero se me ocurre que eso que usted contestó fué una barbaridad. ¿No sabe usted que el viático se lleva entre luces y campanillas?

—¿Sí? ¡Ahora lo sé para otra vez! Pero no hay cosa mal dicha, cuando es bien recibida. Esos tres pobrecitos quedaron encantados con mis bendiciones. Diga niña: ¿será mejor que hable en latín?

—¿Sabe usted latín, mi sargento?

—Un poco, de lo que se me ha pegado oyéndole a fray José de las Animas... ¡Ah! éste es mi rancho... Aquí está el portillo del cerco. Agáchese niña, y pase sin miedo que no hay perros... ¿Luz encendida adentro?... ¿qué puede ser?... ¡Ave María Purísima!

Esto último lo gritó después de espiar el interior de la casa, en donde brillaba una luz.

Nadie contestó. Sentíase a través de las rendi-

jas de la puerta un rumor extraño. El sargento enternecido se enjugó una lágrima, y dijo al oído de Myriam:

—La pobrecita está planchando a estas horas, para ganarse la vida... Oiga, niña, el ruido de la plancha que refriega en el suelo...

Y luego poniendo los labios en la rendija, murmuró con dulzura:

—¡Nazaria, Nazaria! ¡Soy yo!

—¡Ay, mi alma!—respondió ella ahogando un grito de alegría, y abrió y se detuvo sorprendida y retrocedió espantada al ver aquel frailazo, que apenas cabía por la puerta y que se le venía encima con los brazos abiertos.

—¿Qué ya no me conocés Nazarita?

—¡Cómo te iba a conocer con esa vestimenta y esas barbas que te has dejado! — contestó ella abrazándolo con alma y vida. — ¿Qué te ha pasado en todo este tiempo? ¿Por qué andás de hábito, Javier! ¿alguna promesa?

—¿Promesa? Lo único que he prometido es devolver estos hábitos a su dueño esta misma noche, si no caigo en manos de alguna patrulla... ¿Y mis hijos? ¿dónde están mis hijos? ¡Ah!

Mejor que estén dormidos y no me vean... Se podrían asustar. ¿Pero qué está haciendo en la puerta hermanito? ¡pase adelante y cierre! Ya ves, Nazaria, el guardián de mi convento me ha hecho acompañar de este lego, porque los frailes no andan solos a semejantes horas... ¡Tengo tantas cosas que contarte, Nazaria, mujercita mía! La primera es que estoy vivo...

—Ya lo veo, mi alma, y ya tenía noticias tuyas, por Félix el aguatero. En la esquina de Pirán oyó a un gaucho, ño Elpidio, no sé qué historia de un caballo ruano, que le habías sacado para huir y le habías devuelto...

Chaparro se restregó las manos contento al saber que el ruano llegó a la querencia, y prosiguió tranquilamente:

—La segunda es que no sé cuánto me durará el estar vivo... Siéntese allá hermanito... Mi casa es de pobre, ya lo ve, y no hay para sentarse más que una petaca y un mortero.

Entró Myriam, sin levantar la cabeza encapuchada, ni sacar las manos de las mangas y sentóse calladita sobre el mortero, que estaba tumbado en un rincón, guardando el nido de una ga-

llinita clueca. Y los esposos se entregaron a una ávida conversación, en que las noticias se enredaban unas con otras.

Muchas mentiras hilvanó el sargento para explicar a su mujer cómo había ido a parar al convento de los frailes, y no se animó a decirle que estaba al servicio de los conspiradores realistas, por no despertar en ella la tentación de negociar el terrible secreto a cambio de su vida.

Pero al mirar la cara enflaquecida de su pobre Nazaria, que a duras penas se ganaba el pan, y al escuchar la respiración de sus hijitos, que vivían como huérfanos, el sargento apretaba los dedos hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos y sentía zumbar en sus oídos la voz de la traición.

Habíase calmado el viento y la lluvia, y se aproximaba la hora en que fray José le había recomendado volviera, para dar tiempo a que Altolaguirre y su hija llegaran a su casa.

Chaparro se levantó con disgusto.

—Volvamos al convento, hermanito: ya es hora.

Encendió el farolito de Myriam, y salieron

los dos entre los sollozos de la mujer que se quedaba detrás de la puerta, mirando por una rendija como se esfumaban aquellos dos bultos, uno de los cuales era la mitad de su vida.

De pronto en la calle de los Mendocinos, hacia el norte, se oyeron dos estampidos, una gritería, voces de auxilio y el ruido de algunos caballos lanzados al galope.

El sargento y la muchacha habían llegado a la calle de San Bartolomé y estaban solo a cuadra y media de la puerta del hospital.

Chaparro se agachó y apagó de un soplo el farolito de Myriam.

En la esquina hallaron a un sereno, con su farol en lo alto de una pica, que guiaba a los mismos tres soldados que antes les vieran pasar. Detrás de ellos, a cierta distancia, venía un oficial a caballo.

—¡Aquí están dos frailes! — exclamó el sereno descubriéndose respetuosamente y tratando de alumbrar la cara de los dos fugitivos.

—¡Ellos son! — dijo uno de los soldados.

—¿Qué es ésto? — preguntó Chaparro — ¿Quieren darme otro vez el "quién vive"?

—¡Padre! Allí hay alguien que lo necesita... — dijo el oficial que llegó en ese instante.

En la espesa oscuridad de la noche, el ahumado farolito izado en la punta del lanzón, no alcanzaba más que a destacar algunos bultos. Las caras no se veían, y a veces las voces no parecían corresponder a personas, y ser voces de las tinieblas. Pero aquella voz heló el corazón de Myriam, y no tuvo necesidad de mirar al que hablaba, para reconocerle.

Chaparro, acostumbrado a distinguir la graduación de un oficial, no vaciló en el tratamiento que debía darle y respondió con acento meloso, imaginándose que mientras más dulzón, más frailesco resultaba su hablar.

—¿Qué dice, mi capitán?

—Una riña, padre, en el cuerpo de guardia del cuartel, unos por saavedristas, otros por morenistas...

—¡Válgame Dios, hijo! Malhaya con la política... Nuestro Señor Jesucristo no ha dicho: "rompeos las cabezas los unos a los otros", sino: "amaos los unos a los otros"...

—Así es verdad, padre...

—¡Me alegro que lo reconozca! ¡Buenas noches mi capitán!

Se ajustó el sayal y tocando el codo de su compañero, se aprestó a escurrir el bulto. Pero el oficial le cerró el paso, cruzándosele en la bocacalle.

—¿Va muy de prisa su paternidad?

—Sí, hijo, si...

—Pues aquellos parece que tienen más prisa todavía y que van a llegar antes al cielo o al infierno, si su paternidad no corre a confesarlos.

—¡Qué lástima, hijo, no haberme llamado antes! Tengo que decir misa.

—¿A esta hora, padre?

—Sí — tartamudeó Chaparro, asustado de su peligrosa ignorancia en la materia religiosa. — Sí, nosotros los barbones tenemos una misa a la media noche.

—Pues lo siento mucho, padre, pero esta noche su paternidad dejará que otro la diga a esa misa, porque hay más urgencia en atender a los infelices que se están muriendo.

—¿Estaban muy mal heridos entonces?

—Uno quedó con las tripas afuera de un ba-

yonetazo, y otro con una bala en el pescuezo, y otro...

—¿Y no se habrán muerto ya? — interrogó, con alguna esperanza Chaparro, que se veía en inminente riesgo de ser reconocido y apresado.

—¡Que se han de morir tan pronto! — dijo uno de los soldados — Son correntinos los tres, y ésa es gente dura...

—Sírvase su paternidad acompañarme...

La voz del capitán no era de súplica, sino de mando.

En aquellos tiempos de costumbres sencillas y de ideas profundamente religiosas, un oficial no trepidaba en apelar a la violencia para llevar los auxilios espirituales a uno de sus soldados.

—¿Y dónde ha sido la riña, mi capitán? — interrogó el falso fraile sintiendo frío en el espinazo.

—Aquí no más, en el cuartel de Patricios...

—*¡Corpus Christi!* — exclamó entre diente, intentando acordarse de sus latines, porque le iban a venir muy bien. — ¡Vamos allá mi capitán! Hermanito, corra al convento y dígale al padre Guardián que encargue a otro fraile mi

misa, porque yo me voy a auxiliar a estos pobres moribundos.

Por una parte Chaparro intentaba salvar a la hija de Altolaguirre, por otra, tener un impedimento menos para huir, en caso de presentarse una favorable oportunidad.

Con gran sorpresa suya, cuando esperaba que la muchacha se echaría a correr despavorida, la vió permanecer inmóvil...

—¿Me oyó, hermanito?

Ella se le aproximó y le dijo en voz muy baja:

—Suceda lo que Dios quiera, yo iré con usted, sargento.

—¡Bueno, vamos!

Y todos se encaminaron al cuartel de los Patricios, guiados por el farolito del sereno y custodiados por el capitán, que cerraba la marcha al tranquito.

Penetraron bajo el portal alumbrado por un farol pendiente del arco, y el soldado de guardia presentó armas y Chaparro se halló de nuevo en su viejo y amado cuartel, a donde sólo podía volver para que le pegaran cuatro tiros.

—*¡Dominus vobiscum!* — murmuró asegurán-

dose el capuchón y bajando con humildad la cara.—¿Dónde están esos pobres moribundos?

El capitán se había apeado y condujo a los dos frailes al cuarto de guardia, una sala de bóveda, con espesos muros de piedra y dos puertas macizas ennegrecidas por el moho. Otro farol, alumbraba la escena, balanceándose como un péndulo. Sobre las duras baldosas, acolchadas por tres capotes militares, había tres cuerpos, uno de ellos inmóvil ya, con la pavorosa inmovilidad de la muerte, y los otros dos estremecidos por siniestras convulsiones.

Myriam se refugió en el rincón más obscuro y se apoyó en la pared, apelando a toda su energía para no caer redonda, al lado de aquellos cuerpos y a los pies del oficial, que con ojos desconfiados miraba ora al fraile de alta estatura, ora al humilde, delgado y frágil lego, ninguno de los cuales dejaba ver el rostro.

—¡La cosa no está para bromas! — pensó Chaparro. — ¿Pero qué diablos puedo hacer? ¡Perdóneme el cielo si me pongo a confesar a estos infelices!

Se aproximó al que no daba señales de vida,

lo tanteó, lo bendijo con una gran cruz y le palmeó las frías mejillas:

—¡Amén! Bueno: éste ya no me necesita...

Al acercarse al segundo, que era el herido del bayonetazo, vió al capitán que seguía atentamente todos sus gestos, sin apartársele.

Con majestad sacerdotal, Chaparro le indicó que se retirara, por exigirlo así el sigilo sacramental, con lo cual el oficial fué a situarse en la puerta misma, entornada, a fin de que nadie curioseara la triste y solemne ceremonia.

—Me parece que mi capitán tiene ganas de no dejarme echar más cruces; — pensó Chaparro, y con desesperación de hombre que se ve perdido, se dedicó al moribundo, haciendo más o menos lo que había visto hacer a algunos sacerdotes en el campo de batalla.

—¿Se arrepiente, hermano de haber ofendido a Dios? — gritaba a la oreja del herido, apretándole la mano. — ¿Sí? Bueno.. Rece, hermano lo que sepa... Yo voy a absolverlo... *¡Sancta Dei Genitrix...! ¡Speculum justitiæ! ¡Kyrie eleyson!*

Cada letanía la acompañaba con una gran cruz

hecha en el aire, arriba del herido; y al final, con toda buena fe, por lo que pudiera ser nula su absolución, volvió a recomendarle al moribundo:

—Pídale perdón a Dios, compañero, y rece todo lo que sepa.

Enseguida pasó al otro, que no estaba tan mal y se incorporó al agacharse el fraile sobre él, y le buscó la oreja para confesarle sus pecados. Pero Chaparro, con todo pudor, se apretó el capuchón y alejó dulcemente la cabeza:

—No hermano, no es necesario que se ponga a contarme sus pecados. ¡Ya me los imagino! Arrepiéntase de ellos, porque no tiene tiempo que perder, yo mientras tanto lo voy absolviendo... ¡Ah! Rece algo si sabe. ¿El Padrenuestro? Bien... rece el Padrenuestro... *¡Pater noster...! ¡Domus aurea! ¡Regina martyrum! ¡Ite missa est!*

Repitió gravemente sus grandes cruces, le dió la mano a besar al moribundo, que se quedó más tranquilo, y tratando de no ponerse delante del farol, se dirigió al capitán, que no le sacaba los ojos de encima.

En eso, el herido del bayonetazo, lanzó un quejido, se retorció en una convulsión y se quedó exánime.

Chaparro metió las manos en las mangas, como quien ha terminado su tarea y dijo:

—¡Ese ya está en el cielo! Y este último tirará hasta la madrugada. Ahora me voy corriendo al convento a traerle el viático. Con su permiso mi capitán...

Pero el capitán se le cuadró en la puerta cerrándole el paso. Chaparro se echó atrás alarmado, sin perder su sangre fría:

—¿Cómo? ¿hay más heridos?

—No, padre... Pero mañana el general Belgrano, al saber que su paternidad ha tenido la caridad de confesar a nuestros soldados, va a querer pasar una nota de agradecimiento al padre Guardián.

—¡No vale la pena que se moleste el señor general Belgrano!

—Es su costumbre, padre...

—¡Ah! entonces que haga como sea su costumbre...

—Y para redactar la nota, necesito que su paternidad me haga el favor de darme su gracia.

—¿Mi gracia? ¡maldita la gracia que tengo yo, pobre y miserable pecador! no vale la pena, hijo, que el general se preocupe por mi nombre. *¡Stella matutina!*

—Su nombre, padre, es indispensable, porque el general Belgrano...

—Bueno hijo, esto es contra la humildad a que estoy obligado; pero no he de dar un disgusto al señor general. Mi nombre en religión es... fray Sandalio de las Llagas...

El capitán soltó una carcajada, cerró la puerta y corrió el grueso e invencible cerrojo.

—¿Y en el mundo cómo se llamaba su reverencia?

Chaparro comprendió que estaba descubierto y entrampado como un ratón, pero no era hombre de perder el ánimo antes que la vida, y trató de ganar tiempo, mientras hallaba una defensa o una escapatoria.

—¿Cómo es eso, hijo? ¿Me has tendido una celada?

El capitán se encogió de hombros.

—¡Extraña fortuna la mía! Buscando un confesor para mis soldados, topo con el hombre por quien el gobierno ha removido tierra y agua.

—¿Por quién me tomas, hijo? ¡Yo soy fray Sandalio de las Llagas!

El capitán sonrió y sin desamparar la puerta sacó una pistola y dijo sarcásticamente:

—Yo no he conocido un hombre más alto que el sargento Chaparro, si su paternidad se digna echarse la capucha a la espalda, veré si me he equivocado o no...

Los ojos de Chaparro ardieron debajo de la capucha, las manos se le crisparon dentro de las anchas mangas, y los hombros se le encogieron debajo del sayal. Iba a saltar como un tigre sobre aquel oficial, para arrebatarle la pistola o la espada y ganar la puerta, si quedaba vivo, cuando su compañero abandonó el obscuro rincón en que había permanecido agonizando de confusión y de temor, y se mostró en plena luz, con la hermosísima cara descubierta.

—Yo respondo de ese hombre, capitán Zavaleta.

—¡Myriam! ¿es de veras usted o yo estoy lo-

co? — dijo él como en éxtasis — ¿Usted en compañía de Chaparro?

—Sí, capitán. Ha salvado su vida refugiándose en nuestra casa y mi padre lo ha tomado a su servicio. Hoy hemos vuelto de un viaje al sur en la ballenera y el pobre con este disfraz y en mi compañía a ido a calmar la angustia de su mujercita que ignoraba si estaba muerto o vivo... ¿Salvar a este hombre, es un crimen, capitán Zavaleta?

—Sí Myriam. El gobierno ha condenado a muerte a los que lo escondieran...

—¡Yo lo he escondido en mi casa! ¡Entrégueme con él!

—No, Myriam, a usted no; pero a él sí...

—Si usted no me entrega, iré a entregarme yo...

—¡Myriam! ¿Y qué puede importarle este hombre a quien no lo ha conocido nunca?

—Lo mismo le pregunto yo a usted, capitán. Usted no es su juez, no sea su delator. Si él merece la muerte, yo también la merezco por haberlo escondido. Sálvenos o entréguenos a los dos...

El capitán Zavaleta se mordió el puño, con los ojos en el suelo y la voluntad vacilante. Chaparro hubiera podido, caer sobre él, arrebatarle el arma y tal vez huir; pero Myriam lo contuvo, y avanzando un poco más, para no hablar a gritos, le dijo:

—¿Va a ser usted, que es militar, menos generoso y menos valiente que una mujer?... Yo sabía a lo que me exponía escondiéndole de los que lo buscaban, y no vacilé... Y usted ¿vacila? Mire, capitán Zavaleta que se lo pido yo... ¡sálvelo!

—¡Usted me lo pide! — repitió él hipnotizado por aquella vehemencia con que ella lo aturdía, por aquella voz que agitaba su sangre, por aquellos ojos que penetraban en su corazón.

Y ella adivinó su omnipotencia y acercándosele más, hasta pegar su boca al oído de él, le murmuró la dulcísima palabra:

—¡Se le pido yo... su novia! ¡sálvelo a él o entréguenos a los dos!

—¡No hable más, Myriam! Cúbrase, cúbrase con la capucha y salga, ¡por Dios! y que yo no lo vea más, porque dos veces no seré capaz

de hacer esto... Myriam ¡mi novia! cuando ese hombre haya salido, quédese usted para decirme de nuevo esa palabra...

Myriam le tendió la mano sonriendo:

—Mi capitán, usted delira... Yo soy un fraile como él, que debo volver a mi convento.

—¡Tiene razón! Estoy hablando en sueños... ¡Qué vino tan fuerte es el amor para una cabeza como la mía!

Con prodigioso esfuerzo logró serenarse. Myriam se arrodilló al lado de los dos muertos y del moribundo y rezó por ellos. Se echó luego el capuchón y el capitán abrió la puerta de la sala de guardia.

—¡Buenas noches padre! ¡Buenas noches hermano!

Los soldados que estaban en el patio, se pusieron de pie e hicieron la venia. El centinela presentó armas y los dos frailes salieron inclinándose con mucha unción.

En menos de tres minutos y sin hablar palabra llegaron a la puertita falsa del Hospital. Chaparro metió el llavín y la abrió y apenas la

transpusieron volvió a cerrarla y se echó a los pies de la hija de Altolaguirre:

—¡Niña Myriam! ¡Déjeme que le bese el borde del vestido! ¡Esta sí que ha sido escapada!

—¡Béselo cuanto quiera, mi sargento! Porque no es mío, sino de fray Sandalio.

—¡Déjeme que bese también la tierra que pisan sus pies, niña! ¡Y cuente desde hoy con el sargento Chaparro, como un amo cuenta con su perro!

—Levántese, mi sargento...

Se levantó el sargento y la miró y a la luz de un candil de aceite que ardía en un arco del claustro, vió que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo? ¿llora, niña Myriam? ¿por qué?

—No, ¡no lloro! — exclamó ella secándose las lágrimas y adelantándose a buscar la celda de fray José.

Pero sí lloraba, pues había dicho una mentira irreparable por salvar a Chaparro. Ella no podía ser la novia del capitán Zavaleta, aunque lo amaba con toda su alma, porque ella era traidora a su patria y un día u otro su padre combatiría contra él.

VIII

La misa en Santa Lucía

Las familias pudientes de Buenos Aires pasaban lo más recio de los calores del estío en sus quintas de los suburbios o en sus estanzuelas de San José de Flores o de San Isidro.

Don Martín de Alzaga veraneaba con su larga prole, hijos, yernos y nietos, en su vasta y señorial quinta de Barracas, al sur de la ciudad, sobre la llamada calle Larga, contigua a la capilla de Santa Lucía, donde oían misa los vecinos de aquel barrio, españoles en su mayoría y

más o menos comprometidos en la conspiración, que iba hinchándose como la pleamar.

Las buenas noticias traídas de Montevideo por el antiguo alcalde, difundiéronse con la silenciosa rapidez de una mancha de aceite, que cunde y penetra sin que se advierta cómo. De la noche a la mañana todos los realistas supieron que Vigodet rompería el armisticio y enviaría un ejército de desembarco para ayudarlos en su valiente empresa.

Y aunque el secreto con que se preparaba el complot, era su principal requisito, y aunque muy pocos sabían cómo se urdía la trama, no había un realista que no sintiera hervir la insurrección bajo la cáscara de tierra que pisaban sus pies, y que no delatase con el bélico furor de las miradas su triunfante confianza en la vuelta del rey y su profundo desdén por los americanos.

Muchos corazones sufrieron, muchos noviazgos se deshicieron, muchos lindos ojos de porteñitas, hijas de españoles, lloraron la invencible terquedad con que sus padres, en esos días de la conspiración de Alzaga, las obligaron a desechar los festejos de sus galanes criollos, a devolverles

sus regalos, y a cerrar sus ventanas, para que ni en las noches más calurosas de aquel estío, les llevara la brisa las quejas del amante desesperado.

La capilla de Santa Lucía a cuya misa de diez concurría don Martín de Alzaga, se llenaba hasta el pretil con sus partidarios, que iban a tener sus noticias, a conversar con él, o simplemente a verle, para adivinar por su talante o por su gesto, si las cosas marchaban a su gusto y si el estallido era inminente o estaba lejos aún.

El primer domingo después de su vuelta de Montevideo, don Santiago Altolaguirre, que deseaba cambiar con él una palabra al respecto del sargento Chaparro, invitó a su mujer y a Myriam a ir a Barracas, para oir la españolísima y linajuda misa de diez en Santa Lucía.

Fray José de las Animas solía ayudar aquella misa, cuando se instalaba en la Convalecencia, el caserío especie de hospital y chacra, que poseían los Bethlemistas al sur de la ciudad, en un paraje absolutamente alejado de toda población y muy a propósito para que el barbón

reuniera armas y gente, a ocultas no sólo del gobierno, sino de sus mismos superiores.

La Convalecencia quedaba diez cuadras al oeste de la quinta de Alzaga, y se llegaba por senderos que nadie transitaba, entre cerco de espinas y montes de duraznos "guachos".

Si para Fray José ir a Santa Lucía significaba hacer un breve trayecto a caballo, para doña Casilda, la esposa de Altolaguirre, era algo más, pues importaba una verdadera excursión de una legua, en su majestuosa e incomodísima berlina, que se zangoloteaba en los baches del camino.

Desde el alba comenzaba para el negro Amancio la tarea de enganchar a las colleras dos yuntas de mulas salteñas, y un caballo para cuartearlas a la cincha.

Terminada esta operación, y entre rezongos contra los díscolos animales, que le respondían a coces, corría Amancio a ponerse el traje de circunstancias y a aderezar la retinta persona delante de un espejito de una cuarta, comprado en alguna bandola de la Recoba nueva, y una vez satisfecha su vanidad, se trepaba solem-

nemente al altísimo pescante de la berlina, y desde allí lanzaba un cadencioso alarido:

—¡Ya está el coche, mi ama!

La vestimenta en que el esclavo ponía tanta presunción, era de lo más elegante que se podía pedir por aquellos tiempos.

Iba descalzo, según la costumbre de los esclavos, pero enfundado en una amplia levita de grueso paño color avellana; llevaba una soberbia corbata de espumilla blanca, al rededor del negro y sudoroso pescuezo, un chaleco bordado en seda de mil colores, pantalones largos de cuadritos rojos y amarillos, y sobre la mota indomable, una copuda galera, que había pertenecido a don Ginés de Montes de Oca.

En la berlina tomaban asiento doña Casilda y don Santiago, nada más, porque Myriam y Luis, hacían el viaje en dos briosos caballos andaluces, acompañados de Viviana que montaba un caballito criollo, de menos alzada, pero capaz de llegar más fresco que una lechuga, a donde los otros llegaban cubiertos de espuma y sudor.

La cabalgata para ellos era un regocijo, y

Myriam prefería la misa de Santa Lucía a otras más aristocráticas en la ciudad, aunque tuviera que detenerse en casa de unos campesinos amigos de su padre, para cambiar su traje de amazona, por el severo y oscuro que imponían las costumbres, como traje de iglesia, y aunque en mitad de la misa, después del Evangelio, el sacerdote desde el altar espetara a sus feligreses, una fogosa plática realista.

Los ojos de fray José, cuando actuaba de acólito, escudriñaban hasta el último rincón del templo, y si no había presente ningún criollo que pudiera denunciarlos al gobierno, advertíalo al sacerdote maturrango hasta los tuétanos y hechura del señor de Alzaga. En esas ocasiones el comentario del Evangelio del día era un cántico a la gloria de Dios, de España y del Rey, que envolvía una ardiente exhortación a la reconquista. Los realistas vibraban de entusiasmo y todas las miradas convergían en don Martín de Alzaga, que sentado en el sitio de honor del presbiterio, vestido de negro, de calzón corto y espadín al cinto, escuchaba pálido y cejijunto,

sin levantar los ojos del cojín donde apoyaba sus zapatos de cabra con hebillas de oro.

Sólo Myriam y Luis se mordían los labios de ira, obligados por respeto a su padre, a oir quietitos, cambiándose miradas de pesadumbre...

Así fué antes del día en que Myriam acompañó a su padre a Montevideo. Lo que es ahora escucharía la plática sin indignación. ¿Acaso no se había vuelto ya tan realista como las hijas de Alzaga o de Lezica, que jamás usaron el rebozo celeste?

¿Pero cómo explicaría a su hermano, si la interrogaba, el cambio de sus opiniones? ¿Por ventura le sería posible disimularlas, a los ojos de él, que la contemplaba con tanto amor?

Salieron temprano, precediendo a la berlina, y galoparon por la arenosa calle de San Francisco, para tomar la calle Larga de Barracas.

Al cruzar el zanjón de los Belermos por un camino de pendiente suave, labrado en la barranca, oyeron el galope de unos jinetes que los seguían.

Viviana se volvió a mirar y dijo con picardía, guiñando el ojo:

—Ya sé, niña, quiénes son los que vienen.

Myriam pensó en el capitán Zavaleta, a quien no había querido ver en los tres días pasados después de su viaje, justificándose con una fingida enfermedad.

No tenía ánimo de afrontar una entrevista con él, porque hubiera debido confesarle su falsía cuando abría su ventana para arrojarle un jazmín y cuando le habló con amor en el cuartel de Patricios para pedirle la vida de un hombre.

El no la creería y ella tendría que convencerlo de la verdad de aquella mentira, con algún doloroso desaire.

Nada respondió, y se echó a galopar, con la cara envuelta en su mantilla.

La pardita no pudo menos de preguntarle:

—¿No le interesa, niña Myriam, saber si son cristianos o moros los caballeros que nos siguen?

—¡No!

—¿Lo adivina sin duda?

Como su ama no respondiera, la muchacha no quiso perder su noticia:

—¡Es que no se ha imaginado quiénes son! Nada menos que el doctor Monteagudo y su sirviente el mulato Chagas.

—¿Has visto bien? — preguntó Myriam súbitamente.

—¡No he de ver bien! ¿Acaso creyó que sería el capitán Zavaleta? — insinuó Viviana, con picardía y a media voz, pues sólo ella estaba en el secreto de aquel amor.

—¡No me vuelvas a hablar de él, te he dicho!

—¿Que me lo ha dicho? ¿Cuándo me lo ha dicho, niña Myriam? Más bien me parecía que le gustaba oir ese nombre...

—¡Te has equivocado, india! ¡No me hables más de él, ni de nadie!

La palabra *india* sonó como un latigazo en los labios de Myriam para los oídos de Viviana, que se encogió dolorida y se alejó un trecho.

La pasión morbosa con que Monteagudo perseguía a Myriam, se estrellaba en la indiferencia de ella, mas no se enfriaba, pues desdenes de mujer, fueron siempre leña para la hoguera en que ardía aquel hombre exaltado y sensual.

Myriam intentaba alejar a Zavaleta y hacerse olvidar de él; pero no quería que a sus ojos el rompimiento pareciera una traición, y que lo desdeñaba para aceptar los galanteos de quien,

como Monteagudo, tenía la turbia fama de un don Juan, sin generosidad y sin escrúpulos.

Al pasar por la plazuela de la Residencia, donde estaba la cárcel de mujeres, Myriam contempló con horror aquellos altos y negros tapiales, único, siniestro horizonte de las infelices, que por amor o por pobreza habían delinquido.

Ella, a no haber mediado la generosidad y el amor del capitán Zavaleta, a esas horas estaría presa allí, condenada a vivir toda su vida entre aquellas paredes hostiles, o esperando la muerte.

La voz de su hermano Luis arrancóla de sus reflexiones.

—¿Sabes, Myriam, que los españoles están urdiendo una conspiración para traer un ejército de la Banda Oriental y fusilar a todos los criollos de diez y seis años arriba?

—¿De dónde sacas eso Luis? — preguntó la hija de Altolaguirre con el corazón agitado.

—Ayer a la tarde fué el capitán Zavaleta a casa. Estaba impaciente por hablar contigo. Supo que yo había rendido los exámenes en la escuela, y que don Bernardino me había felicitado por lo

bien que declamé "El Triunfo Argentino" de don Vicente López. Me preguntó si quería mucho a mi patria.

—Y le dijiste que sí, naturalmente, — interrumpió ella con ímpetu, contestando a una voz que se alzaba en su propio corazón. — ¿Pero sabes cuál es tu patria?

—¿Cuál es mi patria? — interrogó sorprendido Luis. — ¿Acaso no sabes tú cuál es? ¿Ya no te acuerdas de los días de mayo? Estabas encerrada en la despensa, por haberte vestido con los colores de la patria y tú que comprendías mejor que yo estas cosas, me mostraste su sentido. ¿No te acuerdas?

—Sí, me acuerdo, — respondió Myriam, viendo que era peligroso dejar que su hermano adivinase sus pensamientos. — ¿Te habló Zavaleta de una conspiración?

—Sí, pidiéndome que guardara el secreto de todo el mundo, menos de tí, en quien tiene confianza...

—¿Y te dijo qué es lo que sabía?

—Me dijo solamente que un piquete de soldados mandados por él, apresó noches pasadas

en la costa de San Isidro, a tres marineros españoles desembarcados de una chalana, que se les escapó con rumbo a la Colonia.

—¿A qué venía ese barco?

—A traer armas.

—¿Para quién? ¿no se averiguó para quién?

—Los marineros se portaron como héroes; les ofrecieron la vida, si decían para quién llevaban su carga, pero no hablaron y fueron fusilados por orden del gobierno.

—¡Infelices! No merecían esa muerte.

—Tal vez ellos no la merecían, pero sí los que los mandaban y los que habrían recibido esos fusiles españoles, para pelear contra nosotros.

Myriam comprendió que aquella goleta había traído el primer cargamento de armas prometido por Vigodet. Tal vez su piloto no era práctico y no acertó a fondear en la costa de San Isidro, y cayó en manos de una patrulla de vigilancia.

Myriam bajó los ojos y oró por los desventurados, que habían preferido morir antes que delatar a Alzaga, y tal vez a su padre.

—El capitán Zavaleta quería contártelo a tí, pero como no apareciste en toda la tarde, habló

conmigo solamente. Me encomendó también un mensaje para que te lo diera cuando nadie, ni nuestros padres, ni los esclavos, ni las paredes de nuestra casa pudieran oirme.

—¿Cuál es ese mensaje? — interrogó ella bajando la voz instintivamente.

—Me pidió que te dijera en su nombre que tú tienes una deuda con él, y que puedes pagársela...

Luis vaciló, y Myriam lo aguijoneó con una impaciente pregunta:

—¿Cómo?

—¿Vas a hacer lo que él te pide?

—¿Acaso puedo decirlo, sin saber lo que va a pedirme?

—¿Quieres a tu patria más que a todo?

—¡No! más que a todo, no.

—¡Myriam!

—Primero que a mi patria amo a Dios...

—Bueno, eso es antes que nada, Myriam — contestó Luis seriamente; — pero después de Dios, está la patria.

—No, están mis padres, estás tú...

—¡Myriam! ¡no te reconozco!

—¡Vaya, Luis! ¡estás más solemne que el señor cura Marull, cuando se pone a hablarnos, desde el altar mayor... Dame ese mensaje de Zavaleta.

—¿Pero vas a hacer lo que él te pide?

—¡Sí, muchacho, sí! Yo soy tan buena patriota como tú, si el mensaje se refiere a algo de la patria...

—Sí verdaderamente, algo de eso es... — respondió titubeando Luis, — porque te pide que si llegas a saber algo de esta conspiración le avises a él...

—¿Pretende que yo sea una espía, a su servicio?

—¡No! Nadie es espía en su patria y en su propia defensa... Has prometido hacerlo Myriam: ¿vas a cumplir?

—Yo no me meto en política, Luis. Arreglen otros el mundo y a mí déjenme gozarlo en paz.

La vehemencia con que pronunció estas palabras, desmentían su frivolidad, pero Luis no era bastante experto o sagaz para advertirlo y quedó silencioso.

En ese último año Luis había dado lo que

las madres llaman un estirón. Tenía tres años menos que Myriam y aunque ella era alta, él la igualaba en estatura y se le parecía extraordinariamente. Pero en los ojos de la una se condensaba esa oscuridad de los pensamientos tristes y del amor callado, mientras que en los del otro brillaba aún la llama transparente del entusiasmo y de la ilusión.

El camposanto de la modesta capilla que gozaba de la preferencia de los leales súbditos de Fernando VII, estaba circundado por una hilera de postes clavados a corta distancia unos de otros, para demarcar la tierra bendita, donde dormían los muertos en el Señor, y para que los feligreses que venían de lejos ataran en ellos sus caballos, si no preferían dejarlos a la sombra de los aromos de un monte que existía al otro lado de la calle.

Varios coches, algunos con portezuelas blasonadas y todos guiados por negros al estilo de Amancio, hallábanse detenidos ante el pretil, cuando llegó la berlina de Altolaguirre, echándole polvo a la de su noble amigo don Ginés Montes de Oca, la cual seguía a corta distancia.

El noble señor, descendió apoyándose más por halago que por requerirlo sus viejas piernas, en el brazo de Panchita, su donosa nieta.

No tenía dientes don Ginés, verdad era; pero conservaba los graciosos colores de la juventud en su carita chupada y sin arrugas y una vivacidad de ardilla en su cuerpo pequeño y enjuto.

Muy acicalado conforme a la moda de treinta años atrás, cuando él era alcalde de vara alta por merced de S. M. el rey Carlos III, en la villa de Luján, vestía calzón corto, medias de seda blanca, zapato con hebilla de oro, casaca y chupetín con áureos bordados, sombrero de tres picos y empolvado peluquín; a más, una virgen espada pendiente de rico tahalí.

Cierto día su nieta intentó poner su vestimenta en consonancia con los tiempos y tras mucha brega logró hacerle permutar el tricornio por un sombrero de copa al estilo del que usaba don Bernardino Rivadavia, uno de los hombres más paquetes de Buenos Aires.

Más la innovación duró poco. Una semana después, el antiguo tricornio volvía a cubrir las blancas guedejas de don Ginés y el sombrero de

copa iba a engalanar las motas renegridas del airoso cochero de Altolaguirre.

No bien don Ginés, advirtió la presencia de éste, en el pretil, soltó el brazo de Panchita, y se adelantó a saludar a doña Casilda y a inquirir novedades de su amigo, mientras Panchita volaba a coger el brazo de Myriam, para no pasar sola por la temible calle que formaban los buenos mozos, a la entrada de la capilla.

En su mayoría eran españoles y aunque Panchita no pensaba casarse sino con un criollo, si Dios y su abuelo querían, no le disgustaba el homenaje silencioso de aquellas miradas y de aquellos sombreros que se bajaban a su paso.

—¡Qué suerte tienes, mujer! — murmuró al oído de Myriam. — Yo no encuentro ni veo uno sólo de mis caballeros, y sí dos de los tuyos. Lo cual significa que los tuyos, son más entusiastas o más numerosos... ¿No ves? ¡Allá está Monteagudo!

—Ese es uno: ¿y el otro?

—¡Mujer! ¡En tus narices! ¿No lo ves a Cecilio de Alzaga?

—¡Bah! — exclamó Myriam con despego,

y al mojar los dedos en la pila del agua bendita, susurró al oído de su amiga: — ¡Ni el uno ni el otro! ¡Si vieras qué cansada estoy de todos ellos...!

Se santiguó devotamente, y la cruz que trazó desde la frente al pecho, fué un juramento de que no sería de ninguno, ya que no podía ser del que ganó su corazón para siempre.

Su padre pensaba de otro modo y tenía un plan distinto, y uno de los puntos tratados en la conversación que tuvo a solas con Alzaga después de misa, en la galería de su quinta, mientras los demás visitantes discurrían con las damas a la sombra de los perales cargados de fruta, fué el casamiento de Myriam con Cecilio, uno de los hijos solteros del caudillo español.

Cecilio de Alzaga, aunque nacido en Buenos Aires conservaba un vivo amor a España y una valiente fidelidad al Rey. Tímido, para todo lo que no fuera armas o negocios, había manifestado hacía tiempo su predilección por la hija de Altolaguirre, sin pasar a más, porque ella lo desconcertaba con sus tajantes negativas.

¿Por qué lo rechazaba cuando Cecilio de Al-

zaga era por su fortuna y su nombre uno de los mejores partidos de la ciudad? El joven pidió consejo a su padre, quien le prometió jugar su valimento en su favor, porque vió en su alianza de familia una forma de asegurar la discreción de la muchacha, a quien habían hecho intervenir en el complot. Y habló en efecto con Altolaguirre.

Ningún pretendiente de su hija podía ser más del agrado de éste; y aunque antes desconfiaría de su propia lealtad que de la de ella, también a él le pareció que la alianza de ambas familias afianzaría el éxito de sus planes.

Su mujer, la doméstica doña Casilda, no sería de otro parecer y en tal caso, sólo faltaba el consentimiento de Myriam, que su padre prometía conseguir, esa tarde misma, para que el pedido oficial de mano se realizara en la tertulia de la noche.

Aquella conversación de Altolaguirre con Alzaga fué vista con envidia por los que fueron a Santa Lucía a departir con el futuro virrey del Río de la Plata. Pero no podía limitarse a tan nimio asunto como los amores de los dos jóve-

nes, y así, convenido el punto, pasaron a cosas de más trascendencia.

Don Martín y don Santiago, sabían ya el fracaso del primer envío de armas hecho por Vigodet, en una goleta que por fortuna no fué apresada, y el fusilamiento de los tres infelices que saltaron a tierra.

—La culpa — dijo Altolaguirre, — ha sido del piloto, que no conocía nuestras costas y no acertó con la barranca de Fonseca. Verdad que para llegar a ella es necesario conocer bien los canales del río y la posición de sus bancos de arenas movedizas.

—¿Y cuál de nosotros los conoce? — preguntó Alzaga mirando fijamente a Altolaguirre, que no titubeó.

—Yo los conozco y yo iré con mi ballenera, para traer ese armamento que nos hace falta.

—¿Sabes que no podrás hacerlo en un solo viaje?

—Iré cuántas veces sea necesario.

—¿Y sabes que arriesgas no sólo tu vida, sino la de los que te acompañen?

—¡Nuestras vidas! Esos tres desventurados

han perdido la suya, cuando para salvarse les habría bastado revelar lo que sabían de nuestro plan. Si ellos supieron morir ¿por qué nosotros no hemos de saberlo, teniendo como tenemos conciencia más clara de nuestra causa y de nuestro deber?

—¡Eres todo un hombre!

—Me bastaría que me dijeras, eres *todo un vasco*.

—Sí, Santiago: eres un hombre de nuestra raza. Pero no se trata de morir. Entre los nuestros hay muchos capaces de ello. Se trata de vivir por España y de servir al rey. Mal pueden servirle los muertos...

—Yo sabré vivir por España, y cuando mi vida no le sirva más, sabré morir por ella...

Se estrecharon las manos y se despidieron, hasta la oración, en que Alzaga daría su paseo habitual por la Alameda y llegaría al tambo de Altolaguirre a saber la respuesta de Myriam.

En el camino de regreso, ni ésta vió a Monteagudo, siguiendo la nube de polvo de la berlina, ni Viviana divisó al fiel Chagas, que era su pesadilla y la sombra de su amo.

IX

El gaucho Barbadas

Aquel joven fatuo y taciturno se hallaba enfurecido con el saludo desdeñoso de Myriam.

Estaba mal acostumbrado en lides de amor, porque eran muy pocas las mujeres que no se dejaban impresionar por un hombre de su hermosura y de su audacia.

Era, en efecto, de rostro ligeramente oscuro, lo que denunciaba en sus venas sangre de esclavos, pero sobremanera hermoso, y de apostura elegantísima. Unía a eso el decoro que le da-

ba su posición en el gobierno y su fama de literato y más que todo el confuso rumor de mil aventuras amorosas. Tenía que sorprenderlo e irritarlo el que una muchacha como Myriam desdeñara sus festejos.

Nadie le conocía un novio oficial a la hija de Altolaguirre, pero aquella actitud, él sólo se la explicaba suponiéndola enamorada de alguien, a ocultas de la sociedad.

Para no encontrarse con ella y sufrir un nuevo desaire, Monteagudo salió en mitad de la misa, con escándalo de la devota concurrencia, que oyó el galopar de su caballo en el momento que el sacerdote alzaba la hostia.

Chagas presumía los pensamientos de su joven señor, por las atropelladas frases que a éste se le escapaban de tanto en tanto, y se atrevió a decirle:

—Esa niña, sin duda, tiene un novio...

—Posible... — respondió secamente Monteagudo.

—Y hay una manera fácil de saber quién es...

—¿Sí? ¿qué se te ocurre?

—Ella debe hablar con él a horas en que nadie los vé.

—¿Y qué adelantamos con suponer eso?

—Las tertulias de esa niña con ese hombre, sin duda son en la reja mientras duermen los padres. Nada más fácil que descubrirlo, espiándolo.

—Pero de noche todos los gatos son pardos: veríamos un bulto, envuelto en una capa; oiríamos tal vez una guitarra, si a ella le gusta el canto, pero eso es bien poco, Chagas...

—Si su merced va en buena compañía, con un hombre valiente, conmigo por ejemplo, o mejor con dos, que caigan de pronto sobre el galán y le den una paliza, y lo desembocen a la luz del farol, le verá la cara y le sabrá el nombre.

Monteagudo no contestó sino al rato.

—¡Todavía eso es poco! Si yo quiero a esa mujer ¿qué voy ganando con saber el nombre del que ella ama? Necesito que ese hombre, si damos con él, no vuelva a la reja.

—¡Cosa fácil! — exclamó con displicencia el mulato — Frente a la casa de don Santiago, la barranca tiene quince pies. Si lo arrojamos

de cabeza y el río está bajo, se la romperá contra las toscas, y si el río está alto, se lo llevará la marejada hasta el mar... Y lo echaremos con guitarra y todo, para que vaya a dar serenatas al diablo.

Monteagudo miró al mulato, por si decía las cosas en són de chanza, pero bien se veía que no era así. Los ojos le brillaban, los fornidos hombros se le encogían como si estuvieran ya levantando en vilo al desventurado novio de Myriam.

A Chagas le interesaba servir a su amo en aquello más que en nada, pues por la misma puerta entraría el señor como novio de Myriam, y el sirviente como amante de Viviana. Hubiera vendido su alma a Lucifer con tal de adueñarse de la pardita montaraz y bellísima, que gastaba con él los mismos desdenes que Myriam con Monteagudo.

No, Chagas no se chanceaba, y entró a explicar un proyecto que venía madurando desde tiempo atrás.

—¿Su merced no ha oído hablar del gaucho Barbadas?

—No.

—Es extraño, porque el tal Barbadas tiene hazañas abundantes y lo conoce todo el pueblo. El fué quien el año pasado saqueó la pulpería de Gamboa en la plaza Lorea. Parece que el pulpero quiso resistirse, pero Barbadas lo degolló en un santiamén como a un ternero de año. El también, con otros compañeros, atajó una tropa de carretas mendocinas y se proveyó de vino y nueces y aceitunas para dos años. El...

—¿Y dónde vive el tal prójimo?- — interrumpió Monteagudo.

—¡Mozo terne! — exclamó con deleite y admiración el mulato. — Noches pasadas, sin ir más lejos, él solito, con el facón y el poncho, a cuchilladas y ponchazos, desparramó una patrulla de policía, que acudió a los gritos de un gallego platero, de la plaza Monserrat, que se negaba a fiarle unos mates de plata. Dicen que a más del gallego, quedaron panza arriba dos milicos...

—¿Y dónde vive el tal Barbadas? — volvió a preguntar Monteagudo.

—Pocos son los que saben dónde vive el amigo Barbadas.

—¿Y tú sabes?

—Si yo no supiera dónde puedo hallarlo, no se lo propondría para compañero.

—¿Consentirá en acompañarme?

—El amigo Barbadas nunca dice que no... Mande, pues, su merced lo que guste... ¿Vamos a casa de mi amigo?

Monteagudo se envolvió en un estudiado silencio.

La historia, no nos dice que fuera un hombre escrupuloso. Al contrario su juventud, sus fuertes pasiones, la ambición, la ira, el amor — sobre todo el amor — lo cegaban al punto de que en su conciencia se confundían el bien y el mal.

Mas era extremadamente vanidoso, y por nada del mundo y mucho menos ante los ojos de una mujer habría comprometido su fama de valiente, metiéndose en una aventura que podía degenerar en el cobarde asesinato de un rival.

—¡Un desafío, está bien! Pero un ataque a

mansalva, contra un hombre desprevenido, tal vez desarmado... ¡nunca!

Así respondió con énfasis y Chagas sonrió imperceptiblemente, con una sonrisa que significaba algo así como: "Ya sé donde te aprietan las espuelas!"

Para el mulato cualquier camino era bueno, con tal de lograr su propósito. Pero le convenía desvanecer las repugnancias de su amo, y lo hizo con máxima astucia.

—¡Por lo visto su merced se ha imaginado que el lance será sin riesgos!

—¡Así lo has pintado tú...!

—¡Puede ser! ¡Pero deseche esa esperanza! A ciencia cierta, yo no sé quien es el galán de la niña; pero un soldado de la ronda me ha asegurado que es militar, pues debajo de la capa, le ha visto relumbrar la contera del sable.

—¡Eso es más de mi agrado!—murmuró Monteagudo.

—Por otra parte, — añadió el taimado sirviente, — la ayuda de mi amigo Barbadas, es sólo para que el mozo no se nos escape sin mostrarnos la cara. Si no quiere mostrarla y prefie-

re pelear, peor para él, pues no se entenderá con nosotros, sino con su merced, que es el príncipe de los caballeros valientes.

La sonrisa con que el mulato adornó estas palabras, fué maravillosamente calculada para halagar el pueril amor propio de Monteagudo.

Iban cruzando un espeso monte de ceibos cuyo follaje el verano había cubierto de maravillosas flores encarnadas. Millares de pájaros cantaban allí, al alegre domingo de diciembre, volando de un árbol a otro, de una isleta a otra, ajenos a las maniobras de los hombres. Como dueños del aire, no miraban si la tierra sobre la cual se proyectaba la sombra de sus nidos, estaba cubierta de césped o empapada en sangre.

—¿Por qué nos alejamos del camino real? — preguntó Monteagudo a su compañero que era su guía.

—Su merced no quería ir por el camino real, y además por este sendero vamos a llegar al "hueco" donde vive Barbadas... ¿No piensa que es bueno hablar con él?

En los primeros años de la revolución, al amparo de las turbulencias políticas, el bandidaje

se había desarrollado en Buenos Aires en forma aterradora. Estrechada la ciudad por la maleza impenetrable, montes espinosos, cardales gigantescos, barrancas y bañados, y minada por "huecos" o sitios baldíos enormes, en que los tunales constituían verdaderas fortalezas, para el gaucho guarecido allí, los saqueos de los comercios y los asesinatos, se realizaban con la mayor impunidad.

Bandidos había a quienes los vecinos proveían de víveres y armas y les avisaban la aproximación de la policía, con tal de que a ellos los dejaran en paz.

Barbadas era de ésos y vivía en el "hueco" de los Ejercicios, que era un despoblado de dos manzanas por lo menos, contiguo a los muros de la casa de Ejercicios, ubicada entonces en el mismo lugar donde hoy se halla.

Para llegar al centro del formidable tunal donde él tenía sus reales, era necesario penetrar por una de las barrancas en que se bifurcaba el zanjón de los Belermos, ramal que cruzaba el camposanto de la Concepción, y elegir de entre el laberinto de senderos serpenteantes en la maleza, el

único que desembocaba delante de un portillo abierto en un tapial de adobes, que circundaba el rancho de Barbadas.

El que iba en són de amigo, tenía grandes probabilidades de extraviarse y no llegar antes de la noche, en cuyo caso era mejor que se volviera, porque de noche Barbadas no distinguía entre amigos y enemigos.

Y el que iba en són de enemigo, — la policía por ejemplo, — tenía la seguridad de no llegar nunca, pues en un cruce de senderos lo fusilaban a mansalva, o si convenía *trabajar* en silencio, lo degollaban de atrás, con extrema pulcritud.

Chagas conocía bien aquel laberinto y a medida que se aproximaba al terrible hueco, bajaba la voz para hablar de esto con Monteagudo, que no las tenía todas consigo.

Avanzaron por el fondo del zanjón, hasta que el camino se alzó paulatinamente a flor de tierra.

Una gallinas que pasteaban, fueron el primer indicio de que no lejos de allí existía un rancho invisible. La cara de un muchacho que apareció por entre los cactus y desapareció en un instante y luego el ladrido de unos perros, les confirmó

que iban a llegar al palacio, aduar, fortaleza o como quiera llamársele, de aquel rey de los suburbios porteños.

Ellos no habían visto más que unas gallinas y la cara de un muchacho; pero a ellos habíanlos filiados de pies a cabeza veinte ojos, por lo menos, y tenídolos a cuatro pasos dos excelentes trabuqueros, que formaban la guardia de corps del famoso bandido.

Pero nadie los atajó, señal de que aquellos guardianes habían reconocido a Chagas como a un amigo de su jefe.

El mulato, bien enterado de las costumbres de la casa, al llegar al portillo del tapial, se guardó de franquearlo, antes de hacer el saludo habitual:

—¡Ave María purísima!

—¡Sin pecado concebida! — respondieron del otro lado de la tapia y apareció un gaucho barbudo, de fiero aspecto, trabuco al cinto y larga melena que le caía como una cortina sobre la espalda, cubierta por un poncho viejo y descolorido.

Monteagudo lo saludó, pensando tener delante al dueño de casa, y el otro se limitó a murmurar:

—¡Apéensen y pasen!

Los dos jinetes dejaron sus cabalgaduras maneadas a la sombra del tunal, y penetraron en lo que realmente era el corazón de aquella ciudadela.

No había dentro del cuadrilátero formado por el tapial más que un rancho, construído, techo y paredes, con quinchos o manojos de esa larga paja de los bañados, fresca, resistente e impermeable de las lluvias. Los quinchos de las paredes estaban atados con guascas, y cubiertos de barro para que los vientos no se colaran por los intersticios. Era evidente que en caso de necesidad la mansión de Barbadas podía quemarse hasta los cimientos en cinco minutos, con todo lo que había dentro, despojos, armas, y también gente, si era preciso impedir que alguna persona cayera en manos del enemigo. A la sombra de unos naranjos cubiertos de azahares, había un fogón en el suelo mismo, y tostándose en su llama un costillar con cuero, clavado en un asador.

Junto al fuego, vigilando el asado, estaba un

hombre, con la cabeza envuelta en una vincha azul y blanca.

Ni se movió, como si no quisiera distraerse y perjudicar la exquisita pieza de carne, cuya gordura goteaba en las brasas y cuyo olor suculento iba desterrando el delicado perfume de los azahares.

Al pie de uno de los naranjos estaba un caballo tordo, con el cojinillo de cuero que cubría la montura, puesto al revés, para que no lo calentara el resplandor del sol.

Cualquiera al ver aquel animal medio aletargado, hubiera dicho: ¡Qué mal caballo monta Barbadas!

Había que ver, sin embargo, cómo se encogía y vibraba el pingo cuando la mano de su dueño le acariciaba la crin, y sentía caer de golpe sobre sus lomos el cuerpo liviano de aquel gaucho, capaz de tirar el sombrero a veinte pasos delante, y recogerlo del suelo con la mano, sin detener la carrera ni suspenderse en el estribo.

¡Ese era el caballo para ganar el monte en caso de persecución! Monteagudo comprendió que el dueño de casa no era el gaucho fiero de la en-

trada, sino aquel otro de aspecto insignificante, de cara pálida, casi delgado, que los acogía con indiferencia y les decía cortésmente:

—¡Siéntense! Han llegado a buena hora porque estoy churrasqueando, y este costillar está ya a punto. Yo mismo voy a elegirles un bocado.

Todavía no había puesto los ojos en sus visitantes, lo que fastidiaba al gallardo Monteagudo, y tampoco le miró cuando Chagas le dijo su nombre. Permaneció tranquilo, atento sólo a cortar un trozo bien asado, sin quitar del fuego el resto de la carne, usando para la delicada operación un facón digno de un rey, que tenía engastada en la empuñadura de plata una reluciente onza de oro.

Tomaron asiento los huéspedes en humildísimas sillas de paja, y Chagas empezó a explicar el motivo de su visita con largos circunloquios.

Barbadas parecía no atender sino al asado, sonreía plácidamente y cada vez que iba a cortar una nueva posta, probaba el filo de su cuchillo en la yema del dedo. Algunas mansas gallinas se acercaban, y él les arrojaba pedacitos de carne.

Monteagudo lo contemplaba con sorpresa y

disgusto. ¿Era ése el famoso Barbadas, de cuyas fechorías se hablaba en todas partes, lo mismo en las pulperías suburbanas cuyos concurrentes creíanlo un semi-dios, que en los salones del Fuerte, donde constituía un permanente motivo de preocupación?

Para Monteagudo que se pagaba tanto de la vana exterioridad, aquel gauchito no podía ser un personaje de importancia.

Alzóse un cuero de yegua que cubría la entrada del rancho y salió una muchacha trayendo un mate de plata en una mano y un chifle, ricamente ornado con virolas del mismo metal.

Barbadas destornilló delicadamente la primorosa tapita de oro que cerraba la punta del cuerno.

—Sírvase, señor *dotor*... — dijo. — Es un aguardiente muy especial, que me trae de Cafayate para mí solito cierto pulpero de la Plaza Mayor.

Como Chagas hubiera ya explicado su propósito de *limpiar* la reja de Myriam, Barbadas con desesperante despreocupación, se puso a hablar del precio de las haciendas en el mercado del

sur y de dos o tres peleas recientes de los bandoleros con la policía.

—Parece que ha habido mucha tripa al sol el jueves pasado en el hueco de ña Engracia, — dijo tomando un mate de manos de la china y pasándolo a Monteagudo, con el mismo ceremonioso ofrecimiento: — Sírvase, señor *dotor*. Este mate es nuevo. Lo adquirí noches pasadas en la platería de un gallego de la plaza Monserrat, el difunto Zárate. Tal vez lo haya conocido su merced. En vida, el pobrecito labraba pasablemente el oro y la plata... El freno y los estribos de la montura del tordillo y este chifle son también obra suya...

No dijo quién era el autor de la defunción del gallego Zárate, y Monteagudo comenzó a comprender que, así como otros se pavonean y se entonan para hacerse tener miedo, Barbadas producía idéntica impresión haciéndose el zonzo.

Habían los tres comido una tajada de carne con cuero, cortando los bocados sobre la boca misma y usando por turno el regio facón; habían *apretado* la carne con traguitos de aguar-

diente, bebiendo en el chifle, y empezaron una interminable serie de mates amargos, buenos para la digestión, según decía Barbadas.

Por fin éste pareció prestar alguna atención al asunto de Chagas. Se levantó a limpiar el facón dando varias puñaladas en la paja del rancho,

Era un hombre alto y delgado y al parecer de bastante fuerza y mucha agilidad; pero no hacía ningún gesto para admirar a nadie.

Pidió a la china que lo servía la piedra de amolar y se puso a asentar en ella el filo de su arma, como si pensara afeitarse con ella, y dijo a modo de explicación:

—¡Gaucho perdido el que se deja pillar con el flete desensillado o con el cuchillo vil!... Por lo visto, amigo Chagas, ese trabajito suyo dará juego para varias noches; porque si al de la reja le da por faltar a la cita, habrá que tener paciencia y aguardar una y otra noche, que le vuelva la sed de amor y *baje al agua.*

—No hay otro remedio, — respondió el mulato. — Pero tales como están las cosas no creo que el mozo tarde mucho en caer al jagüel.

—¿Y quién es el mozo?

—¡Vaya uno a saber!

Volvieron a quedarse callados los tres, hasta que Monteagudo impaciente preguntó a Barbadas si los acompañaría y en qué condiciones lo haría.

La dureza de la pregunta pareció molestar al gaucho, que clavó sus negros ojos, sagaces, en el hermoso rostro del joven. Permaneció en silencio todo el tiempo que le plugo, y al fin respondió soplando las palabras con displicencia:

—Hay negocios chicos y negocios grandes; éste es negocio chico; pero el que tiene la bandola puesta, lo mismo vende un peine de un real que un reloj de veinte duros. Y en tratándose de su señoría, que es tan buen patriota, he de servirlo sin interés de ninguna clase. A lo más le voy a pedir que reponga lo que perderé al servirlo...

—¿Qué cosa amigo?

—Su señoría ha visto mi facón... Dicen que es bueno y que vale tanto o cuanto. Yo no sé, pero le tengo cariño, me ha sacado bien de muchos trances apurados y me sirve para ganarme honradamente la vida. Pero es el caso,

que en cada trabajo de éstos, se me estropea el cabo que es de plata y tiene una onza de oro puesta a propósito para que no se resbale el puño. Después de estas funciones tengo que mandarle poner cabo nuevo, y no pido más que me lo costee, señor *dotor*.

Y el gaucho se sonrió levantándose y desde la entrada del rancho, con ademán hospitalario, que podía tomarse por una invitación o por una despedida les dijo:

—Y ya que hemos hablado, si quieren dormir la siesta...

Quedó fijado el lugar y la fecha del encuentro y Monteagudo con su sirviente volvió a buscar el sendero que lo conduciría fuera del inaccesible "hueco de los Ejercicios".

Y una vez que dieron con él, tomaron por el fondo del zanjón, donde se refugiaban los pájaros, huyendo del calor de medio día, y donde zumbaban enjambres de abejas silvestres que buscaban flores.

X

Los dos mejores soldados del rey

A eso de las tres de la tarde, Myriam despertaba a su padre, que dormía la siesta en un rincón del tercer patio, sombreado por una higuera, cuya ramazón se extendía por arriba de la tapia y caía sobre la solitaria calle de Santa Teresa.

No llegaba hasta allí ningún rumor, a no ser el cacareo de las gallinas de la huerta o el balar de los terneros en el corral. Podían, pues, hablar sin que nadie turbara su coloquio ni oyera sus palabras.

Myriam iba con un anafe de barro lleno de brasas, para cebar mate a su padre, que en sus muchos años de América, habíase apegado a esta costumbre criolla.

En la tarde del domingo, antes que fuera su hija, ya él la aguardaba sentado en el catre de lona, y cavilando sobre lo que tenía que decirle.

Optó por entrar de lleno en la cuestión y contó a la niña lo conversado esa mañana con su tonudo amigo don Martín.

Myriam presentía la conversación y no manifestó ninguna sorpresa, ni respondió palabra, cuando él le dijo que esa tarde los visitaría Alzaga, para saber su respuesta.

Estimulado Altolaguirre por la tranquilidad con que Myriam escuchaba sus palabras, empezó a explicar entusiastamente las ventajas de una alianza entre las dos familias.

Miró primeramente a su alrededor. El gran patio encerrado entre la galería de tejas y las tapias, estaba del todo solitario.

Las palomas se espulgaban al sol sobre el tejado y las gallinas, acostumbradas a la presencia de aquellas dos personas, en el rincón de la higue-

ra, se evadían de la huerta e iban a picotear al rededor del horno, donde siempre encontraban algunas migas de pan, del último amasijo de doña Casilda.

—Puedes estar segura, Myriam, — susurró Altolaguirre,—de que antes de medio año los españoles seremos otra vez dueños de la ciudad y del virreynato.

Myriam probó el mate que cebaba, lo halló bueno y se lo brindó a su padre, el cual prosiguió:

—Para ese tiempo, nuestro amado monarca Fernando VII, estará libre de la cautividad en que lo mantiene ahora el infame Bonaparte y proveerá los negocios del Río de la Plata. Tendrá que nombrar un virrey, puesto que Elío ha renunciado, y el nombramiento recaerá en personaje de arraigo y posición, y nadie más indicado para esa dignidad que nuestro amigo Martín... ¿No lo crees tal?

—Sí, señor.

—¿Piensas que el rey pueda poner los ojos en otro?

—No, señor...

—¿Por qué estás tan taciturna y callada, Myriam?

La niña permaneció sin responder, y él le tomó blandamente la mano y continuó labrando sus castillos en el aire, y describiéndole la magnífica existencia que llevaría cuando fuese la nuera del virrey.

—Ahora, mi padre, nada me falta de lo que deseo, observó ella.

—Porque eres modesta y no pretendes más de lo que sabes que te pueda dar. Pero entonces no tendrás que andar fijando límites a tu ambición. Buenos Aires será, después de Lima, la ciudad rica y noble, en que la vida pasará como cuento de hadas. ¡Y quién sabe si Buenos Aires no llegará a ser más que Lima, y si andando el tiempo, y siendo Martín entrado en años, no recaerá en su hijo el cargo de virrey...! ¿Myriam, has pensado, ni en sueños, ser virreina? ¡Myriam! ¿qué es eso, hija mía? ¿Lloras? Ya adivino la causa de ese llanto: te emociona el saber que esta noche vendrá el noble y severo don Martín de Alzaga, vestido de negro, según anda siempre, a pedir oficialmente tu mano...

Pero antes de la noche, esta misma tarde vendrá para cerciorarse de tu respuesta. Y necesario es esto, porque habiendo dicho yo que sí, tú, hija mía, no dirás que no... ¿no es verdad?

Myriam quedó callada, desmenuzando maquinalmente un bizcocho, para una gallina que picoteaba las migas en la tierra.

Altolaguirre se alarmó del silencio de su hija y volvió a cogerle la mano.

—¿Qué respondes? ¿quieres ser la esposa de Cecilio de Alzaga? ¿no es cierto que sí?

—No, señor, — respondió Myriam suavemente, sin suspender la operación en que sus dedos se entretenían nerviosamente.

Altolaguirre pareció no haber oído o no comprender la respuesta.

—¿Has dicho que no?

—¡Sí, papá! — exclamó ella amedrentada de su propia energía. — He dicho que no, perdóneme si no confirmo lo que usted ha prometido; pero no puedo ser la esposa de Cecilio de Alzaga...

Altolaguirre no acababa de entender, y repitió las inauditas palabras:

—¿Tú, no confirmas lo que yo he prometido?

—No, señor.

—¿No puedes ser la esposa de Cecilio de Alzaga?

—No, señor.

La cólera de él se revelaba en la desacostumbrada palidez de sus mejillas. Ella también estaba pálida: nunca en su vida, se había atrevido a contradecir a su padre.

Un momento creyó que él iba a golpearla, porque era un hombre sanguíneo, pronto a cegarse de cólera, y agachó la cabeza y sintió una especie de alivio en ser castigada por su rebeldía. Pero él no la tocó. Se había levantado y se sentó de nuevo, y se puso la mano sobre la frente, como quien desea alejar un mal sueño.

Al cabo de un rato, más sereno ya, le preguntó:

—¿Y por qué no puedes casarte con Cecilio?

Mil maneras de contestar a esa pregunta se le ofrecieron a Myriam. Mil evasivas, pretextos y aun mentiras podía aducir, para escaparse de la terrible situación en que le colocaba la ac-

titud de un padre muy amado y respetado, como a la representación de Dios en la tierra.

Y fuese por aturdimiento, fuese porque su severa lealtad repugnaba todo artificio, optó por responder con verdad y sencillez:

—Porque no puedo quererlo...

—Tal vez ahora no, pero más adelante, después...

—No, señor, nunca, porque quiero a otro.

—¿A otro hombre?

—Sí, señor.

De nuevo Myriam creyó que su padre iba a golpearla, pero de nuevo se equivocó, y eso acrecentó su confianza en él, y se atrevió a explicarle, mientras él devoraba sus palabras, lívido y tembloroso.

—Yo no le había hablado nunca de ésto, papá, porque me faltaba ánimo... He hecho mal, sin duda, pero aguardaba la ocasión y no llegaba Después comprendí que no llegaría nunca, porque ese hombre a quien amo es un enemigo del rey.

—¿Un criollo? ¿un revolucionario? — exclamó él, los ojos inyectados en sangre.

—Sí, señor — respondió la joven sencillamente, y él se cubrió la cara y sollozó ásperamente, y Myriam sintió su corazón penetrado de una horrenda amargura, al verlo débil y desolado como un niño, y se arrodilló a sus pies, sin atreverse a tocarlo.

—Yo misma, papá, he comprendido mi culpa y me he castigado. A ese hombre no lo veré nunca más, y trataré de olvidarlo, si Dios quiere y me ayuda... ¿Qué más puedo hacer? Y serviré al rey de España, con todas mis fuerzas y con mi sangre... Dígame usted, señor, qué más puedo hacer, y trataré de hacerlo, como no sea el fingir amor a quien no puedo amar.

—¿Ese hombre... cómo se llama? — preguntó él sin mirarla.

—¿Para qué quiere saber su nombre, señor, si no he de verlo más?

—¿No quieres, tampoco decirme su nombre?

Myriam permanecía arrodillada, baja la cabeza, las manos juntas y no respondió.

Altolaguirre sintió una viva irritación ante la terquedad de su hija, la sacudió por el brazo y volvió a preguntarle:

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Soy débil y soy mujer, señor, — contestó humildemente Myriam, — pero soy de su sangre y he aprendido de usted la fuerza de callar, aunque me cueste la vida. Si ahora yo, por temor o halago, me dejara vencer y nombrara al que no debo nombrar, usted tendría derecho de sospechar de mí y de pensar que el temor o el halago pueden arrancarme otros secretos... Si no fuera como soy, no sería su hija.

Junto con la cólera que lo sacudía, sintió Altolaguirre una ternura inmensa. ¡Aquella muchacha era indudablemente de su estirpe y de su raza, tenaz hasta la muerte y no en balde había puesto su confianza en ella!

Intimamente se confesó vencido, pero dejó pasar un largo rato, para recobrar su sangre fría.

Myriam que continuaba arrodillada, como una pecadora que se acusa, apoyó la frente en el catre y permaneció de ese modo, hasta que él, le acarició los cabellos y le dijo con dulzura:

—Levántate, hija mía...

Como se rompe un dique, se rompió entonces la fortaleza de ella y se echó a llorar. Su padre la

consolaba con la única palabra que atinaba a pronunciar:

—¡Bueno, bueno!... — y seguía palmeándola amorosamente.

Doña Casilda sorprendida de la tardanza de su marido, acudió en su busca, llevando en un platillo algunos casquitos de un dulce de zapallo, que acababa de sacar de la paila, para convidar esa noche a su ilustre pariente don Martín de Alzaga.

Cortó con una cucharita de plata un bocadillo y ofrecióselo a Altolaguirre.

—Todavía está tibio — se apresuró a explicar, — tengo miedo de haberlo sacado de la paila antes de tiempo, porque quiero que se enfríe para esta noche. Es el dulce que le gusta a Martín.

Altolaguirre apartó el obsequio.

—Puedes tenerlo en la paila todo el tiempo que quieras, mujer, porque Martín no vendrá esta noche.

—¿Cuando vendrá, entonces?—preguntó doña Casilda inquieta, porque para ella era un sueño dorado el casamiento de su hija con Alzaga.

Ni su marido ni su hija se apresuraron a contestar, hasta que Altolaguirre con un resto de encono ordenó a Myriam:

—¡Explícale, hija!

Myriam explicó entonces brevemente a su madre que no se casaría con Cecilio de Alzaga, porque no lo quería.

Doña Casilda despavorida dejó caer el platito con el dulce, y levantó los brazos al cielo:

—¡Jesús, hija, qué disparate! ¿Quién te ha dicho que es necesario querer a un hombre para casarse con él? ¡Son los hombres los que necesitan estar enamorados antes de casarse! Las mujeres no. ¿Acaso lo quería yo a tu padre cuando me casé con él? ¡Nada de eso! Hasta me parecía de posición inferior a la mía. Yo era sobrina nieta de un coronel de la guardia de Su Majestad, y él no era más que un hijo de buenos y laboriosos labriegos, nada más. Pero el amor de las mujeres, viene después del casamiento... Que él te diga, hija mía, si no lo he querido bien, con toda el alma... ¡Dilo tú, Santiago!

Cuando ella creía haber hecho un argumento

decisivo, observó la apesadumbrada, pero firme actitud de su hija y oyó a Altolaguirre:

—¡Ya la he hablado yo! ¡no hay nada que hacer!

Doña Casilda meneó la cabeza desesperadamente, recogió los trozos del platito y en medio de las lágrimas que nublaban sus ojos examinó los bordes de la porcelana rota, y murmuró para sí: — Se puede componer con clara de huevo y cal, — y se alejó suspirando. Su marido la siguió y en el tercer patio quedó sola Myriam.

Había ganado una terrible, inaudita victoria y sentíase cansada y triste, como si hubiera empleado toda su energía, en asolar su vida para siempre. Había dicho refiriéndose a su amado: "A ese hombre no lo veré nunca más", y dudaba si podría cumplir tal palabra. No dudaría, si sólo se tratase de alejarse ella y de sufrir. Pero estaba él de por medio, él, a quien tres días antes había hablado con la dulzura y la autoridad de una novia, él, que concluiría por vencer todos los obstáculos que ella le opusiera y la encontraría y la hablaría.

Myriam quería que su padre no supiera nun-

ca que ese hombre era el capitán Zavaleta, temerosa de que algún día en su presencia estallara la terrible cólera del fanático realista, desarmado esa tarde por su dulzura. Un incidente entre los dos sería la muerte del uno o del otro, porque si el uno pelearía enardecido por su odio contra los americanos, al otro le cegaría el resentimiento de su noviazgo desbaratado injustamente y de su amor sin esperanzas.

En aquel tercer patio, bajo las umbrosas ramas de la higuera y en la tapia que daba a la calle de Santa Teresa había una puerta falsa, antes usada para introducir leña y forraje, y abandonada después, a causa de lo difícil que las lluvias y la invasión de los yuyos hicieron el tránsito por esa calle.

Hacía un buen rato que la joven estaba a una vara de aquella puerta, absorta en sus reflexiones sin prestar atención a ciertos golpecitos quedos y singulares con que alguien llamaba, impaciente y cauteloso a la vez.

Eran ya pasadas las cuatro de la tarde, hora en que la ciudad empezaba a sacudir el sopor de la siesta.

El que hacía señales del otro lado de la tapia, debió resignarse a no ser atendido, o debió buscar otra manera de entrar en la casa, porque cesaron los ruidos. Pero de pronto crujieron las ramas de la higuera, y antes de que Myriam alzara los ojos, un hombre que avanzaba a horcajadas entre el follaje, soltó las piernas y sin más ceremonias cayó delante de la muchacha y se cuadró militarmente, haciendo la venia:

—¡A la orden, mi capitana!

—¡Sargento Chaparro! ¡qué imprudencia! ¡en pleno día saltando tapias!

—¿Y qué más iba a hacer, niña mía, si hace una hora que estoy llamando en esa puerta, y mi señor don Santiago, que quedó de abrirme se ha olvidado de mí y me ha dejado en la calle?

—¿De veras, le dijo que viniese por allí?

—El mismo fué hasta la caleta de los Barbones, en volviendo de la misa de Barracas y me ordenó que a la siesta, hora en que no se ve un alma en todo Buenos Aires, trajéramos la ballenera hasta el fondeadero de enfrente, porque de un momento a otro puede necesitarla, y conviene tenerla próxima. Y para evitar el riesgo de que

algún curioso meta las narices en la barca y me descubra, me mandó que no bien fondeáramos, trepara la barranca, cruzara la Alameda si no había gente, y viniera a llamar a esta puerta, donde él estaría para hacerme entrar y esconderme.

—¡Gracias a Dios que ninguno de los criados lo ha visto!

—¡Sí, de buena me escapé! Gracias a Dios que me ha hecho tan largo que empinándome un poco, alcancé a agarrar las puntas de las ramas de esta bendita higuera. No pensé que me sostendría... Por lo visto, los pocos garbanzos que me deja Fray José de las Animas en su escudilla, después de llenarse él bien, y el vivir en la oscuridad entre barriles de pólvora y tercerolas realistas, me han alivianado la grasa, sin quitarme las fuerzas.

—¿Mi padre prepara otra salida entonces?

—Así parece, por las órdenes que ha dado.

—¡Otra salida! — pensó Myriam. — Acaso esta vez no los acompañaría la suerte y serían descubiertos en la costa de San Isidro. ¡La muerte inexorable para todos! Y para ella, ade-

más, la vergüenza de ser hallada traidora a la tierra en que había nacido.

Y bien podía ser que el capitán Zavaleta mandase también la patrulla que los apresara, como mandara la que apresó días antes a los infelices marineros, fusilados sobre el tambor.

¡Bah! No había para Myriam angustia ni violencia comparables a las sufridas al decir que no, dos veces a su padre, anegándolo en un áspero llanto de indignación y de pena.

Para quien había soportado eso, cualquiera otra amargura sería menor.

Tendió bruscamente la mano al sargento que la contemplaba con maliciosa sonrisa:

—¡Bien, mi sargento! — le dijo sacudiéndole la vigorosa diestra, con la suya llena de fuerza y de gracia. — Usted y yo somos los mejores soldados del rey, en América. ¡Venga! Voy a esconderlo en la despensa, donde nadie entrará y donde yo he estado presa una vez... ¿sabe por qué? ¡Parece mentira! ¡por patriota! ¡Qué locura es la vida! Antes patriota, más patriota que el general Belgrano; ahora realista, más realista que

el capitán general Vigodet... ¡Venga mi sargento!

Fué una explosión de palabras entre alegres y amargas, una manifestación del embravecido mar que eran los pensamientos de aquella mujer.

—¡Venga Chaparro! — dijo por tercera vez con energía, pero Chaparro no se movió y siguió mirándola con malicia y tristeza a la vez.

—Mi vida es suya, niña Myriam, — le dijo. — Y puesto que es suya, sólo usted puede disponer de ella. Y sin embargo, yo daría mi vida, por saber en qué ha estado pensando usted hace un momento...

—¿Y para qué querría saberlo?

—Para decirle lo que debe hacer.

—¡Qué pretensión! ¡Usted, sargento, va a enseñarle a su capitana lo que debe hacer! ¡Cállese y venga conmigo!

Chaparro la siguió, meneando la cabeza y diciéndose por lo bajo que los dos mejores soldados del rey en América eran los dos corazones de patriotas más templados que tenía Buenos Aires, lo cual no los libraría ciertamente, de ser fusilados en la plaza de la Victoria.

XI

La última cita

Esa tarde la hermosa aldeana vasca no apareció en el tambo, y el capitán Zavaleta desde su rincón de la Santa Rita, llamó a Viviana, que lo contemplaba picarescamente y le dijo:

—¿Tu ama sigue enferma, pues no se la ve?

—Sí, señor capitán.

—¿Por qué mientes, Viviana? A lo menos a mí, a quien has dicho que servirías gustosa hasta de cantinera en mi compañía, me debes decir la verdad.

—No se me ofenda, señor capitán; la verdad es que mi ama está buena y sana como su merced... No, como su merced, no, porque tiene trazas de estar triste y mal dormido... Como yo, aunque sea mala comparación.

—¿No ves? ¿Entonces por qué no la vemos ya?

—¡Esto sí que no está en mi baúl, señor capitán!

—¿Te animas a llevarle una carta mía y a traerme ahora mismo la respuesta?

La muchacha miró a su alrededor. Mucha gente había ya en el tambo, pero cada cual se preocupaba de sí, y no estando Chagas, otros ojos no la miraban a ella, con tanta pasión que pudieran advertir el disimulado traspaso de un papel.

—Déme esa carta, señor capitán, si no es muy grande.

—¡Es pequeña, toma! — exclamó el capitán deslizando la carta y un duro de plata en el bolsillo de la chica. — ¡Quédate con el vuelto y tráeme pronto la respuesta!

La carta decía así: "En vísperas de partir, la

busco y me dicen que está enferma. Sé que esta mañana oyó misa en Santa Lucía y doy gracias a Dios por su buena salud, pero mi corazón se ha llenado de recelos y de amarguras. Myriam amor mío: esta noche llegaré hasta su ventana, para que me diga lo que ocurre, alegre o triste. Cualquier cosa es cien veces mejor que la horrorosa duda en que me deja.

"De tal manera que si esta noche no se abriera su ventana, mañana visitaría a su padre para pedirle su mano antes de partir. El me contestará que sí o que no... Myriam, luz de mi camino y de mi corazón consentirá en oirme y en hablarme esta noche?"

Desapareció la mensajera y el capitán se quedó mordiendo, impaciente y angustiado la borla de su tahalí.

—"¡Cualquier cosa — decía la carta, — es mejor que la duda!" ¡Mentira! Había hablado su amor propio y no su corazón. Veíase tan irremediablemente enamorado de aquella mujer, que preferiría vivir hundido en una interminable noche tenebrosa, creyendo todavía en ella, a saber de cierto que ya no había esperanzas para él.

Estaba solo y miraba al suelo, con tenacidad, resuelto a no levantar los ojos hasta que sintiera el fru fru de la pollera de Viviana, ya que sus pasos no los sentía porque ella andaba descalza.

Oyó de pronto la melosa voz de don Ginés que solía echar flores a la muchacha:

—Paraguayita de mis sueños, ¿qué cosa es más dulce que la miel de la caña? — y la terminante respuesta de ella:

—¡Vaya con la pregunta de su merced! Más dulce que la miel de la caña es el vaso de apoyo, que le voy a traer en cuanto le dé el vuelto al señor capitán.

Llegó la indiecita levantando sobre su cabeza la bandeja de plata, donde entre algunas monedas en que se había transformado el duro, veíase un pétalo de camelia.

—Lea, mi señor, esa palabrita que ella misma ha escrito con la punta de un alfiler en esa florecita.

—Ya te dije, — respondió el capitán para disimular su turbación, — que te quedaras con el vuelto.

Recogió de la bandeja aquella singular misiva. La blanca, suave y tierna hoja tembló entre sus dedos: en un piquito de ella encontró la ansiada respuesta picada con un alfiler: "Sí".

¡Y nada más! Pero en aquellas dos letras cabía el mundo para el ilusionado amante, que abandonó su sitio y cruzó por la Alameda, y vió y saludó a sus conocidos, con el espíritu ausente, como en una visión de sonámbulo.

Al entrarse el sol, se levantó del mar una noche dulcísima, y envolvió la ciudad en un manto azul y delgado, que permitía ver cómo se iban encendiendo en el cielo profundo, las áureas lamparitas de las estrellas. Traía los pies y el borde de su veste, mojados por el beso de las olas, y esa humedad aplacó el polvo de las calles y abrió las flores en las tinas de los patios.

No se movía una hoja en las huertas, que exhalaban un perfume nocturno y tropical, y el río como una chapa sin límites, de mármol negro, relucía quieto y mudo, al pie de la barranca, bajo las estrellas palpitantes.

Las once dieron en el reloj del cabildo.

El capitán Zavaleta no estaba en el cuartel,

pues no quería que sus soldados advirtieran sus paseos nocturnos. Estaba en una casucha de unos amigos pobres, del barrio de la Merced, y desde allí, cuando oyó tocar las horas, salió ocultando el uniforme y la guitarra bajo un amplio capote.

No iba como otras veces con el paso liviano de quien va a la dicha. Sentía una angustia mortal. Tenía un presentimiento indefinible y asfixiante. Lo perseguía el recuerdo de hechos nimios, en que no había parado atención, y que ahora se enganchaban unos con otros, y adquirían un significado grande y triste.

—¡Myriam no es ya la de antes! — pensaba. — ¿Pero quién me la ha cambiado? ¿Y por qué si no es la de antes, me habló con tanta ternura la otra noche, y ahora me aguarda? ¿Duerme, talvez, y la voy a despertar yo con mi canto?

No, Myriam no dormía, agonizaba de penas, con el oído pegado a la juntura de su ventana cerrada. Desde las diez de la noche estaba allí, acechando los pasos de él, que antes fueron un rumor ligero y venturoso, como las canciones

con que juegan los niños, y ahora resonarían desanimadores y mortales.

Quería que llegase pronto y quería que no llegase nunca. Aceptó la cita porque habiendo partido su padre con el negro Amancio, a negociar otras vacas lecheras en una chacra de Luján, no se le presentaría mejor ocasión de hablar con su capitán, por última vez, sin riesgos de que Altolaguirre intentara averiguar quién era el misterioso cantor de las serenatas.

Su madre dormía lejos de la sala, a cuya ventana con reja asomábase Myriam para dejar caer su jazmín.

¡Nunca, nunca más volvería a hacerlo!

A eso de las diez Myriam, creyó dormidos a todos, y se levantó descalza y cruzó furtivamente el patio, y abrió la pesada puerta de la sala, que rechinó en sus goznes.

Viviana la sintió y la siguió y la vió arrodillarse acongojadísima delante de la Virgen de la Merced, alumbrada en su rinconera con una mariposita de aceite. Después de orar sentóse la niña en el estrado de la ventana, para escuchar los ruidos de la calle.

También la indiecita convenía en que el cariño de su ama había cambiado. Curiosa por saber los motivos de tal cambio se puso a espiarla, pero como pasó media hora sin que nada ocurriera, empezó a cabecear y luego se durmió con el sueño pesado de la juventud.

El sereno pasó cantando las once, y el silencio fué espesándose detrás de su voz que parecía el postrer ruido del mundo. Era un silencio inquietante, como si todas las cosas, aún las cosas inertes, estuvieran vivas, conteniendo las corrientes de sus vidas extrañas, espiándose unas a otras y aguardando un momento propicio.

En el silencio y la soledad, Myriam sentíase acompañada por la mariposa que chisporroteaba humildemente delante de la Virgen, cuyas manos se abrían derramado torrentes de gracia sobre los hombres.

—¡Virgen de mi alma!—exclamó juntando las suyas en una fervorosa oración. — ¡Yo misma no sé lo que debo pedir!... Te pido solamente que a él y a mi padre los libres de todo mal...

Sonaron las cuerdas de una guitarra y una voz cantó un dulcísimo yaraví desde uno de los

bancos de la Alameda, en donde el cantor se hallaba sentado sin duda. Y Myriam que absorbió con todos sus poros las tiernas y tristes palabras se alegró con una complicada e impetuosa alegría, de la que bebió su alma como quien bebe a saciarse de una agua turbia.

Porque en aquel yaraví se hablaba de alguien que iba a partir y que tal vez no volvería...

¡Extraño sentimiento el suyo!

¡Lo que en aquellos tiempos desgarraba el corazón de las madres, de las esposas y de las novias, la partida de un oficial o de un soldado a la guerra, era para ella un consuelo!

La paz había huído de su corazón y el sueño de sus ojos, desde que vió posible que su padre y su novio se encontraran frente a frente, en filas enemigas, o lo que era peor que al uno se le encargase capturar y fusilar al otro.

Y ese anuncio del canto, sacábala de su tortura. Su capitán iba a alejarse de Buenos Aires, y como ella no lo vería más, no necesitaría para explicar su desvío, cargarse con la sacrílega mentira de decirle que ya no lo amaba.

El triste yavarí, la hacía llorar con un llanto

inefable, que brotaba de una aguda pena, pero no de un pecado.

La ardiente y simpática voz del capitán, cantaba así:

—Me voy, mi amada, a la guerra,
Entre sonriendo y llorando.
¿Quién vivirá padeciendo?
¿Quién morirá recordando?

La melancólica tonada peruana, que se acostumbraba a cantar en los salones con salterio o vihuela, no perdía su recóndita amargura al desprenderse de las cuerdas de una guitarra. Verdad es que el capitán Zavaleta era salteño y había penetrado el alma del yaraví, oyéndolo a los indios, al són de la misteriosa quena. En la primera estrofa hablaba él; en la segunda contestaba ella, volvía después a hablar él, y era de ella la postrera lamentación.

—¡Mírenlo, cómo se ha ido
La mañanita de ayer!
¡Ojos que lo vieron ir
Nunca lo verán volver!

—Río que bajas al mar
Lleva a mi amada, si es buena,
Este llanto de mis ojos
Y esta sangre de mis venas.

—Llorando me he estado hoy,
Llorando paséme ayer,
Ojos que te vieron ir
¿Cuándo te verán volver?

Myriam había entreabierto el postigo, y puso la ardorosa frente sobre el cristal y dejó correr sus lágrimas sin medida.

El canto cesó y ella no tuvo alma de permanecer como una enemiga. Corrió a la rinconera de la Virgen, a cuyos pies había un florero, robó un hermoso jazmín, abrió su ventana y lo dejó caer sobre la acera.

El acudió antes que huyera la mano caritativa, se apoderó de ella y la besó con frenesí.

—¡Y yo pensaba que ya no era la misma de antes! ¡Que me la habían cambiado! — exclamó al besarla, y no alcanzó a decir más.

Entre los tunales de la tenebrosa calle de

Santa Teresa resonó una carcajada y una palabrota, y la ventana se cerró con un repentino temor.

—¡Ahijuna! ¡Aura te vamos a ver la cara!

Junto con la carcajada, tres hombres se arrojaron sobre el desprevenido capitán, que apenas tuvo tiempo de hacerles frente, recostándose contra la pared.

El amplio volado de hierro de la ventana, lo salvó del primer choque. A la luz del agónico farolito de la esquina, vió cabrillear la hoja de un facón, pero el brazo del agresor, se enredó en la reja.

—¡Maldita reja! — exclamó Barbadas, cuya voz reconoció el capitán Zavaleta, pues en una ocasión había peleado contra él, mandando una patrulla.

—¡Bandido! — le gritó. — ¡No te voy a dar el gusto de morir en tus manos!

—¡Es un criollo el amante! — dijo Monteagudo al oído de Chagas.—¡Habría preferido que fuese un maturrango!

—Eso no lo aflija, mi señor: lo que importa es limpiar la reja.

Zavaleta sin distinguir las palabras, oyó la conversación y en són de desafío les gritó:

—¡A esos dos también debo conocerlos, puesto que bajan la voz!

Se envolvió el brazo izquierdo con la capa, se cubrió con él para alejarse del muro y desenvainar su espada, y atropelló gallardamente.

—¡Qué importa que su señoría sepa mi nombre, si no va a hablar más!—replicó Chagas, a media voz siempre, y se deslizó a ras de la pared, puñal en mano, "buscándole el costillar" según los sabios consejos de Barbadas.

Pero el capitán Zavaleta había saltado en medio de la calle, era un temible esgrimista y su espadín una verdadera arma de combate. Barbadas apenas tuvo tiempo de libertar su facón y de esquivar una estocada ladeándose.

Monteagudo maldijo a sus compañeros que no podían pelear callados y armó una pistola, para usarla en último caso, pues el estampido podría atraer al sereno, y a fin de apurar el desenlace, dijo al oído de Barbadas:

—¡Que no se diga compañero que le ha entrado miedo al ver que es un criollo!

El gaucho largó una risotada y un gran alarido y arremetió, la zurda en alto, y la derecha recogida, empuñando el vibrante facón. Una, dos, tres veces la espada de Zavaleta se dobló sobre el recio poncho cordobés que el bandido se había liado el brazo izquierdo, y la fracción de segundo que perdió el uno al enderezar su arma la aprovechó el otro ganándole el costado.

Zavaleta quedaba así, como entre los dientes de una tenaza, que iba a cerrarse y triturarlo.

Con un repentino molinete ensanchó el temible círculo.

La calle era absolutamente solitaria, pero la ronda podía pasar dentro de un cuarto de hora. ¿Resistiría él todo el tiempo?

Posible era, manteniéndolos a raya y retrocediendo un poco, de tanto en tanto.

Dió un paso atrás y sintió rechinar bajo la bota la arena de la orilla.

¡Había olvidado que tenía el río a la espalda!

No podía ver a qué distancia, pero juzgando por la acera de enfrente, conoció que el filo de la barranca estaba a uno o dos pasos, nada

más. Y comprendió la táctica de sus enemigos, llevarlo hasta allí, y hacerlo elegir entre caer al río o morir bajo sus puñales.

—¡Aura es la nuestra! — exclamó triunfalmente Barbadas.

—¡Todavía no, *Mater Christi!* — replicó un vozarrón alegre y una sombra gigantesca se les echó encima.

Resonó una mortal cachetada, y Chagas rodó con los dientes rotos, entre el polvo de la Alameda, y antes que Barbadas se volviera hacia el nuevo, inesperado, formidable enemigo, ya éste lo tenía abrazado por los riñones, doblado en dos, y lo arrojaba como un saco de lana, barranca abajo.

¡Plaff! hizo el agua, y un estremecimiento corrió por la bruñida superficie del mármol negro, donde se miraban las estrellas.

Monteagudo había desaparecido.

En un instante la calle quedó limpia de bandidos, y Zavaleta vió aquella alta figura que se paseaba sobre el filo de la barranca, escudriñando el suelo, como quien ha perdido algo.

—¡Vive Dios! — exclamó acercándosele con

los brazos abiertos — Yo sólo sé que haya un hombre capaz de esta hazaña...

—¡Por favor, no me nombre, mi capitán! — interrumpió el sargento cuadrándose.

—¡Gracias, compañero!

—¡Bah! A quien debe agradecerle es a la niña Myriam. Le confieso que si no se le ocurre ir a mi rincón, a hacerme saber que aquí estaban haciendo falta un par de letanías... todavía seguiría durmiendo... *¡Rosa Mística!* ¡Estrella de la mañana!

—¡Ella! — exclamó Zavaleta embelesado — ¿ella lo despertó?

—Sí, mi capitán, y ella después se lo explicará. Yo le pido permiso para retirarme, porque va a pasar la ronda y ahora no tengo capucha de fraile.

Zavaleta lo abrazó y el sargento que no había dejado de mirar al suelo halló lo que buscaba, se agachó y dijo:

—Con su abrazo y *esto otro*, estoy pagado de sobra, — y recogió de entre el polvo el rico y legendario facón de Barbadas y agregó con indiferencia: — Si no sabe nadar el dueño de

esta joya se habrá ahogado; y garanto que al otro no le han quedado dientes ni para comer cuajada.

De nuevo se abrazaron el capitán y el sargento, y cada cual tomó por su lado, a tiempo que los soldados de la patrulla aparecían bostezando por la esquina de la calle de San Nicolás.

XII

Luis en la quinta de Alzaga

La mala suerte de las armas patriotas, no terminó el año 1811.

Al comienzo del 12 llegaron a Buenos Aires relatos de novedades que ensoberbecieron a los realistas y descorazonaron a los porteños.

El día 6 de enero el general Vigodet declaró roto el armisticio, fundándose en que el coronel Artigas, acampado en el territorio de Misiones, seguía hostilizando a los españoles de la Banda Oriental.

Junto con esa noticia, traída por una goleta que abordó en Olivos, don Martín de Alzaga recibió pliegos en que le comunicaban que el general portugués don Diego de Souza, auxiliaría a los realistas de Buenos Aires con seis mil hombres, que transportaría la escuadra del Rey.

No dejaban los españoles de recelar de aquel imprevisto aliado, pues hacía un año que el ejército portugués espiaba una oportunidad para salvar la frontera de Río Grande y penetrar en la codiciada y rica provincia oriental.

Pero si don Diego escondía ese designio al ofrecer su ayuda, Vigodet y Alzaga pensaban que una vez reconquistada Buenos Aires, tendrían fuerzas para echar a los portugueses de la Banda Oriental, como habían echado a los ingleses del Río de la Plata y a los criollos del Fuerte.

Si la noticia del armisticio violado fué mala para los porteños, las que vinieron después fueron peores.

El 12 de enero los restos del ejército del Alto Perú, mandados por Díaz Vélez, intentaron un ataque a la vanguardia de Goyeneche, y sufrie-

ron una penosa derrota en el pueblo de Suipacha, tanto más penosa cuanto que los españoles se la infligieron sin experimentar ninguna pérdida; y cinco días después, en la aldea de Nazareno los vencieron de nuevo y los pusieron en fuga.

Sin que estas dos acciones fueran un gran espectáculo militar, como otras batallas de la época, tuvieron enormes resultados políticos. Los soldados argentinos retrocedieron hasta Humahuaca y aquellas vastas provincias del Virreinato, se perdieron para siempre.

Los valientes cochabambinos que se insurreccionaron haciendo causa común con el Plata, cayeron bajo la sangrienta cólera de Goyeneche, y de aquellos pueblos invadidos y sacrificados, que entonces formaban parte de nuestra nación, levantóse un grito de dolor y de protesta contra Buenos Aires, cuyas tropas huían presas del pánico.

Las provincias del norte, Salta y Jujuy, barreras inexpugnables hasta entonces, por la fuerza de su heroísmo más que por sus recursos, cansáronse de su estéril sacrificio.

Creían que nada podían aguardar de Buenos

Aires, cuyo gobierno se debatía en la impopularidad y en la discordia.

Los morenistas atacaban a Rivadavia, el alma del Triunvirato, porque en vez de gobernar con ellos, según habían esperado, gobernaba con los saavedristas; y en el agrio tumulto de las pasiones políticas se ahogaba el lamento de las provincias bañadas en sangre y hasta la voz severa de la patria.

De tal modo cundió el desaliento, que se juzgó inútil prolongar la lucha, se maldijo la guerra y se deseó el arribo triunfal de Goyeneche, que significaba la paz; y muchos americanos creyeron llegada la hora de congraciarse el ánimo del vencedor, trabajando por la vuelta del país a la obediencia del rey.

El partido morenista aprovechó la coyuntura y censuró encarnizadamente al Triunvirato que mantenía en la ciudad el ejército traído de Montevideo a raíz del armisticio, y reclamó no solamente el inmediato envío de esa tropa a la Banda Oriental, sino la formación de un nuevo ejército para auxiliar a los pueblos del norte.

No dejaban de pensar los morenistas que si

este plan se cumplía, al desguarnecer a Buenos Aires se les facilitaba un golpe de mano para apoderarse del gobierno.

Ignoraban, ciertamente que Alzaga estaba acechando ese instante, y que no bien las tropas salieran, lanzaría el ¡"viva España y el rey!" que haría alzarse en armas a los diez mil realistas de la ciudad desapercibida y caer sobre ella las cien velas de la escuadra española.

El gobierno vacilaba en satisfacer los pedidos de la oposición, adivinando el doble peligro, pero como no podía abandonar la guerra, mandó a Belgrano con un batallón de tropas aguerridas a formar en Rosario el plantel del nuevo ejército, para la Banda Oriental.

El futuro vencedor de Salta y Tucumán, eligió sus oficiales y llevó consigo al capitán Zavaleta y el anuncio de esa partida, que en otro tiempo habría acongojado a Myriam, la alivió de su espantosa preocupación y le infundió un triste consuelo.

El partió dos días después de la serenata, sin verla más, pero con el alma endulzada por la

nueva prueba de amor que ella le dió salvándole la vida.

En la víspera de la partida, Luis Altolaguirre fué a despedirle.

Encontró al capitán en el cuartel, acomodando su maleta de soldado y le rogó que lo llevara consigo y lo hiciera su asistente.

Zavaleta no se rió de la corazonada del muchacho; mirólo intensamente y bajando la voz le habló así:

—Luis, mi amigo, si quieres defender a tu patria y salvarla, no necesitas salir de Buenos Aires.

—¿Cómo puede ser eso, mi capitán? ¡Los campos de batalla están a cientos de leguas de aquí!

—Así ha sido hasta ahora; pero el mayor peligro de la patria no está en lo que hacen los españoles de la frontera, sino en lo que preparan los españoles de Buenos Aires...

El muchacho dió un salto, y exclamó encendido en ira:

—¡Mi padre es español, capitán, y nadie pue-

de sospechar de su lealtad para con la tierra en que han nacido sus hijos!

Zavaleta puso la mano sobre el hombro de Luis y aguardó que se calmara su patriótica indignación.

—No hablo de tu padre, Luis, porque sé el buen concepto en que todos le tienen y los servicios que ha prestado al gobierno en muchas ocasiones, facilitándole fondos. Aunque español, tu padre es un patriota como Larrea y como Matheu, españoles también, que han comprendido la justicia de la revolución y aman a esta tierra, que quiere ser libre... ¡No, por cierto, no aludo a tu padre cuando hablo de los españoles que cometen el crimen de conspirar, en el seno mismo de la ciudad generosa que los ha enriquecido y los deja vivir en paz!

—¿Y a quiénes alude entonces? — preguntó Luis, y los ojos le chispeaban de ansiedad por conocer quiénes eran los enemigos ocultos de su patria.

Zavaleta hizo un gesto desalentado.

—A nadie puedo nombrar, porque no tengo pruebas contra nadie. Aquellos tres marinos mu-

rieron heroicamente, sin pronunciar un solo nombre, pero las armas que intentaron introducir no eran para venderlas a los cazadores de patos ni a los gauchos matreros, como ellos afirmaron, sino para los realistas de la ciudad. No en balde tenían grabado el escudo del rey. Pero el gobierno ha quedado tranquilo, y aunque yo sigo creyendo en la conspiración, nada podré hacer, porque voy a partir.

Rebuscó en su maleta y extrajo un par de pistolas, pequeñas y de la mejor marca inglesa, y las puso ante los ojos deslumbrados de Luis.

—Yo voy a tener armas de sobra — le dijo. — Si tú quieres servir a la patria, aprende a usar éstas, y guárdalas como un recuerdo mío. Y vive alerta mientras duermen los otros en esta ciudad amenazada.

—¿De veras? — preguntó Luis sin atreverse a tocar las hermosas pistolas y emocionado por la idea de que podrían ser suyas.

—Sí, Luis. Yo no las necesito, pues no son reglamentarias. Guárdalas y no olvides una sola de las palabras que te he dicho.

Luis lo abrazó impetuosamente y le dió las

gracias lleno de entusiasmo, y el capitán, manteniéndolo contra su pecho, para que no adivinara su turbación, le murmuró al oído:

—Sólo a una persona te permito que le cedas estas armas y es a *ella*, a Myriam, porque estoy seguro de que sabría usarlas para defender nuestra tierra.

Luis volvió a su casa y escondió de todos el rico obsequio, aún de su hermana Myriam.

Un obscuro instinto le advertía que a ella no debía participarle aquella conversación. Desconfiaba de ella, sin explicarse la razón, aunque no se atrevía a dudar de su patriotismo.

Belgrano y sus tropas marcharon y Luis se quedó con la sensación extraña de ser el único guardián de aquella gran ciudad en que todos dormían tranquilos.

Ignoraba qué era lo que tenía que hacer y cómo cumpliría las instrucciones de Zavaleta, cuyas palabras repetíase muchas veces al día, para no olvidar una sola.

Aprovechando sus vacaciones, andaba por las calles y las plazas, penetraba en los cuarteles, rondaba por las fondas y los cafés, frecuentados

por españoles, donde se hablaba de política, lo miraba todo y escuchaba cuanto podía para hallar el hilo del complot.

Como las dos pistolas hubieran abultado mucho, dejaba una en su escondite y llevaba consigo la otra, oculta y al alcance de la mano.

Invertía cuánto dinerillo le daban sus padres en pólvora y balas, y no bien podía internarse en alguno de los "huecos" o lugares baldíos y montuosos, solo y a escondidas se ejercitaba en tirar.

Pronto vió que su pulso era firme y su vista certera, y que a cincuenta pasos, como le dieran tres segundos para apuntar, le metería una bala en el ojo al mismo Vigodet.

Más paulatinamente fuése enfriando su celo de guardián de la ciudad.

Era un espía a quien le vendan los ojos y lo sueltan diciéndole: "Averigua lo que puedas".

Todo lo que pudo averiguar, en dos o tres semanas, fué que el gobierno contaba más adversarios entre los mismos criollos que entre los realistas, y que si éstos se alegraban por el sesgo que tomaban las cosas, la culpa la tenían aquéllos que en su afán de denigrar al Triunvirato,

no vacilaban de recargar de tintas negras el cuadro harto sombrío de la revolución.

Llegó a convencerse de que su amigo, el capitán, se engañaba o lo había engañado para no llevarlo consigo y eso lo abatió profundamente y durante muchos días no salió de casa.

Su madre que lo notó aburrido y triste, le dijo una tarde:

—Luis, mi primo Martín de Alzaga tiene varios hijos, uno de tu edad, otros con poca diferencia... ¿No son camaradas tuyos?

—Sí, mamá, son compañeros míos en la escuela.

—Pues ellos pasan veranos muy divertidos en su quinta en Barracas. Tienen caballos y coches, y en la costa del Riachuelo una lancha de pesca. Si tú fueras juicioso y me prometieras no ponerte en peligro, yo le pediría a tu padre que aceptara una invitación de Martín para que vayas a pasar el verano con sus hijos...

Luis se entusiasmó y a la mañana siguiente en compañía de Amancio, que llevaba su maleta, salió a caballo para la quinta de Alzaga.

En el fondo de la maleta había escondido el

estuche de las pistolas con una de ellas. La otra la llevaba en el bolsillo, cargada y cebada, y le bullía la sangre al pensamiento de que pudiera topar en el camino con algún bandolero, que le quisiera asaltar o con algún espía de Vigodet, que intentase penetrar en la ciudad.

A cincuenta pasos una bala en el ojo, y no contaría el cuento...

Por su poca ventura, nada le ocurrió y llegado a la quinta del pacífico y laborioso señor de Alzaga, escondió las armas y hasta ocultó sus fervores patrióticos, que allí habrían parecido inoportunos e insultantes.

Durante los primeros días no hizo más que divertirse con sus camaradas, cabalgando y cazando patos en las lagunas vecinas. Ni una sola vez recordó las palabras del capitán Zavaleta.

Pero un día tuvo una sorpresa que alborotó su imaginación.

Era la siesta, y por orden estricta del dueño de casa, grandes y chicos permanecían encerrados en sus habitaciones, durmiendo hasta que pasaba la hora fuerte del calor.

Luis, acostumbrado a mayor independencia, no

podía dormir y se escapó de su cuarto, y fué a gozar de la perfumada sombra de un naranjal, que se extendía al sur de la casa, hasta donde comenzaban las tierras pantanosas y abundaban las aves acuáticas.

Había por allí un grupo de barracas, destinadas a almacenar cueros, cerdas y sebo, que Alzaga acopiaba en gran escala para exportar al extranjero.

Cerrados desde la revolución los puertos españoles, no podía negociar sino con los pocos buques portugueses o ingleses que burlaban el bloqueo, por lo cual los depósitos se abarrotaban de mercadería, y era necesario construir otros nuevos, para guardar la que seguían enviando los estancieros de la provincia, a los cuales don Martín no daba orden contraria, cual si esperase que de un momento a otro la guerra cesaría.

Las barracas tenían una ancha puerta de dos hojas, por donde pasaba un carro de bueyes, y uno o dos tragaluces enrejados, para mayor ventilación.

Observó Luis, días antes, que la puerta de uno de aquellos depósitos estaba cerrada durante el

día y se abría sólo cuando las sombras de la noche envolvían el naranjal, y eso, que al principio no le llamó la atención, acabó por picar su curiosidad, desde que una tarde, casi de noche ya, vió penetrar a don Martín acompañado de un hombre de alta estatura, a quien no reconoció ni volvió a ver entre la numerosísima servidumbre de la casa.

Al escaparse esa siesta, no se acordaba de tal barracón, pero no bien se encontró bajo la encantada bóveda de los naranjos, en cuyas copas floridas chirriaban millares de monótonas cigarras, se sintió con audacia para echar un vistazo por uno de los tragaluces, que vió abierto.

Se aproximó pasito a paso con la sensación de que iba a descubrir un gran secreto.

El ventanillo estaba fuera de su alcance y Luis se quedó al pie del muro, pensando cómo se treparía para examinar el interior del depósito. Los adobes de la pared estaban roídos desigualmente por las lluvias y podían servirle de escalera. Subió por ellos con algún trabajo y no se arrepintió de su curiosidad.

Allí había un hombre ocupado en engrasar

unos fusiles, de los cuales advirtió una buena cantidad arrimados a la pared.

Aquel hombre era fornido y aunque le daba la espalda, Luis reconoció al que viera entrar con don Martín.

Permaneció un rato suspendido de la reja, conteniendo la respiración y esperando que el otro se moviera en forma que él pudiera observarle la cara, y cuando esto sucedió su corazón latió violentamente.

—¡Yo conozco a ese hombre! — se dijo saltando al suelo en puntas de pie. — ¿Dónde lo he visto? ¡Yo lo conozco! ¡no es un peón cualquiera!

Volvió a su cuarto y se echó en la cama, y no durmió pensando en quién era aquel hombre y tratando de explicarse qué hacía allí, limpiando fusiles a puertas cerradas.

XIII

¿Qué secreto es ése?

Dos o tres días después, repitió la escapada y volvió a asomarse al ventanillo, vió al personaje y no pudo reprimir un movimiento de estupor, al reconocerlo. El otro alzó casualmente los ojos y alcanzó a ver al que lo espiaba. También en la cara de él se pintó un inmensa sorpresa.

—¿Usted, *Rosa mystica?*—exclamó saludándolo afectuosamente con la mano.

Luis se descolgó de su observatorio y quiso huir; pero la puerta se abrió instantáneamente

y antes de que diera un paso encontróse frente al que limpiaba los fusiles.

Ambos se quedaron mudos en el primer momento. Luego el hombrón soltó una alegre carcajada.

—*Virgo prudentissima!* ¡qué confusión la que he padecido! Disculpe caballerito mi pregunta: ¿qué es lo que deseaba ver su merced trepado allí?

Aunque el tono parecía afectuoso, el gesto con que venía acompañada la pregunta demostraba a Luis que el asunto era serio, pues su brazo quedó aprisionado en la potente manaza de aquel hombre que juraba en latín, como si fuera un discípulo de fray José de las Animas.

No atinando qué inventar para justificar su espionaje, nada contestó y el limpiador de fusiles echó otro juramento de la misma laya:

—*Turris davidica!* Vamos a preguntarle al señor don Martín si él les da permiso a sus huéspedes para que, a la siesta, le anden huroneando los rincones de la casa.

Luis se puso pálido. Lo que menos deseaba era que don Martín de Alzaga se enterase de que él

era un curiosillo malcriado. El bravío señor montaría en una espantosa cólera si llegaba a saber que el secreto de sus fusiles había sido descubierto.

No pudiendo disculparse ni huir, se resolvió a hacer frente, y con voz entera dijo:

—Si usted se atreve a denunciarme, yo le denunciaré a usted.

—*Regina angelorum!* ¿y qué va a decir su merced de mí, si yo cuento que lo he pillado espiando por esa ventana?

—Voy a decir que esta casa de gente bien, no debe servir de refugio a un condenado a muerte.

Aun bajo la sombra de la barba renegrida se advirtió la repentina, intensa palidez de aquel hombre; pero sus nervios eran muy templados y no tardó medio segundo en cubrir con otra risotada y otra letanía aquella furtiva emoción.

—¿Con que esta casa no debe servir de refugio a un condenado a muerte? *¡Refugium peccatorum!* ¿Y quién se imagina usía que soy yo?

—No me imagino, estoy seguro, hace tres días que lo observo y a pesar de la barba y del

traje de gaucho y de la vincha en la cabeza, yo he dado en quién es usted.

—¿Y quién soy yo, *anima mea?*

—Usted es el sargento primero del regimiento de Patricios, Javier Chaparro.

—*Consolatrix afflictorum!* ¡Eso no más me faltaba! Sobre que ando a pie, porque los indios puelches me han robado una tropilla de azulejos que tenía en la guardia de Chascomús... ¿sabe su señoría, dónde queda eso?... ¡Al sur, treinta leguas en tierra de indios...! Sobre que ando a pie, cosa triste para un gaucho, y más pobre que un carau, venir a confundirme con ese bandolero... ¿cómo dijo su reverencia, que se llamaba?

—¡Yo no soy reverencia, ni señoría, ni usía, ni nada de eso, y usted es en cuerpo y alma el sargento Chaparro!—exclamó Luis encolerizado, dando un tirón para libertarse de los temibles dedos que lo sujetaban.

—Tenga paciencia, su sacra real majestad,—respondió suavemente el sargento Chaparro—y no se ofenda porque le diga que le ha ocurrido lo mismo que al señor don Martín, cuando le vi-

ne a pedir trabajo. Se me quedó mirándome cara a cara, como si yo fuera un hijo que volvía de la guerra o un ladrón que lo hubiera desvalijado en el monte y acabó por decirme con voz de trueno: "¡Tú, bribón, eres el sargento Chaparro! y ahora mismo voy a denunciarte..." Gracias a Dios y a mi santo patrono San Esteban protomártir que tenía un certificado del alcalde de la guardia de Chascomús, en que se demostraba ser yo el dueño de una tropilla de azulejos robados por los indios ranqueles...

—¿No eran los indios puelches?

—¡Lo mismo da! Si su ilustrísima hubiera estado presente cuando la indiada cayó sobre mi rancho arreando mis caballitos, de seguro que no se le ocurre ponerse a preguntarles de qué tribu eran, si de los puelches o de los ranqueles o de los querandíes... Bueno, pues, le enseñé mis documentos a don Martín, le probé que era Esteban Barrera, para servirle y se quedó tan satisfecho que me da trabajo, hasta que mis azulejos vuelvan a la querencia, porque son volvedores...

Luis meneó la cabeza.

—No, no, yo lo conozco bien al sargento Cha-

parro, por haberlo visto cien veces en el cuartel y en las procesiones. ¡no es posible semejante parecido!...

—¡Como no va a ser posible! Si le digo a usted, mi capitán general, que yo también, lo he confundido con otra persona, y que todavía ahora estoy dudando si es o no es ella ¿me va a creer?

—¿Qué persona es ésa?

—Es una niña, que he visto llegar a caballo, algún domingo hasta la puerta de la quinta...

—Es mi hermana — dijo Luis. — Realmente. dicen que me parezco mucho a ella.

—¿Ha visto? ¿Por qué no puedo parecerme yo al sargento Chaparro y ser Esteban Barrera, dueño de la mejor tropilla de azulejos que se han domado en Chascomús y que han de volver a la querencia... ¡vaya si han de volver!

Quedaron callados, estudiándose mutuamente las caras.

Los ojos brillantes, llenos de inteligencia y valor de Luis, estaban posados con audacia, en los ojos pequeños renegridos, maliciosos del sedicen-

te Barrera. Este, por último, soltó el brazo del muchacho y dijo chanceándose:

—Yo creía que usted era una niña, y usted creyó que yo era un bandolero... ¿cómo dijo que se llamaba?

—¡Chaparro, el sargento Chaparro! ¡parece mentira que no se le pegue el nombre!

—Bueno, pues, estamos a mano, y lo mejor será que don Martín no sepa nada de esto... ¿qué le parece?

Luis consideró ventajoso el pacto que le proponía. Conveníale sobre todo que Alzaga no maliciara antes de tiempo, que él andaba sobre la pista de la conspiración y para eso era indispensable que el sargento Chaparro creyera haberlo engañado. ¡Quién sabe lo que a la postre resultaría de aquello! Había oído decir que el mejor espía es el que parece más tonto, y él estaba resuelto a parecerlo.

Tendió la mano con un gesto muy cordial y dijo:

—Muy bien amigo don Esteban... ¿cómo dijo que se llamaba?

—¡Barrera, Barrera! — exclamó el otro son-

riendo. — ¡Parece mentira que no se le pegue mi nombre!

—Ni yo diré lo que he pensado, ni usted lo que ha visto, pero antes sáqueme de una curiosidad...

—¡Bah! ¡ya sé cual es su curiosidad, señor alcalde mayor!

—¿Sí? ¿a ver?

—¡Apuesto un vaso de vino carlón...! Si yo gano, usted me lo trae otra vez que venga a visitarme a la siesta, y si pierdo, entramos a beberlo ahora mismo en la barraca... Apuesto a que lo que su paternidad quiere saber es el destino de esos mosquetes que estoy engrasando...

Luis quedó maravillado de la segacidad del tal Esteban y le dijo con sorna:

—¿Cómo sabe que ésa es mi curiosidad?

—Lo he olido en el viento.

—¿Y cómo no olió en el viento que iban a llegar los indios a robarle los azulejos?

—Porque fué un día de viento norte y ellos, los malditos, vinieron del sur, donde están sus tolderías.

—¡Bravo, don Esteban! La verdad es que le

voy a agradecer si me dice para qué son esos fusiles.

—¿Y me va a guardar el secreto?

—¡Cómo no!

Es un regalo que piensa hacer el señor don Martín al gobierno, para que equipe una compañía de Granaderos de infantería, de ésos que mandaba el capitán Zavaleta.

—¿Y usted lo conoce al capitán Zavaleta? — preguntó vivamente Luis, y el sargento Chaparro se quedó mordiéndose los pelos del bigote que le invadían la boca. ¡Lo que es hablar de más! ¿Para qué había dicho aquello? Pero respondió tranquilamente:

—¡Vaya si lo conozco! Vez pasada, antes de su partida al Rosario llegó él con su patrulla a una pulpería donde se estaban peleando, maturrangos y criollos, unos con estacas y otros con cuchillos. Yo estaba entre los de cuchillo y caí preso y esa noche la pasé en el cuartel de Patricios y como sé tanto latín, de haberle oído el rosario a mi abuela, que esté en la gloria, pedí permiso para ayudar a bien morir a dos de aquellos maturrangos, que probablemente yo mismo

había puesto en tan triste estado. ¡Los pobrecitos! Me agradecían mi caridad con lágrimas en los ojos... Ya deben estar en el cielo... Pero, por si acaso todavía no hudieran llegado, ¿no quiere que les recemos un Padrenuestro?

Luis se echó a reir.

—Me ha ganado, amigo don Esteban; mañana le traeré la botella de carlón, y rezaremos por esos pobres maturrangos, aunque si usted los ayudó a bien morir, ya deben estar en el cielo.

Con eso se escabulló por entre el naranjal, temeroso de que sus camaradas, los hijos de Alzaga, se despertasen y descubriesen su escapatoria.

El sargento Chaparro que todas las tardes, cansado de limpiar tercerolas, se echaba sobre un montón de cueros, y descabezaba un sueñito, esa vez no pensó en dormir.

Había visto en los ojos inteligentes del muchacho que no creía una palabra de sus azulejos ni de su historia y que seguía sospechando quién era realmente.

No temía que Luis Altolaguirre lo denunciara por ganar las diez onzas de oro que ofrecía el

gobierno a quien tal hiciera. Al contrario: le parecía que podía confiar en su desinterés. De la primera ojeada, habíalo hallado a su gusto y lo juzgó valiente y leal, como era su hermana, a la cual se parecía extraordinariamente. Pero Chaparro tenía noticias de que el muchacho era un testarudo patriota. Ciertamente a él eso no le desagradaba, a pesar de servir al rey — ¡suerte perra la suya! — pero aunque no le desagradase, de allí venían sus temores.

El muchacho no era tonto, había visto aquel armamento oculto en casa del más ambicioso y encarnizado realista de Buenos Aires, y no había creído una palabra de que era para armar el cuerpo de Granaderos de infantería.

—*¡Miserere nobis!* — se dijo Chaparro dando un iracundo y cuidadoso puñetazo en un fardo de lana.—A estas horas el criollito sabe que tiene en sus manos la vida de todos nosotros. Si habla, nos fusilan en medio día. El amigo Rivadavia es así. Bueno, al criollito hay que coserle el pico. Si él es dueño de un secreto, que me puede llevar a la horca, yo soy dueño de otro secreto, que en menos tiempo todavía llevaría al mismo tris-

te y ventoso paraje de la plaza Mayor a su padre y a su hermana. Vamos a ver, si por muy patriota que sea, se anima a denunciarme.

Chaparro se frotó las manos satisfecho de ser hombre de recursos.

Al día siguiente, a la siesta, llegó Luis de puntillas por entre el umbroso y perfumado naranjal, trayendo escondida bajo sus ropas, una botella de vino carlón, aquel áspero vino español, que los criollos de paladar recio bebían deleitosamente en forma de *sangría*, con limón, agua y azúcar.

Chaparro aguardaba al visitante y no bien entró, cerró la puerta y la trancó por dentro.

En el rincón más sombrío del barracón junto a un rimero de canastas al estilo de las que usan los marineros para transportar el pescado, relumbraban hasta diez fusiles bruñidos y enaceitados por las poderosas muñecas del sargento Chaparro.

—Si en todos esos canastos — pensó Luis — hay fusiles, tienen aquí con que armar quinientos hombres.

Chaparro lo miraba y parecía comprender sus

pensamientos, pero mientras Luis computaba el número de fusiles, él se preparaba en una jarra de estaño una fresca sangría.

Cuando hubo concluído de revolver el azúcar, chasqueó la lengua y pasó la jarra a Luis.

—Beba, que esto parece digno de su majestad Fernando VII, a quien el diablo lleve pronto a sus mazmorras.

—¡Palabras son ésas que no cuadran en un servidor de tan terco realista como don Martín de Alzaga! — respondió Luis, queriéndole mostrar que no lo engañaría con fanfarronadas, y echó un buen trago y devolvió el jarro al sargento.

—¡Ya sé que usted me considera más realista que la princesa Carlota! — respondió Chaparro bebiendo largamente.

—Así es, — contestó Luis con cierta briosa ingenuidad.

—Pues si es así, *Sancta Dei Genitrix!* usted no cree que estos fusiles sean para el gobierno, sino para los maturrangos, y sigue creyendo que yo soy el sargento Chaparro... ¡Hablemos a calzón

—¡También es así! — respondió Luis, después quitado, excelentísimo señor!

de vacilar un rato y sintiendo que le repugnaba mentirle a aquel hombrazo, quien a pesar de sus historias, parecíale francote y leal.

—¡Mocito terco! ¡Y sigue creyendo que soy Chaparro...! *Vas onorabile! Causa nostræ lætitiæ!* ¿Qué tal? ¿se conoce que he estado en la escuela de los barbones?... Le diré, yo era un deslenguado bocasucia hasta que tuve ocasión de conocerlo a fray José de las Animas, cirujano del hospital, quien me hilvanó un siete que me habían hecho con un facón, en una riña de gallos. El me enseñó las letanías en latín y me dijo: Hijito mío, cuando quieras echar un tarugo de ésos, suelta una letanía, que es una alabanza a la Santísima Virgen; vas a desahogarte lo mismo y de paso vas a ganar indulgencias... ¡Las indulgencias que debe haber ganado el buen fraile desde que aprendió a rezar!

—Yo creía que las letanías se las había enseñado su abuelita, según me dijo ayer — respondió el muchacho tranquilamente.

—Mi abuelita me las enseñó en castellano, pero fray José me dijo que rezadas en latín tenían

más indulgencias. Pero no perdamos tiempo, señor don Luis.

—¿Sabe mi nombre?

—¡Vaya! ¿Cómo no voy a saber el nombre de los que viven en la misma casa que yo? Pues ya que su señoría cree que yo soy un condenado a muerte, quiero pedirle una gracia... Los condenados a muerte, tienen el derecho de pedir cualquier cosa que no sea la vida... ¿es así, o no es así?

—Así es... ¿qué gracia va a pedir?

—Deme su palabra de honor que me la va a conceder.

—¿Que no lo denuncie?

—¡Oh, no! ¡eso sería la vida, y un condenado a muerte no tiene derecho de pedir la vida! Lo que yo deseo es algo insignificante...

—Diga sin miedo, sargento Chaparro.

—¡Mocito terco! Bueno, pues, la gracia que le pido y que no me va a negar, es que media hora antes de denunciarme, me avise que lo va a hacer...

—¡Vaya una gracia! ¿para escaparse?

—¡No! Mi palabra de honor, don Luis, que

no pienso en eso. Si le parece mucho media hora, ponga un cuarto de hora, si mucho todavía ponga cinco minutos. En cinco minutos, aunque quisiera escaparme no iría muy lejos. Además, le juro por la corona de espinas del Nazareno que lo acompañaré a hacer la denuncia...! ¡yo iré con usted!

—¿Y para qué le serviría mi aviso?

—Prométame que me va a avisar, y le voy a decir para qué me serviría.

—¡Le juro que si resolviera denunciarlo, antes de hacerlo le avisaría!

—¡Conforme! — exclamó seriamente el sargento. — Y yo le juro que le compensaré la gracia de ese aviso, contándole un secreto que le va a interesar.

Fué el tono de aquel juramento, fué el ligero temblor que se advirtió en los labios de Chaparro, fué tal vez, el brillo de los fusiles alineados contra la pared, y sobre los cuales caía en ese momento un rayito de sol, sabe Dios lo que fué, pero Luis Altolaguirre sintió un extremecimiento en la carne, un escalofrío en la médula de los

huesos, que lo hizo palidecer y preguntar en voz bajísima.

—¿Qué secreto es ése?

Pero se oyó en el naranjal la imperiosa voz de Alzaga que concluída su siesta empezaba a mover su servidumbre.

—¡Viene para aquí — dijo Chaparro. — Tiene tiempo su reverencia de escapar hacia la lagunita de los patos... No se olvide lo que hemos jurado...

—¡No! — respondió Luis y se escabulló hacia el rumbo que le indicaban.

Chaparro que no había dormido la noche anterior, durmió como un justo esa noche, seguro de que le había hilvanado el pico al jovenzuelo.

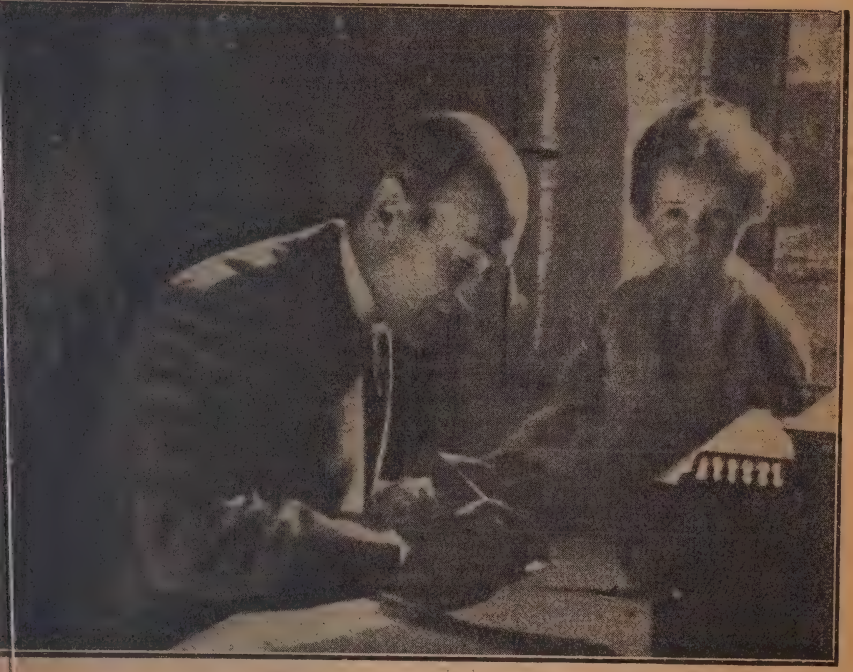
La continuación de "Myriam la Conspiradora" lleva por título "El jinete de fuego".

FIN

INDICE

		Pág.
Capítulo	I.—¡Clamor!	5
„	II.—Un refugio en la noche	29
„	III.—Al servicio de Alzaga	51
„	IV.—La pulpería de Pirán	73
„	V.—Por España y por el Rey	107
„	VI.—La ballenera en los Belermos .	135
„	VII.—¿Llora, niña Myriam?	159
„	VIII.—La misa de Santa Lucía.	181
„	IX.—El gaucho Barbadas.	203
„	X.—Los dos mejores soldados del Rey	223
„	XI.—La última cita	241
„	XII.—Luis en la quinta de Alzaga. . .	259
„	XIII.—¿Qué secreto es ése?	275

E. autor cuyos libros han conmovido millares de almas



UGO WAST, Premiado por la Real Academia Española

"Estos recuerdos tienen realmente l sencillez, el aroma y el grano subs- cioso de la espiga." (*Las espigas d Ruth*).

lfina Bunge de Gálvez (*B. Aires*).

"La razón de su inmenso éxito po- ar reside en la sinceridad de la presión y la naturalidad de la ex- sión.

Esta naturalidad es el don precioso d estilo narrativo". (*Las espigas de h*).

Paul Groussac (*B. Aires*).

odrá leerse cuando se siga leyen- d Carmen y Colomba de Merimée (lle Negro).

iguel de Unamuno (*Salamanca*).

"Sus libros figuran entre lo mejor que ha visto la luz últimamente en lengua castellana".

Julio Casares, de la Real Academia Española.

"Esta novela intensísima es de las que empujan las letras castellanas a las cumbres del mundo". (*Fuente Sellada*).

Concha Espina (*Madrid*).

"Me ha cautivado en extremo por la magnífica pintura del ambiente". (*La casa de los Cuervos*).

H. Degéns (*Ryswyck, Holanda*).

"niversal por su genio creador".

Ricardo León, de la Real Academia Española.

"Rara vez se halla tanta belleza en obras de tesis moral. Estilo robusto, caracteres esculturales."

Condesa Elena da Persico (*Roma*).

"El primer escritor de nuestro idioma".

Gertrudis Segovia (*Santa Cruz de Tenerife*).

"En *La que no Perdonó*, tal vez mejor que en ninguna otra de sus novelas, advertimos la elegante simplicidad de su estilo.

"En sus descripciones Hugo Wast comprende el valor de la sobriedad. Este uso cuidadoso de su poder descriptivo es una de las más importantes razones de su éxito.

Ruth Sedgwick (*Baltimore, E. U.*)

"El estilo tiene una increíble frescura y simplicidad... Sus personajes viven y nos introducen en su corazón y en su casa."

Elda M. Bertelli (*Il Momento. Milán*).

"Uno de mis autores predilectos".

A. Palacio Valdés, de la Real Academia Española.

"Hace pocos años era casi desconocido en España; ahora sus obras se ven en todas las librerías, y no hay biblioteca de hombre ilustrado que no se complazca con tan valiosas muestras de ingenio, de arte y de colorido local".

Conde de Casa Segovia (*Santa Cruz de Tenerife*).

"Qué figura tocante y simpática la de Rina, en *Flor de Durazno*".

Mme. Noël-Domengé (*París*).

"Si Hugo Wast no es ya el Pereda americano, no está muy lejos de serlo". (*La que no Perdonó*).

José Gabriel Cosio (*Cuzco, Perú*).

"Hermoso ejemplo el de un novelista, que habiendo llegado a tan inmensa popularidad, puede decir con orgullo que para ganar un lector no ha escrito nunca una sola página que hoy tenga que esconder de sus hijos".

José M. Samperio (*Bs. Aires*).

"Es el novelista a la manera más plia y diversa de los maestros de género, no el obstinado en pequeño hallazgos sentimentales y en los hor zontes reducidos".

José Francés. De la Real Academi de Bellas Artes. (*Madrid*)

"*Valle Negro* es una novela de l neas clásicas... Hugo Wast no h forjado su éxito con recursos repro chables, con pornografías o concesi nes a la vulgaridad de las turbas".

Enrique Gay Cambó (*Habana*).

"Una de las obras de más intens emoción con que cuenta la literatu americana". (*Flor de Durazno*).

A. Gómez Restrepo (*Bogotá*

"Sus creaciones tienen un inter vivo y creciente, dominante y avas llador..."

Rafael Marquina (*Madrid*

"Sabor humorístico a lo Eça Queirós... Historia sentida y real esa gente ociosa, frívola, mórbida. que se va del mundo "con las m nos vacías", sin haber trabajado pa sí ni para el prójimo". (*Ciudad Tu bulenta*).

Mario Sette (*Pernambuco, Brasi*

"La parábola de Natham tenc millares de interpretaciones, pero n guna tan viviente como la que le creado el genio poderoso de Hu Wast". (*Flor de Durazno*).

R. Fernándes (*Pará, Bras*

"Estilo propio, precisión clásica, prosa de Hugo Wast es fluída y n viosa".

Saúl de Navarro (*Río Janeir*

"Con hombres como Hugo W Colombia puede gloriosamente so ner sus tradicionales pretensiones la hegemonía literaria entre las ciones castellanas de la América Sur". (1).

Joseph Boubée (*Etudes, Par*

---

(1) Hugo Wast no es colombiano, argentino. (N. del Editor).

Es sobre todo Hugo Wast, maestro en caracteres".

G. Castañeda Aragón (Barranquillas, Colombia).

"Con el alma llena de profunda emoción he cerrado la última página de *Fuente Sellada*. Estilo sencillo y a la vez de belleza incomparable".

Blas Hernández (Bucaramanga, Colombia).

"La fuerza de las obras de Hugo Wast estriba en la solidez de su construcción y en su calor de vida; en su vigor narrativo y en su sentido de lo pintoresco; en su rica atmósfera y en la potencia de sus caracteres".

E. Herman Hespelt (New York).

"Donde mejor se evidencia el método de Hugo Wast, es en la nitidez de los caracteres... Artista sereno y magnífico, ha realizado su sueño".

Luis da Camara Cascudo (Natal, Brasil).

"No puedo dejar de decir que leyendo estas novelas se ha despertado en mí el deseo de visitar ese país". (*La que no Perdonó*).

E. R. Sims (The University of Texas Austin. E. U.).

"Las novelas de Hugo Wast han refrescado a una literatura que no es natural y que lleva en su afectación malsana un caduco reflejo de las extranjeras. Es por eso el novelista nacional".

M. García Hernández (Caracas).

"Quien ha escrito *Flor de Durazno* no debe aspirar a premios, está fuera de concurso".

Estanislao S. Zeballos (Buenos Aires).

"Ha realizado una obra de artista formidable, con alma de filósofo evangélico". (*Ciudad Turbulenta*).

Juan Antonio Argerich (Buenos Aires).

"He leído *Valle Negro*. ¡Es una obra maestra! Han pasado varios días y conservo la mente toda llena de las imágenes ora grandiosas, ora idílicas sugeridas por esta novela tan bien construída y tan potente".

S. Magnani Tedeschi (Buenos Aires).

"En dos trazos Hugo Wast sabe dar una sensación fuerte... Pocas líneas le bastan para certificar que es un artista de raza".

Mons. Dionisio R. Napal (Buenos Aires).

"Modelo de síntesis, de plan ceñido, de caracteres en miniatura y con su grave lección práctica". (*Una Estrella en la Ventana*).

P. Juan Marzal (Santa Fe, R. Argentina).

"Se ha dicho que el mejor estilo es el que hace fulgurar la idea, quedando él invisible. Cuando aplico a Hugo Wast este principio, *Pata de Zorra*, lo mismo que *La que no Perdonó* me parecen libros de cristal".

Mons. Tirso R. Yáñez (Buenos Aires).

"*La que no Perdonó*", una verdadera obra maestra por la eficacia descriptiva y por la vigorosa trama en que se encierra la idea del perdón cristiano.

Osservatore Romano (Roma).

"¡Qué vasto soplo de campestre realidad pasa por sus páginas! ¡Qué color y qué relieve en aquellos tipos y costumbres serranas! Alternan allí la nota idílica de emoción sencilla y pura, con el sobrio y pujante cuadro descriptivo". (*Valle Negro*).

Juan Pablo Echagüe (Bs. Aires).

"Su pluma posee una admirable destreza de buril. Leerlo es ver lo que leemos".

Juan José Soiza Reilly (Buenos Aires).

"¡Qué magníficas pinceladas hacen ver la agonía de aquel viejo y heroico campesino, don Pepablo... Escena de un claro oscuro sorprendente, que hiere la imaginación como un aguafuerte de Rembrandt. (*Desierto d Piedra*).

Julio T. Ramírez (Santiago de Chile)

"Romance magnífico que ha de quedar entre nuestros clásicos". (*La Casa de los Cuervos*).

Héctor Pedro Blomberg (*Bs. Aires*).

"Una obra destinada a ser clásica..." (*Desierto de Piedra*).

R. Cunninghame Graham (*Londres*).

"*Pata de Zorra* es una pequeña obra maestra en que su autor ha ganado con los más simples elementos la mejor de sus batallas".

Samuel W. Medrano (*Bs. Aires*).

"El interés de la obra atrae, esclaviza... En suma, una preciosa novela corta, que hace honor a su espléndido título". (*Una Estrella en la Ventana*).

Héctor Olivera Lavié (*Bs. Aires*).

"Su prestigio lo debe a sus cualidades innegables de narrador y estilista". — *José A. Oría* (*Bs. Aires*).

"Hugo Wast en *La Corbata Celeste* nos da el tipo genuino de la novela histórica, que no consiste en el amontonamiento de fechas y sucesos, sino en la resurrección de una época lejana, mediante la evocación de su ambiente".

A. Fernández del Casal (*Bs. Aires*).

"Estas páginas terribles del final de *La que no Perdonó* son lo mejor que ha producido la pluma de uno de los mejores novelistas americanos".

Alejandro Marchino (*Bs. Aires*).

"El primero de los novelistas argentinos y uno de los más difundidos de la lengua castellana".

La Nación (*Buenos Aires*).

"El primer novelista de la Argentina. (*El techo de paja*).

Inter-América (*New York*).

"En los paisajes se revela la mano de un maestro: pocos novelistas nuestros consiguen trasmitir con tan pocas palabras tanta impresión de ambiente". *La Prensa* (*Bs. Aires*).

"Una impresionante tragedia moderna que se ve avanzar en medio de cuadros deliciosos de vida provinciana. (*La que no Perdonó*).

La Razón (*Buenos Aires*).

"Sus páginas son lo más emocionante y hondo que se ha escrito hasta hoy en América". (*La que no Perdonó*). *Fantasio* (*Buenos Aires*).

"El novelista argentino no ha hecho nada más perfecto, ni por la pujanza de la emoción, ni por la elegante claridad del estilo". (*Desierto de Piedra*).

Mundial (*Buenos Aires*).

"El más grande de los novelistas americanos". *La Prensa* (*Lima*).

"Admirable y fascinador novelista es Hugo Wast".

Jornal do Brasil (*Río Janeiro*).

"Este es arte verdadero, sano y vigoroso".

Mario Barbera (*Civiltá Cattolica. Roma*).

"¡Qué descripciones! Pocas líneas, a veces una sola palabra y nos muestra el alma del paisaje con una rara intuición de poeta".

Il Cittadino (*Brescia, Italia*).

"Ejemplo admirable en América".

Fígaro (*Habana*).

"Rara habilidad para encadenar el alma del lector". *Pro Familia* (*Milán*).

"Lo más admirable de este libro admirable son las descripciones". (*Valle Negro*).

Diario de Centro América (*Guatemala*).

"El más descollante de la Argentina en la actualidad. Escribe con vigor y elegancia. Sus tipos pasan ante nuestros ojos como si los conociéramos".

El Arte Tipográfico (*New York*).

"Interés inmenso, desde la primera hasta la última palabra".

The Daily Telegraph (*Londres*).

"El sentimiento del paisaje local es tanto que bastaría para comunicar a esta novela la vibración nacional que palpita a través de esas páginas de conmovedora fantasía, de descripción vívida"... (*La casa de los Cuervos*).

Oliveira Lima (*S. Paulo, Brasil*).

Las Espigas de Ruth

(1926) Muchos jóvenes escritores, indecisos ante los primeros y desalentadores desengaños, han encontrado en este libro autobiográfico, lo que a esa edad se busca y se lee con avidez, la confidencia modesta y veraz de los comienzos de un escritor que a los doce años sueña, desde el fondo de su provincia, con la gloria de ser leído en todas las naciones y en todos los idiomas europeos; y que sin apoyo ninguno, con su sola perseverancia, ha conquistado una popularidad inmensa.

Desierto de Piedra

(1925) Roque Carpio vuelve del presidio por caminos extraviados, a través de la montaña.

Cerca de su casa, donde ya nadie lo espera, en la arena húmeda, encuentra la marca de un pie.

Una mujer joven ha cruzado el arroyo, y se advierte que no es una campesina.

Se detiene inquieto y fascinado: ¿quién puede ser?

El ex-presidiario descubre la existencia de Marcela. Andando el tiempo se enamora de ella con un amor infernal, y trama robarla de su casa una noche, y esconderla en aquellas montañas adustas, que él conoce como su mano.

La hermosa joven es uno de los más vigorosos caracteres de mujer creados por Hugo Wast, y Roque Carpio, un tipo siniestro y de estupenda realidad.

Su autor ha dicho de esta novela: "Es el libro que más he deseado escribir".

Pata de Zorra

(1924). Para muchos lectores, esta novela ha sido una revelación, y la consideran la más ingeniosa y divertida de Hugo Wast.

Nada más entretenido, en efecto, que las aventuras de don Triboniano, el solemne profesor de derecho romano de una universidad provinciana, empeñado en casar a Maclovia, su anticuada y romántica hermana, con cualquiera de sus discípulos.

Frente a estas dos figuras impagables, la tercera no menos original, Belisario, el estudiante desaplicado, que necesitando ganar el curso, cambia juramentos de amor eterno con la ilusionada Maclovia, cuando llega de otra ciudad Beatriz, la hija de don Triboniano, comprometida con un alto personaje que hará rector a su padre.

El estudiante se enamora desesperadamente de la muchacha y maldice los vigilantes celos de Maclovia, formándose una intriga insoluble, al parecer, como la de un drama romántico.

Cuadros de ambiente, escenas de ingenio castizo, risa espontánea y saludable, todo envuelto en un estilo puro y transparente, *"como una caja de cristal"*, según la gráfica expresión de uno de sus críticos.

Tal es *Pata de Zorra* y eso explica su éxito.

Una Estrella en la Ventana

(1924). Puede decirse de *Una Estrella en la Ventana* lo que se ha dicho de *La que no Perdonó*, que es uno de esos libros que no se olvidan nunca.

Dorita, ansiosa de vivir lujosamente, quiere que su marido se instale solo en su estancia, adonde ella no se anima a acompañarlo, para que trabaje mucho y se enriquezca pronto.

El se deja convencer. La separación trae la indiferencia, el olvido, la traición...

Un día ella va inquieta y sin anunciarse a la estancia, y comprende su doloroso error.

Es una pintura de la vida de nuestros estancieros hecha con tan animado y pintoresco realismo, que encanta y emociona como un cuadro viviente.

La que no Perdonó

(1923). El gran diario porteño *La Razón* al publicarla en folletín la anunciaba así a sus lectores:

"Hugo Wast vuelve con esta novela a los cuadros que hicieron la fortuna de esa admirable novela *La Casa de los Cuervos;* y los despliega con mayor penetración psicológica y con la difícil sobriedad de frases que ha llegado a ser en él un instinto.

En esta novela fuerte y original, pinta con amor la vida profunda y misteriosa de un hogar provinciano.

El escenario es reducido, pero el drama es de inmensas proporciones.

Es en verdad uno de esos raros libros cuya lectura no puede abandonarse y que dejan en el alma del lector una honda huella de emoción y de piedad humana".

Los Ojos Vendados

(1921). "En estos caminos se va con los ojos vendados. Si yo fuera una obrera de gustos simples, me habría salvado. Pero me han educado, me han infundido ambiciones... y todo lo que he aprendido no me sirve para ganarme la vida".

Amargas palabras de la protagonista.

Dentro de las corrientes de la novela moderna, que cada día se aleja más del crudo naturalismo y de las disertaciones, aburridas y trascendentales, tan en boga hace veinte años, aparece *Los Ojos Vendados*, libro sincero y emocionante.

Se lee con saludable inquietud y se admira en él la abundancia del argumento, la sobriedad y la precisión de las pinturas y la claridad del estilo.

Pero hay en *Los Ojos Vendados* tal vigor imaginativo, tal intensidad sentimental, que el lector termina su lectura con el corazón palpitante, y su fantasía aguzada presiente lo que es *El Vengador*, el segundo episodio de esta obra.

El Vengador

(1922). Actúan en ella los personajes de *Los Ojos Vendados*, pero es una novela completa en sí misma, y tan fuertemente concebida, que suscita desde el primer capítulo una ardiente curiosidad.

¿Quién es el Vengador? ¿Quién castiga la culpa del que ha pecado contra la ley fundamental de la vida, que es el amor a los hijos?

Dos cualidades han marcado la originalidad de Hugo Wast en la novela americana: un pensamiento fundamental que se descubre siempre en sus libros, y el interés poderoso de sus argumentos.

Agréguese el mérito de este estilo diáfano, sin rebuscamientos, verdadero estilo de novelista que ha hecho escuela, pero que permanece inimitable, y se tendrá la razón del éxito de este escritor "argentino por su elegancia y su finura, español por su sentido de la raza y de la lengua: universal por su genio creador", según el juicio del gran novelista Ricardo León.

La Corbata Celeste

(1920) Es una novela histórica, de pujante interés. Su acción se desenvuelve en la época de Rozas. Dos hombres aman a la misma mujer, don Baltasar Balbastro y su hijo José Antonio. Pero éste, que ha adivinado el amor de su padre hacia la gentilísima Leonor, calla y sufre.

"Parecía imposible — ha dicho del Casal — hacer una novela del tiempo de Rozas, emocionante y veraz, que no fuera un reguero de sangre o un panfleto político.

Esta admirable novela sólo ha podido escribirse con un conocimiento preciso de la historia, refrenado por un seguro instinto de novelista, que sabe resistir a la tentación de los detalles eruditos en que suelen atascarse los historiadores.

Todo en *La Corbata Celeste* es luminoso y espontáneo, desde la disposición de la trama, hasta el lenguaje puro y castizo, animado por una gracia muy argentina.

Hugo Wast posee en su manera las líneas clásicas, que gustan en todos los tiempos y países, la concisión transparente, la originalidad de las imágenes y el olvido de sí mismo, o sea la naturalidad, que es la condición fundamental de todo gran estilo".

Ciudad Turbulenta, Ciudad Alegre

(1919) La aparición de esta fuerte y saludable novela, produjo una profunda sensación en la sociedad porteña. Más de cien mil lectores seguían con avidez en los folletines del gran diario *La Nación* aquella amarga y poderosa pintura de Buenos Aires, "la ciudad alegre y turbulenta", conforme a las palabras del profeta Isaías.

Y cuando el libro apareció, suscitó comentarios apasionados, críticas ásperas y grandes entusiasmos. Todos reconocían, empero, el vigor del argumento, y el intenso interés de la novela, en que se creaban tipos inolvidables.

Valle Negro

(1918) *Premiada por la Real Academia Española.* Libro de líneas purísimas, que evoca los maravillosos paisajes de las sierras cordobesas.

Media docena de personajes, descritos con sobria precisión, bastan para desenvolver una acción intensisima.

El gran crítico español don Miguel de Unamuno, ha escrito acerca de ella un juicio del que copiamos este párrafo:

"He leído *Valle Negro* con el ánimo suspenso, y volveré a leerlo, porque el interés que me despertó es el de un dramático juego de pasiones.

"Esta novela puede leerse en cualquier país, y podrá leerse en cualquier tiempo, cuando se siga leyendo *Carmen* y *Colomba* de Merimée. Su precisión, su condensación, la librarán de modas del gusto".

La Casa de los Cuervos

(1916) La acción de esta novela se desenvuelve en provincias. Descríbese en ella la época de las revoluciones, hacia el año 1877.

El revolucionario Insúa mata al jefe de las tropas del gobierno, Jarque, a su secretario Borja. Herido a su vez, huye a caballo y logra escapar.

Lo acogen moribundo en una "estancia". Es la casa de doña Carmen de Borja. La dama recibe la noticia de que su hijo y su yerno han muerto en la revolución, y adivina quién los mató, pero guarda su terrible secreto, para no infundir el odio en el corazón de Gabriela, su hija que queda viuda.

Ellas ocultan el herido y lo salvan, y un idilio misterioso, al principio, nace entre el revolucionario y aquella joven abnegada. Un día él sabe que están de luto por culpa de él y resuelve alejarse. Pero Gabriela, ignorando el secreto, quiere retenerlo...

Llena de emoción y de magníficas pinturas de ambiente, esta novela ha llegado a ser clásica en la Argentina.

Fuente Sellada

(1914) La vida provinciana, apacible y melancólica, se refleja con sincera emoción en esta novela. Un sentimiento profundo la embellece.

Algunos de sus personajes, modestas y encantadoras figuras provincianas, quedarán como creaciones vigorosas; otros, inquietantes y mórbidos, aparecen llenos de pasión, como arrebatados por una fuerza desconocida.

El estilo sutil y elegante; la trama, cerrada y fuerte, y llena del indiscutible interés que hay en toda la obra novelesca de su autor.

NOTA: *A partir del millar 67.º el texto ha sido revisado por el autor para evitar supresiones que se introdujeron en ediciones anteriores y se le ha agregado un interesante prólogo, en que Hugo Wast expone su teoría literaria.*

Flor de Durazno

(1911) *Flor de Durazno* marca una época en la literatura argentina, señalando el momento en que los libros nacionales dejaron de ser lectura de unos pocos elegidos, y alcanzaron los grandes tirajes, que constituyen la definitiva consagración popular.

Por esta novela, el gran público a quien poco le interesaban las obras nacionales ha sido ganado para los novelistas argentinos.

Nada más universal y conmovedor que el doloroso idilio de Rina, la inmortal protagonista de *Flor de Durazno.*

Esta novela es de las que se leen una y otra vez, y de las que se terminan con el corazón templado en buenos propósitos y los ojos llenos de lágrimas.

En prensa: (1926) MYRIAM LA CONSPIRADORA - El JINETE DE FUEGO

AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES

BUENOS AIRES
Rivadavia 1573

MONTEVIDEO
25 de Mayo 577

"La niña señalaba una sombra, en los cristales, hacia el lado del campo.
—¡Papá, es papá! ¿No lo ves mamá? ¡No se ha muerto! ¡Allí lo tienes! —exclamó, temblando de alegría.
La madre lo vió, lo reconoció y con inexorable justicia cerró los postigos y dijo a Judith:
—¡Pobre hija mía! ¡Has soñado! ¡duérmete!

En tan breves líneas Hugo Wast pinta un cuadro que se graba para siempre en la imaginación del lector y ata su corazón a las páginas de este libro sorprendente por su fuerza y su ternura.
"La que no perdonó" es de las pocas obras que se vuelven a leer, para sentir de nuevo su punzante emoción y penetrar a fondo su pensamiento humano y sustancial.

En todas las librerías:

$ 2.50 m/n.

NOVELAS DE HUGO WAST

Myriam la Conspiradora — 20º millar. Las novelas de la conspiración de Alzaga, en 1812, que estuvo a punto de cambiar el curso de la historia americana ..... $ **2.50**

El Jinete de Fuego — 20º millar. Continuación de "Myriam la Conspiradora". Leerla es vivir una prodigiosa aventura $ **2.50**

Desierto de Piedra — 20º millar. "Es el libro que más he deseado escribir", ha dicho su mismo autor ..... $ **2.50**

Pata de Zorra — 18º millar. Deliciosas aventuras de un viejo profesor, empeñado en casar a su hermana con alguno de sus discípulos y ... en reservar a su hija ..... $ **2.50**

Una Estrella en la Ventana — 6º millar. Novela serrana, seductora por su realismo y su frescura.. $ **2.50**

La que no Perdonó — 15º millar. La mejor obra de Hugo Wast, según sus críticos. Uno de esos libros que no se olvidan nunca ..... $ **2.50**

Flor de Durazno — 108º millar. Es una fecha en la literatura americana. Calcúlase que ha tenido en español más de un millón de lectores ..... $ **2.50**

Valle Negro — 45º millar. Todo interesa en esta obra: el paisaje campesino, el drama rústico, el estilo puro. Premiada por la Real Academia Española ..... $ **2.50**

La Casa de los Cuervos — 100º millar. Epoca trágica de las revoluciones. Novela clásica en la Argentina **2.50**

Los Ojos Vendados — 90º millar. La novela de una joven maestra, a quién su título no le sirve para ganarse la vida. ¿Qué ha de hacer? ..... $ **2.50**

El Vengador — 70º millar. Conclusión de la novela anterior. ¿Qué hará? ¿Venderse? ¿Matarse? ..... $ **2.50**

Ciudad Turbulenta, Ciudad Alegre.... — 70º millar. ¿Quién calculará la influencia moral de este libro? Evocación mordiente de Buenos Aires, conmovedora y profunda ..... $ **2.50**

Fuente Sellada — 73º millar. La encantadora vida provinciana, sencilla y profunda. Acción intensísima ..... $ **2.50**

La Corbata Celeste — 30º millar. Novela histórica. Pintura emocionante de la tiranía de Rozas ..... $ **2.50**

Novia de Vacaciones — 27º millar. Amores juveniles puros y fugaces. Narración amena ..... $ **2.50**

Las Espigas de Ruth — 9º millar. Páginas autobiográficas como "La primera comunión de mi hijo". Relatos de infancia, impregnados de ternura y sencillez. $ **2.50**

University of N.C. at Chapel Hill
00014670616